

IDAD A
CCIÓN G

DP537

V56

1825

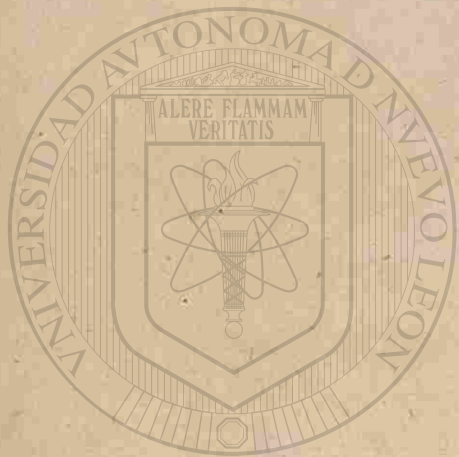
c.1



1080043424

NO

50



REVOLUCIONES
DE PORTUGAL.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®

84764161

REVOLUCIONES DE PORTUGAL,

POR EL ABATE DE VERTOT,

TRADUCIDO AL CASTELLANO

POR D. J. C. PAGÈS,

INTERPRETE REAL.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

Capilla Anónima
Biblioteca Universitaria

PARIS,

LIBRERÍA DE PARMANTIER,

CALLE DAUPHINE, n.º 14.

1825.



55041

PARIS. — IMPRENTA DE RIGNOUX,
Calle de Francis-Bourgeois-Saint-Michel, n.º 8.

BIBLIOTECA PUBLICA DEL ESTADO DE NUEVO LEON 17123

DP 537

V 56

1825



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

REVOLUCIONES DE PORTUGAL.

PROLOGO.

AUNQUE sea conocida la historia de la conjuración de Portugal, puede decirse que en las varias ediciones que posteriormente de ella se han publicado, se encuentra el atractivo de una obra nueva por los diferentes trozos que el autor ha creído oportuno añadir, y que puede aun decirse son la causa de ella ó sus consecuencias necesarias, y este aumento de acontecimientos, ha animado á substituir el título de *Revoluciones* al de conjuración, de otra parte menos conveniente en una empresa cuyos gefes no tenian mas objeto que el de restituir la corona á un príncipe

que consideraban como á heredero legítimo de ella. El autor remonta sumariamente hasta el principio de esta monarquía y pasa á la funesta revolucion que acaeció bajo el reynado de Don Sebastian. Presenta de que manera los Castellanos se apoderaron de aquel estado bajo el reynado de Felipe II, y la afortunada temeridad con que los expulsó un corto número de hidalgos y gentilhombres portugueses bajo el reynado de Felipe IV; las nuevas conjuraciones formadas por los partidarios de este príncipe para restablecer su autoridad; el autor finalmente, despues de hacer ver sobre el trono al Duque de Braganza, descende hasta la abdicacion del rey Alfonso VI, su hijo, y á la regencia de Don Pedro, padre del rey actual.

En esta obra se verá un príncipe que se cree proceder de la sangre de los reyes de Francia y de un nieto de Hugo Capeto,

señalarse por su zelo y valor contra los Moros, y arrojándolos de una parte del Portugal, crearse una monarquía con sus conquistas y comenzar la rama de la dinastía que hoy reina tan felizmente. Sus sucesores conservan los estados que les habia dejado, los acrecientan con nuevas conquistas, y despues de haber triunfado del valor y del poder de los Castellanos sus vecinos, llevan sus armas en Asia y Africa, donde forman establecimientos considerables, y llevan el inestimable don de hacer conocer el verdadero Dios á aquellos bárbaros que ignoraban hasta su nombre sacrosanto.

A su eemplo el rey Don Sebastian no hallando ya en sus estados enemigos infieles que vencer, los va á buscar hasta en Africa; pasa el mar con un puñado de soldados, y mas zeloso que prudente, pretende destronar un soberano, gran capi-

tan, que hallándose á la cabeza de sesenta mil hombres, le hizo perecer bajo la superioridad de sus fuerzas. Su corona pasa á su tío Don Henrique, príncipe de sesenta y siete años de edad, presbítero, cardenal y arzobispo de Evora, que solo reynó diez y seis meses: su muerte hizo estallar las pretensiones de varios príncipes que se decían herederos suyos; Felipe II, rey de España, siendo el mas poderoso de todos los pretendientes, decide la cuestion por la fuerza armada, se hace dueño del Portugal por el valor del famoso duque de Alba, el mejor capitán de todos los Castellanos, y los sucesores de Felipe gobiernan este nuevo estado como un país de conquista.

Los Portugueses altivos y valientes, no pudiendo soportar el yugo extrangero, lo sacuden por medio de una conspiracion formada por la nobleza: el duque de Bra-

ganza sube al trono, y sin ser capitán ni soldado, se mantiene en él por su prudencia, por la suavidad de su gobierno, y sobre todo por la habilidad y prudentes consejos de la reyna su muger. Esta princesa despues de la muerte de su esposo, manifiesta su talento en el arte de reynar, durante una regencia tumultuosa y agitada todavía mas por las intrigas de su corte, que por las armas castellanas. En fin, se vera un hijo ingrato, que en su mayoría la separa del gobierno, pero que despues, pierde él mismo su autoridad por la sagacidad de un hermano que bajo razones autorizadas por las leyes y sostenidas con el crédito y la fuerza que ya tenia este príncipe, le privó de su corona, arrebatándole hasta la reyna su muger con quien él se casó despues.

Estos son los puntos contenidos en esta obra, sacados de los historiadores por-

tugueses y españoles, habiendo preferido estos á los extranjeros especialmente en los casos en que los historiadores de la corte de España convienen ingenuamente en que el Portugal obtuvo grandes ventajas en esta famosa revolucion. El autor se atreve á esperar que los lectores no exigirán nada mas de un escritor que no siendo ni castellano ni portugues, no tiene ningun interes en elogiar ni vituperar, y solo si el que inspira la verdad nacida del fondo de los mismos hechos que escribe.

HISTORIA

DE

LAS REVOLUCIONES DE PORTUGAL.

PORTUGAL forma una parte de aquella vasta extension de pais que llamamos las Españas, cuya mayor parte de provincias llevan el titulo de reynos : el de Portugal se halla situado al occidente de la Castilla y en las riberas del Océano, las mas inmediatas al poniente de Europa : este pequeño estado no tiene mas que ciento y diez leguas de largo, y cincuenta en su mayor anchura. El suelo es fértil, el aire sano, y los calores ordinarios en aquel clima, los templá un viento fresco y las lluvias fecundas. La corona es hereditaria, y la autoridad del príncipe absoluta : sírvese con utilidad del espantoso tribunal

tugueses y españoles, habiendo preferido estos á los extranjeros especialmente en los casos en que los historiadores de la corte de España convienen ingenuamente en que el Portugal obtuvo grandes ventajas en esta famosa revolucion. El autor se atreve á esperar que los lectores no exigirán nada mas de un escritor que no siendo ni castellano ni portugues, no tiene ningun interes en elogiar ni vituperar, y solo si el que inspira la verdad nacida del fondo de los mismos hechos que escribe.

HISTORIA

DE

LAS REVOLUCIONES DE PORTUGAL.

PORTUGAL forma una parte de aquella vasta extension de pais que llamamos las Españas, cuya mayor parte de provincias llevan el titulo de reynos : el de Portugal se halla situado al occidente de la Castilla y en las riberas del Océano, las mas inmediatas al poniente de Europa : este pequeño estado no tiene mas que ciento y diez leguas de largo, y cincuenta en su mayor anchura. El suelo es fértil, el aire sano, y los calores ordinarios en aquel clima, los templá un viento fresco y las lluvias fecundas. La corona es hereditaria, y la autoridad del príncipe absoluta : sírvese con utilidad del espantoso tribunal

de la inquisicion como del instrumento mas seguro de la política. Los Portugueses son ardientes, naturalmente altivos y presumidos, adictos á la religion, pero aun mas supersticiosos que devotos. Para ellos todo es prodigio, y si se les cree, nunca el cielo deja de declararse á su favor de una manera extraordinaria.

Ygnórase quienes fueron los primeros habitantes del pais, á pesar de que sus historiadores pretenden ser oriundos de la posteridad de Tubal; y ciertamente aun que se eche mano de la fábula, dificilmente podria buscarse un origen mas antiguo. Cada nacion tiene sus preocupaciones con respeto al suyo. Lo cierto es que los Cartagineses y los Romanos se disputaron el imperio de estas provincias que poseyeron sucesivamente. Los Alanos, los Suevos y Vándalos, y todas las naciones bárbaras que bajo el nombre genérico de Godos inundaron el imperio á principios del siglo quinto, se apoderaron de toda la España. Portugal tuvo en algunas épocas

reyes particulares, y en otras estuvo tambien reunido bajo la dominacion de los príncipes que reynaban en Castilla.

A principio del siglo octavo (712) bajo el reynado de Rodrigo, último rey godo, los Moros, ó por mejor decir los Arabes súbditos del califa Valid Almanzor, pasaron de Africa á España, y se apoderaron de toda ella. El conde Don Julian, noble Español, para vengarse del ultrage que Rodrigo habia hecho á su hija les introdujo en el pais y facilitó su conquista.

Estos infieles extendieron su dominacion desde el estrecho hasta los Pirineos, excepto las montañas de Asturias en donde se refugiaron los cristianos bajo el mando del príncipe Don Pelayo que fundó el reyno de Leon ó de Oviedo (717).

Portugal tuvo la misma suerte que las demas provincias de España y pasó á la dominacion de los Moros. Estos establecieron diferentes gobernadores, que despues de muerto Almanzor el Grande, se hicieron independientes erigiéndose en

otros tantos soberanos, pero la emulacion y la diversidad de intereses les desunió, y el lujo y la molicie completaron su pérdida.

Enrique, conde de Borgoña (1) y oriundo de Roberto, rey de Francia, los arrojó de Portugal á principios del siglo dozavo. Este príncipe, animado del mismo zelo que en aquellos tiempos creó tantas cruzadas, habia pasado á España, deseoso de señalar su valor guerreando contra los infieles. Hizo sus primeras campañas bajo el mando de Rodrigo de Vivar, aquel célebre capitan llamado el Cid, distinguiéndose por su valor extraordinario en aquellas guerras de religion; y posteriormente, Alfonso VI, rey de Castilla y de Leon, le entregó el mando de sus egércitos. Se supone que este príncipe frances derrotó los Moros en diez y siete batallas, y que los arrojó de aquella parte de Portugal que está situada hácia el norte. El rey de Castilla para unir á su fortuna un capitan tan fa-

(1) Teodoro Godefroy, en su tratado del *Origen de los Reyes de Portugal*.

moso, le casó con una princesa hija suya, llamada Teresa, y le dió sus propias conquistas para dote y recompensa. Extendiólas el conde con nuevas victorias: Sitió y tomó las ciudades de Lisboa, Visea y Coimbra, y tuvo igual buen éxito en las tres provincias entre Duero y Minho, formando de todo ello una soberanía considerable; y sin ser rey ni haber tomado el título de tal, cimentó los fundamentos del reyno de Portugal.

El príncipe Alfonso su hijo sucedió á su valor y á sus estados, aumentándolos aun con nuevas conquistas. Los héroes fundan los imperios, los cobardes los ruinan.

Los soldados del conde Don Alonso, despues de una gran victoria que habia conseguido contra los Moros, le proclamaron rey, y los estados generales reunidos en Lamego le confirmaron este augusto título transmitiéndolo juntamente á sus sucesores. En esta asamblea de los principales de la nacion se establecieron las leyes fundamen-

tales concernientes á la sucesion de la corona. El primer artículo de estas leyes, dice :

ARTICULO I.

• Que viva el rey Don Alfonso y que reyne sobre nosotros; si tubiere hijos varones, que sean tambien nuestros reyes, sucediéndose el hijo al padre, despues el nieto y á este el visnieto, y en esta forma sus descendientes á perpetuidad.

ARTICULO II.

• Si el primogénito del rey muriese durante la vida de su padre, sucederá á este, despues de su muerte, el segundo hijo, y será nuestro rey; tras de este, el tercero y así los demas hijos del rey.

ARTICULO III.

• Si el rey muriese sin hijos varones y existiese un hermano del rey, este será nuestro rey, pero solo durante su vida; pues sus hijos no lo seran á menos que los obispos y los estados lo elijan, y de este modo sea nuestro rey, y si no, no.

ARTICULO IV y V.

• Si el rey de Portugal no tubiere ningun hijo varon, y si una hija, esta será reyna despues de la muerte de su padre, con tal que se case con un señor portugues; pero este no llevará el nombre de rey, hasta que tenga un hijo varon de la reyna su muger. Cuando se halle en compañía de la reyna se colocará á su izquierda, y no llevará la corona real en su cabeza.

ARTICULO VI.

• Esta ley será perpetuamente observada, y la hija mayor del rey no tendrá otro marido que un caballero portugues, á fin de que ningun príncipe extranjero se haga dueño del reyno. Si la hija del rey se uniese á un príncipe ó señor extranjero, no será reconocida como reyna, porque no queremos que nuestros pueblos se vean obligados á obedecer á un rey que no sea portugues, pues que nuestros súbditos y compatriotas nos han hecho rey, sin el auxilio de ningun extranjero, y solo por su valor y á espensas de su sangre.

Con estas leyes tan sabias se ha conservado la corona durante muchos siglos en la dinastía de Alfonso, cuyos sucesores aumentaron su brillo y poder por medio de las importantes conquistas que hicieron en Africa, en las Indias, y despues en América. Todo elogio seria insuficiente para encarecer justamente á los Portugueses que en empresas tan lejanas y extraordinarias, manifestaron no menos valor que conducta: entre las ventajas que les ha proporcionado la extension de sus conquistas, han tenido la de extender la religion cristiana y el conocimiento del verdadero Dios en los reynos idólatras y paises bárbaros, donde los misioneros portugueses han hecho conquistas espirituales no menos considerables. Tal era el reyno de Portugal en el año de 1557, quando subió al trono el rey Don Sebastian, hijo póstumo del príncipe Don Juan, que habia muerto antes que el rey Don Juan III su padre, hijo que fué del gran rey Don Manuel (1557).

Don Sebastian tenia poco mas de tres años quando sucedió al rey su abuelo: durante su minoridad se confió la regencia del estado á Catalina de Austria su abuela, hija de Felipe I^o rey de Castilla, y hermana del emperador Carlos V. Don Alejos de Menezes, señor que profesaba una piedad singular, fué nombrado para ayo del príncipe, y el P. Don Luis de Cámará, de la compañía de Jesus, estuvo encargado del cuidado de sus estudios.

Estos sabios gobernantes no perdonaron medio alguno para inspirar prontamente á este príncipe los sentimientos de religion, y al mismo tiempo de gloria digna de un soberano; pero se excedieron en estas miras tan nobles y tan cristianas. Menezes solo hablaba á Don Sebastian de las conquistas que los reyes sus predecesores habian hecho en las Indias y en las costas de Africa. El jesuita por su parte le representaba á cada momento que los reyes han recibido su corona solo de Dios y no debian tener otro obgeto en su gobierno

que el de hácerle reynar en todos sus estados y sobre todo en tantos países lejanos donde no se conocia ni aun su nombre. Mezcladas estas ideas piadosas y guerreras hicieron una fuerte impresion en el espíritu de un jóven príncipe naturalmente impetuoso y lleno de fuego : ya no hablaba sino de expediciones , de proyectos de conquistas , y apenas entró en el gobierno de sus estados que ya pensó en llevar por sí mismo la guerra al Africa ; de lo cual conferenciaba continuamente unas veces con los oficiales, y otras con los misioneros y religiosos, como si hubiese querido unir el título de apostol á la gloria de conquistador.

La guerra civil que se habia promovido en el reyno de Marruecos le pareció una ocasion favorable para manifestar su zelo y su valor. Muley Mohammed habia sucedido á su padre Abdallá, último rey de Marruecos, pero Muley Moluc, su tio paterno, pretendia que no podia aquel subir al trono en perjuicio suyo y contra lo dispuesto por

la ley de los cherifes , la cual llamaba sucesivamente para la corona á los hermanos del rey con preferencia á sus propios hijos. Este fué el motivo de una guerra sangrienta entre el tio y el sobrino, Muley moluc, príncipe valeroso y tan gran político como capitan , formó un poderoso partido en el reyno y ganó tres batallas contra Mohammed, arrojándole de sus estados y del Africa.

El príncipe despojado pasó el mar y vino á buscar un asilo en la corte de Portugal, manifestando á Don Sebastian que á pesar de su desgracia habia conservado todavía en su reyno un gran número de partidarios secretos que solo esperaban su regreso para declararse ; que ademas sabia que Moluc estaba atacado por una enfermedad mortal que le consumia insensiblemente ; que el príncipe Hamet, hermano de Moluc, era poco estimado en su nacion ; que en estas circunstancias solo necesitaba algunas tropas para aparecer en las fronteras ; que su presencia haria pronunciar en su fa-

vor sus antiguos vasallos, y que si podia recobrar su corona con el auxilio de la de Portugal, la pondria bajo la fé y homenaje de esta, y aun la veria mas gustoso en la cabeza del rey portugues que en la de su usurpador.

Don Sebastian, que tenia la imaginacion llena de vastos proyectos de conquista, se comprometió con mas ardor que prudencia á marchar él mismo á esta expedicion: hizo mil caricias al rey moro y le prometió restablecerle en su trono á la cabeza de todas las fuerzas del Portugal. Lisongeábase de que bien pronto enarbolaria la cruz encima de las mezquitas de Marruecos: en vano sus mas prudentes consejeros trataron de disuadirle de una empresa tan precipitada; pues su zelo, su valor, la presuncion, defecto ordinario de la juventud y aun de los reyes, los mismos aduladores inseparables de la corte, todo le representaba victorias fáciles y gloriosas. Este príncipe obstinado en sus ideas cerró los oidos á todo lo que sus ministros pudieron expo-

nerle, y como si la soberania del poder diese tambien la de la razon, despreció los avisos de su consejo, pasó el mar, y con un ejército apenas de trece mil hombres, emprendió la obra de destronar á un rey poderoso y el mejor capitan del Africa.

Advertido Moluc de los designios y del desembarco del rey de Portugal, le esperaba á la cabeza de todas las fuerzas de su imperio; habia reunido un ejército de caballería de cuarenta mil hombres, la mayor parte soldados viejos y aguerridos, tadavia mas temibles por la experiencia y capacidad del príncipe que los mandaba que por su propio valor. En cuanto á su infantería, apenas contaba diez mil hombres de tropas bien organizadas, no contando con una infinidad de alarbes y de milicias que habian acudido á su auxilio, pero que eran mas á proposito para robar que para batirse, y que huian al primer encuentro ó se declaraban por el vencedor.

No dejó Moluc de servirse de ellos para fatigar el ejército cristiano. Extendidos

aquellos infieles en los campos, á cada momento se presentaban escaramuceando á vista del acampamento, teniendo órdenes secretas de irse retirando de los Portugueses para hacerles abandonar las orillas del mar en donde estaban atrincherados, y al mismo tiempo, con un miedo simulado, entretener la confianza temeraria de Don Sebastian. Este principe mas valeroso que prudente, viendo que todos los dias los Moros se retiraban en quanto les presentaba sus tropas, las hizo salir de sus trincheras y se puso en marcha contra Moluc, como si fuese á una victoria cierta. Por de contado el rey bárbaro se retiró, manifestando querer evitar una accion decisiva; presentaba un corto número de tropas, y aun hizo varias proposiciones á Don Sebastian, aparentando no tener confianza en sus fuerzas ni en el éxito de la guerra. El rey de Portugal creyendo mas difícil alcanzar al enemigo que vencerle, se empeñó á perseguirle; pero en quanto Moluc le vió separado del mar y de su flota, se

monstró firme en la llanura, extendiendo su inmensa caballería en forma de media luna para encerrar todo el ejército cristiano. Habia puesto á su hermano el príncipe Hamet á la cabeza de este cuerpo, pero como no estaba bien seguro de su valor, le previno que solo á su nacimiento debia el mando del ejército, pero que si tubiese la cobardia de huir, él mismo le ahogaria con sus manos, y que era preciso vencer ó morir.

Mas él mismo se sentia morir, y su debilidad era tal que no dudaba habia llegado el último de sus dias; en esta extremidad no olvidó nada de quanto podia hacerle el mas memorable de su vida, colocó por sí mismo su ejército en batalla y dió todas las órdenes con tanta precision y despejo de espíritu, como si hubiese estado en salud completa. Extendió su precaucion hasta los sucesos que pudiesen acaecer despues de su muerte, mandando á los oficiales que le rodeaban, que si expirase durante el calor del combate, ocultasen con

cuidado la noticia, y que para mantener la confianza de los soldados fingiesen venir á tomar sus órdenes, y se acercasen los edecanes á su litera como si estubiese todavía en vida. No puede admirarse bastante el valor y magnanimidad de este rey bárbaro, que combinó de tal modo sus órdenes y sus proyectos con los últimos momentos de su vida, que impidió el que la misma muerte le arrebatase la victoria. Luego se hizo llevar por todas las filas del ejército y tanto por señas, como por su presencia y sus discursos exortó á los Moros á combatir generosamente por la defensa de su religion y de su patria.

La batalla comenzó con descargas de artillería de una y otra parte; los dos ejércitos principiaron sus movimientos cargando con el mayor furor, y bien pronto se mezclaron. La infantería cristiana, sostenida con la presencia de su rey, hizo plegar á la de los Moros, compuesta la mayor parte de alarbes y vagabundos de que ya hemos hablado: el duque de Aveiro rechazó tam-

bien un cuerpo de caballería que tenia al frente, arrojándolo hasta el centro donde se hallaba Moluc. Este príncipe, al ver llegar sus soldados en desórden huyendo delante de un enemigo victorioso, se arrojó de su litera, y lleno de cólera y furor, aun que moribundo, queria llevarlos por sí mismo al combate; en vano se interponen en su paso sus oficiales, se abre calle á sablazos, pero sus esfuerzos acababan de agotar sus fuerzas, y cayó desmayado en brazos de los escuderos: pusiéronle en su litera, en donde apenas estubo colocado, que poniendo su dedo en la boca, como recomendando el sigilo, expiró en el mismo instante, antes de poderle conducir hasta su tienda.

Quedó oculta su muerte á los dos partidos: el de los cristianos parecia hasta entonces llevar la ventaja, mas la caballería de los Moros que habia formado un gran círculo, estrechándose á medida que se aproximaban las extremidades, acabó de rodear el pequeño ejército de Don Sebas-

tian. Los Turcos cargaron por todas partes sobre la caballería portuguesa, la cual acosada por la muchedumbre, vino á dar, retirándose, con su infantería, é introdujo en ella el temor, el desórden y la confusion.

Los infieles se hecharon con sus cimitarras levantadas sobre aquellos batallones abiertos y desconcertados, venciendo sin pena ninguna aquellos soldados admirados y ya vencidos por el terror: desde entonces todo fué una horrorosa carnicería. Los unos, hincados, de rodillas, pedian se les concediese el vivir; los otros querian salvarse por la huida, pero como estaban cercados por todos lados, donde quiera quese dirigian, encontraban al enemigo y á la muerte. El imprudente Don Sebastian pereció tambien en la refriega, confundido en el desórden, ó acaso por que él mismo se hizo matar por no sobrevivir á la pérdida de tantas personas de calidad que los Moros habian atrozmente destrozado, y que él mismo habia arrastrado á la mortandad. Muley Mohammed, autor de

esta guerra buscó en la fuga su salvacion, pero se ahogó al pasar el rio de Mucazen. De este modo perecieron en un mismo dia tres grandes príncipes y todos tres de distinta manera: Moluc por la enfermedad, Mohammed en las aguas, y Don Sebastian entre las armas.

Sucedióle su tio, el cardenal Don Enrique, hermano de Juan III su abuelo, é hijo del rey Manuel: mas como este principe era sacerdote y que ademas se hallaba achacoso y ya de edad de sesenta y siete años, los pretendientes á la corona la miraban como depositada en su cabeza, y cada uno en particular trató de ganarla para sí.

Los aspirantes eran muchos, salidos la mayor parte del rey Manuel, aunque en grados diferentes. Felipe II, rey de España, Catalina de Portugal, muger de Don Jaime duque de Braganza, el duque de Saboya, el de Parma, y Antonio, caballero de Malta y Gran Prior de Crato, no olvidaban nada para hacer valer sus derechos. Publicá-

ronse varios escritos en nombre de estos príncipes, en los cuales los jurisperitos trataban de arreglar el orden de sucesion segun los intereses de los que les hacian trabajar.

Felipe era hijo de la infanta Isabel, hija mayor del rey Manuel; la duquesa de Braganza venia del príncipe Don Eduardo, hijo del mismo rey Manuel; el duque de Saboya era hijo de la princesa Beatriz, hermana menor de la emperatriz; y el duque de Parma lo era de Maria de Portugal, hija del príncipe Eduardo y hermana mayor de la duquesa de Braganza; el gran Prior era hijo natural de Don Luis de Beja, segundo hijo del rey Manuel, y de Violante de Gomez, llamada la Pelicana, muger la mas hermosa de su tiempo, con quien segun Antonio su hijo pretendia, el príncipe se habia casado secretamente. Catalina se puso tambien en las listas, y pedia esta corona como descendiente de Alfonso III, rey de Portugal, y de Matilde, condesa de Bolonia. Hasta el papa quisó tambien te-

ner algun derecho, solo porque el rey era cardenal; como si la corona fuese un beneficio cuya provision perteneciese á la corte romana. Se hizo poco caso de estas pretensiones extrangeras, destituidas de fuerzas para hacerse valer.

Bien se veia que esta sucesion pertenecia principalmente al rey de España y á la duquesa de Braganza. Esta duquesa era anada; su marido descendia aunque en línea indirecta de los reyes de Portugal, y ella pretendia la corona, fundándose en que era Portuguesa y que por las leyes fundamentales del reyno los príncipes extrangeros estaban excluidos, como tenemos indicado al principio de esta obra. Felipe convenia en este punto que excluía á los duques de Saboya y de Parma, mas él pretendia que un rey de las Españas no podía presumirse extrangero á Portugal, y mucho menos habiendo estado este pequeño reyno mas de una vez bajo la dominacion de los reyes de Castilla: ambos tenian sus partidarios, y molestaban con sus solici-

tudes al rey cardenal, que no se atrevía á meterse en tan importante negocio, y quizas enojado de oír continuamente hablar de su sucesor, y queriendo vivir y reynar en paz, envió á una junta la discusion de los derechos de los pretendientes, de que no debia decidir hasta despues de su muerte.

Este príncipe no reynó mas que diez y ocho meses, llenando su muerte el Portugal de disturbios y divisiones: cada cual, segun su inclinacion, tomaba partido por alguno de los pretendientes, y los mas indiferentes esperaban la decision de la junta que el difunto rey habia establecido por su testamento; mas conociendo Felipe que intereses tan grandes no se terminan con las discusiones de los jurisconsultos, hizo entrar en Portugal un poderoso ejército á las órdenes del famoso duque de Alba, que decidió el asunto en su favor.

No parece que el duque de Braganza se pusiese en estado de sostener su derecho por las armas, y solo el gran Prior hizo

esfuerzos para oponerse á los Castellanos: el populacho lo habia proclamado rey, y le daba el título de tal, como si lo hubiese recibido de los estados del reyno. Sus amigos levantaron algunas tropas en su favor, mas el duque de Alba las deshizo; todo cedió ante el poder de aquel gran capitán español. Los Portugueses, poco unidos entre sí, sin generales, sin tropas organizadas, y sin otras fuerzas que su natural animosidad contra los Castellanos, fueron desechos en varios encuentros; la mayor parte de las ciudades, temerosas de verse entregadas al pillage, hicieron sus tratados particulares, y Felipe fué reconocido por legítimo soberano. Este príncipe tomó posesion del reyno como sobrino segundo y heredero del rey difunto; aunque le pareció mas seguro el derecho de conquista, al menos este fué el que regló su conducta y la de sus sucesores. Felipe III su hijo, y Felipe IV su nieto, trataron despues al Portugal, menos como á vasallos naturales que como á pueblos sometidos por las armas y

por el derecho de la guerra, y este reyno se hacia insensiblemente provincia de España, como antes lo habia sido, sin que los Portugueses estubiesen en estado de pensar en sustraerse de la dominacion castellana. Los grandes del reyno no osaban presentarse con el brillo correspondiente á su dignidad ni exigir todos los derechos debidos á su rango, temiendo excitar las sospechas de los ministros españoles en un tiempo en que bastaba ser rico ó considerado por su mérito ó nacimiento, para ser sospechoso y perseguido. La nobleza estaba como desterrada en sus casas de campo, y el pueblo sobrecargado por los impuestos exorbitantes. Creía el conde de Olivares, primer ministro de Felipe IV, rey de España, que las nuevas conquistas debian debilitarse al extremo; sabia muy bien que una antigua y como natural antipatía hacia siempre odiosa á los Portugueses la dominacion española, por mas que él se empeñase en evitarlo; que aquellos verian con indignacion los empleos y dignidades

ocupadas por los extrangeros ó por gentes sacadas del polvo, cuyo único mérito era el de ser adictas á la corte; y pretendia haber asegurado la autoridad de su amo dejando á los grandes sin empleos, á la nobleza excluida de los negocios, y empobreciendo al pueblo poco á poco, de tal manera que no tubiese fuerza para intentar ninguna variacion. Ademas de esto, sacaba de aquel reyno todos los hombres en estado de tomar las armas, y los hacia servir en las guerras, temeroso de que aquellos espíritus inquietos turbasen la tranquilidad del gobierno.

Esta política que, llevada hasta cierto punto, hubiera podido producir su objeto, tubo un efecto enteramente contrario, por haberse excedido en ella á causa de las necesidades en que entonces se vió la corte de España, y del carácter de su primer ministro que era naturalmente duro é inflexible. Ya no se guardaban medidas con el Portugal y ni aun se dignaban emplear los pretextos ordinarios para exigir dinero

del pueblo; antes parecían ser exacciones sobre un país enemigo que un tributo legítimo impuesto sobre vasallos. No teniendo ya los Portugueses nada que perder, y no pudiendo esperar fin ni alivio á sus miserias sino en el cambio del estado, pensaron en sacudir una dominacion que les habia parecido injusta y que ya era tiránica é insoportable (1).

Margarita de Saboya, duquesa de Mantua, gobernaba entonces el Portugal en calidad de vireyna; pero este era un título de puro brillo al cual la corte atribuía un poder muy limitado. El secreto de los negocios y casi toda la autoridad estaban en las manos de Miguel Vasconcellos, Portugués que ejercía las funciones de secretario de estado cerca de la vireyna, pero que en realidad era ministro absoluto é independiente. Este recibía directamente las órdenes del Conde-Duque, de quien era hechura, y al cual se había hecho agradable y necesario por su habilidad en extraer incesante.

(1) *Lusitania liberata*, l. 3, c. 1.

mente sumas considerables del Portugal, y por un espíritu de intriga con que lograba sus mas secretas intenciones. Este hombre hacia nacer disensiones y enemidades entre los grandes del reyno, fomentándolas hábilmente por medio de gracias y distinciones afectadas que hacian tanto mas placer á los que las recibian, cuanto que excitaban el odio y los zelos de los otros. Estas divisiones que se mantenian entre las principales casas, hacian la seguridad y el reposo del ministro, que se persuadia que mientras estuviesen los gefes de estas casas ocupados en satisfacer sus rencores y venganzas particulares, no pensarían en emprender nada contra el gobierno.

No habia en todo el Portugal nadie que pudiese dar alguna inquietud á los Españoles, sino el duque de Braganza. Era este principe nacido con un carácter suave y agradable, pero un poco perezoso; su talento mas recto que vivo; en los negocios iba siempre al punto principal, y penetraba fácilmente las cosas á que se aplicaba, mas

no gustaba aplicarse. Su padre, el duque Teodosio, que era de un temperamento impetuoso y lleno de fuego, habia tratado de dejarle como por sucesion todo su odio contra los Españoles, y le habia hecho mirarlos como los usurpadores de una corona que le pertenecia : habia hecho lo posible para inspirarle toda la ambicion que debe tener un príncipe que podia esperar el rescate de su corona, y todo el fuego y valor necesario para intentar tan alta y arriesgada empresa (1).

Don Juan, á la verdad, habia tomado los sentimientos de su padre, pero solamente los habia tomado en el grado que le permitia su natural tranquilo y moderado. aborrecia á los Españoles, pero no hasta el extremo de tomarse mucha pena para vengarse de su injusticia. Tenia ambicion y no desesperaba de subir al trono de sus antepasados, mas no tenia para ello una impaciencia tan grande como habia manifestado el duque Teodosio, y se contentaba con

(1) Caetan. Passar. de *Bello lusit.*, l. 1.

no perder de vista el proyecto, sin exponer inoportunamente por una corona muy incierta, una vida muy agradable y una fortuna tan brillante como puede desearla un particular.

Es constante que si hubiese sido precisamente tal, cual le habia deseado el duque Teodosio, de ningun modo hubiera sido á propósito para conseguir sus fines; pues el Conde-Duque le hacia observar tan de cerca que si su vida holgazana y voluptuosa hubiera sido efecto de su habilidad, se le hubiera bien pronto penetrado, y allí hubiera concluido su reposo y su fortuna; la corte de España no le hubiera sufrido jamas tan poderoso, ni permitido que pasase su vida en su pais.

La política mas fina no le habria hecho tener una conducta mas prudente para con los Españoles, de la que observaba por una inclinacion natural. Su nacimiento, sus bienes y sus derechos á la corona, no eran crímenes, pero, segun las leyes de la política, era bastante criminal pues que era te-

mible; no se le ocultaba nada de esto, sabia que solo podia tomar un partido y le tomó acertadamente tanto por razon como por inclinacion. Para minorar su crimen, es decir, para parecer menos temible, y por consiguiente hacerse menos sopechoso á los Españoles, era necesario que no se mezclase en ningún negocio, y que pareciese solamente ocupado en los placeres y diversiones; é hizo perfectamente este personage. No se veía en Villaviciosa, morada ordinaria de los duques de Braganza, mas que fiestas, cazerías y gentes propias á fomentar los placeres de una deliciosa campaña; en fin, parecia que la fortuna y la naturaleza habian conspirado, la una, para darle las calidades proporcionadas á aquellas circunstancias, y la otra, á disponer los negocios de manera que pudiese hacer valer sus calidades naturales. Con efecto, no eran estas bastante brillantes para hacer temer á los Españoles que pretendiese un dia hacerse rey; pero eran bastante sólidas para dar á los Portugueses la

esperanza de un gobierno suave, prudente, y lleno de moderacion, si ellos querian tomar por su cuenta el hacerle su soberano.

No podia su conducta causar sospecha alguna; pero un suceso que poco antes habia acontecido y en el cual ninguna parte tenia, habia principiado á hacerle un poco sospechoso á los ojos del primer ministro. El pueblo de Evora (1), reducido á la desesperacion por algunos nuevos impuestos, se habia sublevado; y en el acaloramiento de la sedicion, habíanse escapado á los mas exaltados, algunos votos públicos por la casa de Braganza, mezclados á las quejas contra la tiranía de los Españoles. Conocióse entónces, aunque tarde, la falta que habia cometido Felipe II contra sus verdaderos intereses, al dejar en un reyno recién conquistado una casa tan poderosa, y cuyos derechos á la corona eran tan evidentes.

Esta consideracion determinó al consejo de España á asegurarse del duque de Bra-

(1) Caet. Passar., l. r.

ganza, ó al menos á alejarle del Portugal. ofreciósele el gobierno del Milanés, que rehusó exponiendo que no gozaba bastante salud ni bastante conocimiento de los negocios de Italia para desempeñar un empleo tan difícil é importante.

(1) El Ministro hizo como que entraba en sus razones, pero buscó un nuevo medio para atraerlo á la corte, sirviéndose de pretexto para comprometerle á hacer este viage, el que el rey debía emprender para las fronteras de Aragon para castigar la sublevacion de los Catalanes. Escribióle exortándole á venir á la cabeza de la nobleza de su pais, para unirse á las tropas de Castilla en una expedicion que no podia menos de ser gloriosa, y donde mandaria el rey en persona. El ministro de España, para debilitar la nobleza portuguesa habia hecho publicar un edicto del rey Felipe IV que ordenaba á todos los hidalgos viniesen inmediatamente al ejército destinado contra los Catalanes, bajo pena de perder todos

(1) Mayo 1640.

sus feudos dependientes de la corona; y se lisongeaba que el duque de Braganza, como condestable nato del Portugal, no podria dispensarse de marchar en esta ocasion; mas como el duque estaba alerta contra todo lo que venia de la corte, descifró fácilmente el artificio y suplicó al ministro presentase al rey sus excusas, fundándolas en los exorbitantes gastos que su nacimiento y su clase le obligarian á hacer, y la imposibilidad en que, segun decia, se hallaba.

Estas repetidas repulsas comenzaron á alarmar al ministro, que á pesar de la idea que se habia formado del humor tranquilo y pacífico del duque de Braganza, temió no le hubiesen hecho apercibir de los derechos que tenia á la corona, y que la tentacion de reynar en su pais pudiese mas que toda su inclinacion por la tranquilidad.

Conociendo cuan importante era para el rey el apoderarse de la persona de este príncipe, no perdonó ningun medio para conseguirlo; mas como era entonces expuesto el valerse abiertamente de la fuerza,

á causa del afecto que habian tenido siempre los Portugueses á la casa de Braganza, resolvió deslumbrarle á fuerza de halagos, y atraerle por medio de las apariencias de una amistad sincera y de una confianza perfecta.

La España y la Francia estaban en guerra, la flota francesa habia asomado en las costas de Portugal y esto proporcionó al ministro un pretexto favorable á sus designios. Necesitábase en este reyno un general para mandar las tropas destinadas á la defensa de las costas donde los Franceses podrian hacer algun desembarco; envióle los despachos, acompañados de tantos adornos y revestidos de una autoridad tan absoluta, tanto para fortificar las ciudades que lo necesitasen, como para aumentar ó cambiar las guarniciones, y disponer de los buques que se hallaban en los puertos, que parecia poner todo el reyno en su poder, por medio de una ciega confianza. Habia mandado al mismo tiempo una orden secreta á Don Lope de Osorio que mandaba la flota española, para que

entrando en el puerto donde se hallase el duque, como si el temporal le hubiese obligado á refugiarse al cruzar aquellos mares, le atrajese á bordo de su escuadra dándole alguna fiesta, y lo llevase inmediatamente á España. Mas la fortuna lo dispuso bien diferentemente; una tempestad sorprendió al almirante español, hizo perecer una parte de sus buques, y dispersó el resto sin que pudiese arribar á Portugal.

Este mal resultado no desmayó al Conde Duque; parecíale que solo la fortuna y la casualidad habian podido salvar al duque de Braganza que no podia menos de haber sido arrestado si Don Lope hubiese podido desembarcar en los puertos del reyno como se habia proyectado: Volvió su artificio hácia otro lado: escribió al príncipe en unos términos llenos de la mas íntima confianza, y como si dividiese con él el ministerio y el gobierno del estado. Lamentábase, en su carta, de la desgracia acaecida á la armada precisamente en un

tiempo en que los enemigos eran muy terribles; que habiendo perdido esta fuerza que cubria las costas de Portugal, el rey deseaba que visitasen exactamente todas las plazas y puertos de este reyno donde los Franceses podrian intentar algun insulto, enviándole al mismo tiempo un libramiento de cuarenta mil ducados para levantar algunas tropas, si fuese necesario, y subvenir á los gastos de su viage. Sin embargo, los gobernadores de las ciudades, que eran la mayor parte Españoles, tenian la orden secreta de asegurarse de su persona, si encontraban ocasion favorable, y de hacerle pasar inmediatamente á España.

El duque de Braganza, que hallaba todas estas demostraciones de confianza demasiado solícitas, y poco conformes con la conducta ordinaria del ministro para que fuesen sinceras, desconfió de ellas, y le hizo caer en el mismo lazo que le tendia: escrivióle asegurándole que aceptaba, con el mayor placer, el empleo de general que

el rey le habia confiado, y que esperaba justificar la eleccion con su zelo y aplicacion por el servicio, y merecer la gracia con que se le habia honrado. Sin embargo como ya comenzaba á conocer que no le seria imposible subir al trono de sus mayores, se sirvió del poder de su comision para colocar sus amigos en los empleos y en las plazas donde pudieran ser útiles algun dia, empleó el dinero de la España en hacerse nuevos amigos, y andubo siempre tan bien escoltado al hacer la visita de las plazas, que hizo perder la esperanza formada de hacerse dueño de su persona.

La autoridad con que se le habia revestido, hacia murmurar á toda la corte de España, que no conociendo las razones del ministro, porque solo el rey las conocia, querian hacer sospechosa su conducta, como aliado de la casa de Braganza. Decian que era una imprudencia el confiar toda la autoridad de general de las tropas de Portugal á un hombre que podia tener pretensiones demasiado elevadas sobre este reyno; ue esto era armar sus derechos, y expo-

nerle á la tentacion de volver las armas contra su soberano; pero el rey se confirmó mas en la resolucion al ver cuan lejos estaban de penetrar su secreto. El duque de Braganza, favorecido con su nuevo empleo, recorrió libremente todo el Portugal, aprovechando su viage para hechar los primeros fundamentos de su elevacion; llevaba un magnífico tren que llamaba la atencion de los pueblos por donde pasaba; escuchaba á todo el mundo con agrado y bondad; reprimia la insolencia del soldado al paso que colmaba de elogios á los oficiales, y los ganaba con todas las recompensas que estaban á su alcance. Su corteza encantaba á la nobleza, á la que recibia con distinciones obsequiosas segun el mérito y la clase de cada uno; en fin, extendia los bienes por donde quiera que pasaba, y se adquiria mas amigos por las gracias que se esperaban de él, que por las que entonces hacia, de modo que los que le veian, y hacian votos por su fortuna, solo creian desear la suya propia.

Nada olvidaban por su parte los parti-

darios de este príncipe para establecer su reputacion; Pinto Ribeiro, mayordomo de su casa, era el que mas eficazmente trabajaba en dar el movimiento á los negocios y en reducir en un plan exacto las miras que tenia por la grandeza de su señor. Era un hombre activo, vigilante, consumado en los negocios, y que tenia una violenta pasion por la elevacion del duque, sin duda porque se lisongeaba de tener un dia mucha parte en el ministerio si podia venir al cabo de hacerle reynar. El príncipe le habia confesado varias veces que aprovecharia con gusto una ocasion que pudiese colocarle sobre el trono, pero que no estaba resuelto á intentar esta empresa como un simple aventurero que no tubiese nada que perder; que sin embargo, podia ir preparando los ánimos, y adquiriéndole nuevos prosélitos, con tal que no le comprometiese á él en nada, y que no apareciese tener parte alguna en lo que pudiese contratar.

Hacia mucho tiempo que Pinto traba-

había en Lisboa con mucha aplicación en reconocer los descontentos y en crear otros nuevos; extendía quejas secretas contra el gobierno, una veces con acaloramiento, y otras con maneras más recatadas, según el carácter y la calidad de las personas con quienes se hallaba; mas el odio que tenían los Portugueses á los Españoles era ya tan general, que no se necesitaba de esta precaucion, y no había Portugués que no fuese capaz de guardar un secreto que tubiera por objeto la pérdida de un Español. Pinto recordaba á las personas de calidad, los empleos honoríficos que habían poseido sus familias en otros tiempos, cuando el Portugal estaba gobernado por sus príncipes naturales; mas nada resentía tanto á la nobleza, como el bando decretado por el rey para pasar á Cataluña, cuya expedicion les era pintada por aquel como un destierro del cual no volverían tan pronto, que, además de los muchos gastos, tendrían que sufrir las altanerías de los Españoles, y que teniendo la política

de España un secreto interes en perder los más valientes, se les expondría en todas las ocasiones de mayor peligro, sin dejarles ninguna parte en la gloria.

Si se hallaba con comerciantes y otros particulares, clamaba contra la injusticia de los Españoles, que habían arruinado Lisboa y todo el Portugal, trasladando á Cadiz todo el comercio de las Indias: hablábales de la miseria extrema á que se veían reducidos bajo una dominacion tan tiránica, y de la felicidad de los pueblos (1) que tan generosamente se habían librado de ella.

Finalmente hacia recordar al clero las muchas ocasiones en que habían sido violados sus privilegios y las inmunidades de la iglesia; que los beneficios y dignidades más considerables del reyno eran presa de los extrangeros en vez de servir de justa recompensa al mérito y á la capacidad de los naturales portugueses.

Con los que él sabía que estaban descon-

(1) Los Holandeses y los Catalanes.

tentos, hacia caer hábilmente la conversacion sobre las calidades de su amo, para sondear las inclinaciones. Quejábase de la ociosidad en que este príncipe parecia abismado; que era bien sensible que el único que podia remediar eficazmente tantos desórdenes, tubiese tan poco afecto por su pais, y aun tanta indiferencia por su propia grandeza: si notaba que estos discursos hacian impresion, se propasaba hasta adular algunos con el título de restauradores de la patria, excitaba la indignation de los que habian sido maltratados por los Españoles, dejando ver á todos grandes esperanzas en el cambio del estado. Supo manejar tan felizmente los espíritus, que despues de haberse asegurado de muchos en particular, reunió en fin un número considerable de nobleza á cuya cabeza se halló el arzobispo de Lisboa.

Este prelado era de una de las mejores casas del reyno (1), sabio, hábil en los negocios, amado del pueblo, pero aborre-

(1) De Acuña.

cido de los Españoles á quienes recíprocamente aborrecia porque preferian al arzobispo de Braga (1), hechura de la vireyna, que le habian hecho presidente de la cámara de Opaco, dándole alguna parte en los asuntos del gobierno.

Entre las personas de calidad que formaron aquella asamblea se distinguia Don Miguel de Almeida, anciano venerable, que por su mérito se había adquirido una consideracion extraordinaria; gloriábase de amar mas á su patria que á su fortuna, y estaba indignado de verla como reducida á la servidumbre por unos usurpadores. En estos sentimientos se había mantenido toda su vida con el mayor valor y firmeza, sin que las súplicas de su familia ni los consejos de sus amigos hubiesen podido obligarle á ir al palacio y hacer la corte á los ministros de España, á los cuales se habia hecho muy sospechoso con este teson. Así fué el primero en quien Pinto puso los ojos para declararse abiertamente, sabiendo

(1) Don Sebastian de Matos de Noroña.

bien que no corria ningun peligro con un hombre de tal carácter que era ademas de un gran peso para atraer la nobleza á su partido.

Hallábanse tambien, Don Antonio de Almada, amigo íntimo del arzobispo, con Don Luis su hijo, Don Luis de Acuña sobrino de este prelado y marido de la hija de Don Antonio de Almada; el montero mayor Mello, su hermano Don Jorge, Pedro Mendoza, don Rodrigo de Saa, gran camarlengo, y varios oficiales de la casa real cuyos destinos habian quedado en títulos inútiles desde que el Portugal habia perdido sus reyes.

El arzobispo, naturalmente elocuente, hizo á la asamblea una horrorosa pintura del estado del reyno, desde que los Españoles eran dueños: manifestó que Felipe II para asegurar su conquista, habia hecho perecer un gran número de nobles; que no habia perdonado á los eclesiásticos, siendo un buen testigo de esto, aquel famoso breve de absolucion (1) que habia

(1) Conestagio.

obtenido del papa despues de haber hecho morir dos mil clérigos y religiosos, por asegurar su usurpacion. Que desde aquella época aciaga, los Españoles no habian cambiado de política, sino que, bajo varios pretextos, habian hecho perecer muchas personas de mérito cuyo único crimen era el de amar demasiado su pais; que no habia nadie en la asamblea cuya vida y bienes estuviesen en seguridad; que la nobleza era despreciada, los grandes separados del gobierno, sin empleos ni consideracion; que la iglesia no habia tenido sino indignos ministros desde que Vasconcellos empleaba los beneficios en recompensar sus amigos; que el pueblo estaba abrumado con impuestos, las campiñas sin labradores y las ciudades desiertas con tantas exacciones de soldados para enviarlos á Cataluña. Que las órdenes recibidas para hacer salir á la nobleza bajo pretexto del bando, eran el último golpe de política del ministro que queria deshacerse de los gentil-hombres, único obstá-

culo en el reyno á sus perniciosos designios; que el menor mal que podia sucederles era el de un largo destierro, que envejecerian como desgraciados extrangeros en el fondo de la Castilla, mientras que otras familias se apoderarian de sus bienes como de un país de conquista; que la funesta idea de tantas desgracias le haria desear la muerte antes que ver la entera ruina y destruccion de su país, si no esperase que tantas personas de mérito no se habrian reunido inútilmente.

Este discurso renovó en la asamblea el sensible recuerdo de los males que sufrían; todos se apresuraban á citar egemplos de la crueldad de Vasconcellos : los unos habian perdido sus bienes por sus injusticias; á otros les habia sacado de sus gobiernos y cargos hereditarios, para poner en ellos á sus apasionados; muchos habian gemido largo tiempo en las prisiones para satisfacer á las sospechas de los Españoles; y algunos suspiraban todavía sus parientes, hermanos ó amigos detenidos en Madrid

ó enviados á Cataluña como rehenes desgraciados de la fidelidad de sus compatriotas; en fin no habia ninguno que no encontrase en el interes general una injuria particular que vengar. El viage de Cataluña excitaba sobre todo su cólera é indignacion, pues veian que no tanto la necesidad que la corte de España podia tener de sus socorros, como el intento de arruinarles, era lo que habia promovido tan largo viage, cuyas consideraciones unidas á la esperanza de vengarse de los ultrages que habian recibido, acabaron de determinarles á tomar medidas para sacudir su yngo que les era insoportable, y no divisando ningun alivio á sus males, se echaban en rostro su paciencia como una cobardia y una hajeza, convinieron en finen la necesidad urgente de hechar los Españoles; pero se dividian en cuanto á la especie de la forma de gobierno que debian elegir.

Una parte de la asamblea estaba por un gobierno republicano semeiante al de la

Holanda, la otra parte quería un rey; mas unos proponian al duque de Braganza, otros al marques de Villareal y otros en fin al duque de Aveiro, todos tres de la sangre real de Portugal; cada cual tomaba su partido segun su inclinacion y sus intereses particulares. El arzobispo, que estaba por la casa de Braganza, se sirvió hábilmente de toda la autoridad de su carácter para demostrarles enérgicamente que la eleccion del gobierno no era arbitraria; que no podian en conciencia romper el juramento de fidelidad que habian prestado al rey de España, á no ser para hacer justicia al legítimo heredero de la corona; que todo el mundo sabia que esta pertenecia al duque de Braganza, y que así era preciso obter entre reconocerlo por rey ó quedar para siempre bajo la dominacion de la España.

Despues manifestó el poder, las riquezas, y el número considerable de los vasallos de este príncipe que comprendia casi la tercera parte del reyno; que si no

le tenian á la cabeza, no podian salir bien con la empresa de hechar á los Españoles, y que aun euando no tubiese tantos derechos á la corona como primer príncipe de la sangre, debian ofrecérsela para comprometerle. De ahí pasó á sus buenas calidades, ponderó su prudencia, su discrecion y sobre todo la bondad y dulzura que se advertian en su conducta; en fin supo conducir los ánimos con tanto acierto, que los trajo á todos al punto de sus deseos, conviniendo antes de separarse que se trataria de empeñar al duque en el proyecto. Disolvióse la asamblea, despues de haber acordado los dias y horas que se reunirian para deliberar sobre los medios de facilitar un pronto y feliz resultado.

Viendo Pinto los espíritus tan bien dispuestos en favor de su amo, le escribió secretamente de acercarse hácia Lisboa á fin de animar los conjurados con su presencia, y de tomar con ellos las medidas precisas para la egecucion del plan. Este

hombre hábil removía todos los resortes del negocio sin aparentar tener mas parte que un simple particular animado solamente por el zelo del bien público : hacia como que dudaba si su amo querria entrar en él, á causa de la repugnancia natural que tenia por las empresas arriesgadas y que piden mucha aplicacion y seguimiento. Hacia nacer sobre esto algunas dificultades que sirviendo para alejar las sospechas de su inteligencia con el duque, no eran bastante grandes para desanimarlos, antes al contrario, eran propias para excitar su ardor y empeñarlos mas y mas.

En vista del aviso de Pinto partió el duque algunos dias despues de Villaviciosa y llegó á Almada que es un castillo inmediato á Lisboa de que está separado por el Tajo, como si naturalmente continuase el curso de la revista que hacia en todas las plazas del reyno. Llevaba un tren tan suntuoso, é iba acompañado de una escolta tan numerosa de personas de título y oficiales de guerra, que mas parecia

un rey que toma posesion de sus estados que un simple gobernador de provincia que visita las plazas de su gobierno. Hallándose tan cerca de Lisboa, no pudo dispensarse de ir á rendir sus respetos á la vireyna : á su entrada, el gran patio del palacio y todas las avenidas se hallaron llenas de un pueblo inmenso que se apresuraba para verle pasar : toda la nobleza se reunió al duque para acompañarle á casa de la vireyna ; y fué una fiesta pública en toda la ciudad ; extendióse al verle tanta alegría en los espíritus, que no parecia faltar al pueblo en aquel dia sino un heraldo para proclamarle rey, ó á él mismo la resolución para atreverse á ponerse la corona sobre su cabeza.

Mas este príncipe era demasiado hábil y prudente para confiar tan importante proyecto á los ímpetus de un pueblo ligero é inconstante ; conocia la distancia que hay de los vanos aplausos á que se abandona fácilmente un pueblo, á aquellos movimientos constantes que se necesitan

para sostener una empresa tan ardua. Así, despues de haberse despedido de la viroyña se retiró á Almada sin querer apearse en el palacio de Braganza ni aun atravesar la ciudad, por no incomodar á los Españoles que ya estaban bastante alarmados con las demostraciones del pueblo.

No dejó Pinto de hacer observar á sus amigos la tímida precaucion de su amo, diciéndoles que era necesario valerse de su mansion en Almada para explicarse con él y hacerle un especie de violencia para que admitiese la corona y asegurase de este modo la salud del estado. Los conjurados habiendo aprobado su parecer, le encargaron obtubiese de su príncipe una hora favorable para hacerle la proposición, cuya comision no tubo pena en aceptar. El duque de Braganza consintió á esta entrevista, á condicion sin embargo de que no habria mas de tres conjurados en la conferencia, no teniendo por conveniente explicarse con mayor número de personas.

Miguel Almeida, Antonio Almada, y

Mendoza, se dirigieron á su casa en la noche siguiente, y habiendo sido introducidos secretamente en el gabinete del príncipe, Almada, que llevaba la palabra por los demas, le pintó con los mas vivos colores el infeliz estado del reyno, en el que todas las clases tenian igualmente que sufrir de la injusticia y de la crueldad de los Castellanos, que aun él mismo siendo príncipe, no estaba á cubierto de sus atentados, y que era demasiado ilustrado para no apercibirse de la aplicacion del ministro para perderle: que el único asilo para escapar á sus persecuciones era el trono, y que para conducirle á él estaba encargado de ofrecerle los servicios de un considerable número de personas de distincion que sacrificarian gustosos sus bienes y aun estaban dispuestos á exponer sus vidas por vengar la nacion de la tiranía de los Castellanos.

Hízole observar que ya no se estaba en los tiempos de Carlos V y de Felipe II; en que los Españoles daban leyes y se ha-

cian temer de casi toda la Europa; que esta monarquía que en otro tiempo abrazaba tan vastos proyectos, tenia ya mucho trabajo en conservar su antiguo dominio, viéndose atacada y á veces batida por los Franceses y los Holandeses que le hacian la guerra; que la Cataluña sola ocupaba todas sus fuerzas; que se hallaba sin tropas considerables, sin dinero, y gobernada por un príncipe débil que se dejaba gobernar él mismo por su ministro, odiado de toda la nacion.

Tambien le habló de la alianza y proteccion que podia esperar de los príncipes de la Europa, enemigos naturales de la casa de Austria; que la Holanda y la Cataluña indicaban lo que se debia esperar de un ministro (1) cuyo genio sublime y elevado parecia aplicarse únicamente á la ruina de la casa de Austria. En fin que hallándose el reyno libre de la mayor parte de las guarniciones castellanas, que el rey de España se habia visto precisado á re-

(1) El cardenal de Richelieu.

tirar para engrosar su egército de Cataluña, no podia el duque hallar una ocasion mas favorable para hacer valer sus derechos, poner en seguridad sus bienes, su casa y su vida, y rescatar su pais de una esclavitud y tyranía insoportables.

Este discurso era, como puede juzgarse, muy agradable al duque de Braganza; pero conteniéndose en su carácter frio y moderado, graduó los términos de su respuesta á los diputados, de manera que no aumentaba sus esperanzas ni les quitaba en nada las que tenian. Dijoles, que convenia con ellos en el estado deplorable á que los Españoles habian reducido el reyno, y que él mismo no estaba fuera de peligro; que era muy loable el zelo que manifestaban por el bien de su patria, y que él particularmente les agradecia infinito por la parte que tomaban en favor de sus intereses; pero que reflexionando bien, dudaba que fuese tiempo de pensar en remedios tan violentos, cuyas resueltas eran terribles cuando no se conseguian enteramente.

A esta respuesta, que no quiso hacer mas positiva, acompañó unos modales tan cariñosos y unas gracias tan expresivas á cada uno en particular, que conocieron muy bien que su diputacion habia sido acogida agradablemente; pero que, fuera de esto, no debian esperar que el príncipe diese otro paso en la empresa que el de dar su consentimiento cuando la hubiesen puesto en oportunidad, y que su éxito no fuese dudoso.

Despues de haber acordado varias medidas con Pinto, se volvió el duque á Villaviciosa, lleno de inquietudes que todavía no habia conocido y que no le permitieron conocer los placeres que habia gozado hasta entonces en la vida privada. Apenas llegó, comunicó á su esposa la duquesa las proposiciones que le habian hecho. Era esta princesa española de nacimiento, hermana del duque de Medina-Sidonia, grande de España y gobernador de Andalucía; habia nacido con una inclinacion por todo lo que parecia

grandioso, y esta inclinacion se habia convertido poco á poco en una pasion desmedida por la gloria y la elevacion. El duque su padre que habia conocido lo que podia esperarse tanto de su talento como de su valor, habia cuidado de cultivar su bello natural con una singular aplicacion, poniendo á su lado personas hábiles que la habian inspirado sentimientos llenos de esta ambicion que se considera en el mundo como una virtud noble y como la primera de los príncipes (1). Ella se habia aplicado á distinguir los diferentes caracteres de las personas, y á adivinar, bajo un exterior fino y delicado, los sentimientos mas ocultos de los que ella trataba, con cuyo estudio se habia hecho tan hábil y penetrante, que no habia nada oculto para ella en el pecho de los cortesanos mas disimulados, ®

(1) *Ad hæc, politicas artes, bonos et malos regiminis dolos, dominationis arcana, humani latibula ingenii, non modò intelligere mulier, sed et pertractare quoque ac provehere, tam naturá quàm disciplina mirificè instructa fuit. Caet. Passar. de Bello Lusitano.*

y en una palabra, no le faltaba valor para emprender las cosas, con tal que le pareciesen grandes y gloriosas, ni luces para encontrar el medio de conseguirlas. Sus modales eran nobles, desembarazados, y llenos de cierta dulzura magestuosa que inspiraban amor y respeto á cuantos la miraban.

Habia tomado los estilos de Portugal con tanta facilidad que parecia nacida en Lisboa : habiase aplicado desde luego á ganar el afecto de su marido, lo que consiguió perfectamente por la austeridad de su conducta, por una devocion sólida y por una deferencia perfecta por la mayor parte de sus gustos. Despreciaba los placeres que forman la diversion de las personas de su clase y de su edad, y solo se ocupaba, aun en sus horas de recreo, de cosas que podian adornar su talento y rectificar su espíritu.

El duque de Braganza, que estaba encantado de poseer una persona tan completa, tenia por ella una perfecta estima-

cion y confianza, y no emprendia nada sin consultarla, por cuya razon se habia detenido en comprometerse demasiado en aquel importantísimo negocio, hasta haber tomado su parecer y consultado detenidamente con ella.

Descubrióse pues el plan de la conjuracion, los nombres de los conjurados, el ardor que estos manifestaban para llevarlo al cabo, y lo que habia pasado en Lisboa y en la conferencia de Almada : añadió, que sobre la noticia del viage á Cataluña, habia presentido que la nobleza estaba resuelta á sublevarse antes que salir del reyno, y que era de temer, si él se reusaba, que llevasen sus miras de otro lado y sobre otro gefe. Que sin embargo, no podia menos de confesar que lo inminente del peligro le arredraba ; que cuando habia visto de lejos el proyecto de alzarse con el trono, esta idea halagueña de grandeza se habia apoderado agradablemente de su espíritu, pero que debiéndose ahora tentar la fortuna y correr todos los riesgos

de tan peligrosa empresa, no podia considerar sin algun espanto, los males á que se exponia él y toda su familia : que habia poco que fundar en el humor del pueblo inconstante á quien la menor dificultad desanima y disipa fácilmente; que no era suficiente el tener la nobleza de su parte si no estaba apoyada por los grandes del reyno, pero que lejos de creer que estos entrasen en sus intereses, tal vez le saldrian al encuentro como sus mas crueles enemigos, pues la envidia natural en los hombres no les permitian hacer su señor del que era su igual.

Estas consideraciones, unidas á las del poder del rey de España y de la poca seguridad que hay en confiar en los socorros extranjeros, contrapesaban en el alma de este príncipe la pasión que tenia de reynar; mas la princesa cuya alma era mas firme y mas viva su ambicion, entró perfectamente en el proyecto de la conjuración, y la vista de tan grande empresa sirvió á excitar su valor y despertar sus deseos de elevación.

Preguntó al duque (1), « que en el caso de reusarse y de que el Portugal se hiciese república, ¿ qué partido tomaria entre este nuevo gobierno y el rey de España? » El duque la respondió, « que toda su vida estaria inviolablemente unida á los intereses de su patria. — Vuestra resolución, le dijo la duquesa, me suministra la respuesta que debo daros y que vos mismo debéis dar á los diputados de la nobleza, y pues que convenis en exponeros á los mayores peligros en calidad de súbdito de la república, ¿ quanto mas útil y glorioso os será el probar fortuna para defender una corona que os pertenece y que el pueblo y la nobleza quieren poner en la cabeza? En el estado de calamidad á que los Castellanos han reducido el Portugal, no es permitido á un hombre de vuestra clase y calidad el permanecer en la indiferencia; vuestros hijos y toda vuestra posteridad tachará vuestra memoria, como

(1) Hay autores que atribuyen este pasage á Paës, secretario del duque de Braganza.

una cobardía indigne de su sangre, de no haber aprovechado una ocasión tan favorable. »

Después exageró al príncipe la dulzura de reynar en un país en que solo obedecía con temor, los encantos de la corona y la facilidad de apoderarse de ella; que aun cuando no tubiese el socorro extranjero que se le ofrecia, él era ya bastante poderoso en Portugal para hechar á los Españoles, sobre todo en las circunstancias de la sublevacion de Cataluña. En fin supo mostrarle de tal modo el brillo de la corona, que le determinó enteramente, aunque entró en la especie de que dejaria engrosar el número de conjurados, antes de declararse, y de no aparecer abiertamente en el proyecto hasta el momento de su egecucion.

Entretanto, no estaba sin inquietud la corte de España: las extraordinarias demostraciones de júbilo que el pueblo de Lisboa habia manifestado á la vista del duque de Braganza, habian hecho la mas

viva impresion en el ministro, que comenzaba á sospechar que se reunian en Lisboa algunas asambleas secretas; y ciertos rumores, que por lo comun marchan sordamente á la cabeza de los grandes acontecimientos, aumentaban mucho su desasosiego.

El rey tubo varios consejos sobre este particular; resolviendo para quitar á los Portugueses toda esperanza que pudiesen tener de sublevarse, el hacer venir inmediatamente á Madrid al duque de Braganza, único gefe á quien se podia temer en el reyno. El Conde-Duque le envió un correo diciéndole que el rey queria ser instruido por su boca y conferenciar con él sobre el estado en que se hallaban las tropas y las plazas de Portugal; que todos sus amigos le deseaban en la corte, y que no debía dudar seria recibido con toda la distincion debida á su mérito y á su nacimiento.

Un rayo no le hubiera sorprendido tanto como esta noticia. La solicitud y los diferentes pretextos que se empleaban para

sacarle de Portugal le confirmaron en la idea de que se atentaba contra su persona, y que su pérdida estaba decretada : ya no le atacan con empleos ni con caricias fingidas , sino con órdenes terminantes á que seguiran la fuerza y la violencia si desobedece. El temor de verse vendido por una traicion se apoderó de su espíritu , y así como aquellos que formando grandes designios en su cabeza , creen que todo el mundo aplicado á sus acciones , adivina siempre sus secretos, así este príncipe hábil, pero un poco tímido y desconfiado, se creyó sumergido en las mayores desgracias.

Sin embargo , para ganar tiempo y tener el de advertir á los conjurados del peligro en que se hallaba , despachó á Madrid , (previo el parecer de la duquesa su muger), un gentil-hombre de su casa , hombre fiel y de talento, para asegurar al ministro, que iba inmediatamente á trasladarse á la corte; mas hábiale ordenado secretamente , que de tiempo en tiempo, tórnase varios pre-

textos para excusar su tardanza , pretendiendo de este modo prevenir la tempestad y apresurar entretanto la conspiracion.

Apenas este enviado llegó á Madrid que aseguro al rey, y al primer ministro , que su señor le seguia : arrendó un gran palacio que hizo amueblar magníficamente, tomó un número considerable de criados á quienes dió sus libreas en seguida : hacia todos los dias gastos excesivos , y finalmente no olvidó nada para hacer creer que el príncipe llegaria muy pronto, y que queria parecer en la corte con todo el esplendor de su nacimiento.

Algunos dias despues fingió haber recibido aviso de que estaba gravemente enfermo ; acabado este pretexto, que no podia durar mucho tiempo , presentó un oficio al ministro pidiéndole en nombre del duque su señor , que S. M. se sirviese designar el rango que aquel deberia ocupar en la corte. Pensaba que este asunto se prolongaria mucho tiempo , por la oposicion de los grandes que podrian intervenir para

sostener sus derechos; mas el ministro á quien todas estas dilaciones se hacian sospechosas, aplanó todas las dificultades, hizo que el rey decidiese en su favor y de un modo que debia serle el mas honorífico: tal era su deseo de hacerle salir de su pais y de verle en Madrid.

A penas supieron los conjurados las órdenes que el duque habia recibido de la corte, que temerosos de que adierese á ellas con demasiada condescendencia, diputaron inmediatamente á Mendoza para tranquilizarle, y determinarle al mismo tiempo á tomar su partido con resolucion. Hicieron eleccion de aquel caballero, por que siendo gobernador de una plaza inmediata á Villaviciosa, el pretexto de ir á su gobierno ocultaba á los Españoles la secreta intencion de su viage. Hizo de modo de encontrar al príncipe cuando estaba cazando, y habiéndose introducido en el bosque y detenidos en un sitio retirado, Mendoza le manifestó el peligro á que iba exponerse trasladándose á la corte;

que arruinaba la esperanza de la nobleza y del pueblo entregándose con demasiada confianza en las manos de sus enemigos; que habia un número considerable de gentilhombres, resueltos á sacrificar sus bienes y sus vidas para su servicio, y no esperaban sino su beneplácito para romper; que habia llegado el momento en que era necesario elegir entre la muerte ó la corona, que no se podia esperar mas tiempo; pues no debia dudar que un negocio de tal importancia, extendido ya entre tantas gentes, vendria al fin á noticia de los Españoles. El duque le respodió, que entraba en sus sentimientos, y que podia asegurar á sus amigos que estaba enteramente resuelto á ponerse á la cabeza.

Volvióse Mendoza á su casa para disipar toda sospecha que su viage hubiese podido causar; contentóse con enviar á decir á los conjurados que se habia encontrado en una cazería, que la caza se habia hecho seguir mucho, pero que al fin se habia hecho buena pilla. A pocos dias partió para Lis-

boa, donde comunicó á los amigos el suceso de su viage y que el príncipe llamaba á Pinto (1); al cual hicieron partir con todas las instrucciones necesarias para informarle del plan y de los medios de su egecucion.

Pinto (2) le hizo saber á su llegada, que la corte de Lisboa estaba seriamente embrollada; que la vireyna se quejaba altamente de la insolencia y orgullo de Vasconcellos; que ya no podia sufrir que todos los pliegos de la corte de España le fuesen dirigidos, mientras que ella, revestida con un título ilusorio, permanecia sin funciones y sin autoridad. Sus quejas eran tanto mas fundadas, quanto que era una princesa de un mérito el mas distinguido, y que se conocia capaz de cumplir dignamente toda la extension de su elevado puesto; pero no observaba que su mismo mérito y su grandeza de alma eran la causa principal de que se la atendiera tan poco

(1) Nov. 1640.

(2) *De Bello lusit.*, t. 1, p. 22.

en el gobierno. Pinto hizo observar á su amo cuan favorable era á sus designios esta mala inteligencia, que no podia tomar una coyuntura mas feliz que la que le proporcionaban las disenciones de la corte; pues ocupaban demasiado la atencion del ministro de España para observar sus acciones.

El duque de Braganza habia vuelto á caer en sus irresoluciones ordinarias en quanto se marchó Mendoza: quanto mas se empeñaba el negocio, mas aumentaba su incertidumbre. Pinto hizo quanto pudo para sacarle de esta incertidumbre, y uniendo las amenazas á sus razones y súplicas, le declaró que de todos modos se le proclamaría rey sin que pudiese sacar otro fruto de su irresolucion que el de correr un peligro mas grande y hacer mayores pérdidas. La duquesa su esposa unió sus ruegos á los de aquel fiel criado, echándole en cara su cobardia en preferir la seguridad de una vida caduca á la dignidad real. Avergonzado el duque de manifestar

menos valor que una muger , se redujo á sus reproches y razones ; pues al mismo tiempo le excitaba con la mayor presura aquel caballero que habia mandado á Madrid : este le escribia todos los dias que ya no podia sostener mas su ausencia y sus retardos acerca del ministro , que ya empezaba á no querer dar oídos á sus excusas : así pues viendo la urgencia , decidió dar el golpe sin demora. Sin embargo para ganar tiempo escribió á aquel caballero que hiciese presente al conde-duque de Olivares que ya hubiera llegado á Madrid si hubiese tenido suficiente dinero para hacer el viage y presentarse segun exigia su nacimiento y el rango que tenia en el reyno , y que en quanto hubiese recogido los fondos necesarios , se pondria en camino para presentarse en la corte.

Seguidamente examinó con la duquesa y Pinto los diferentes medios que se presentaban para la egecucion de su designio , y al fin se decidió , que desde luego se asegurarian de Lisboa , pues siendo la capital,

daria el impulso á todo el reyno ; que el mismo dia que harian declarar á su favor esta ciudad populosa , se haria proclamar rey de Portugal en todas las demas ciudades subalternas ; que entre sus amigos , los que eran gobernadores de plazas hiciesen otro tanto en los distritos de su mando , que hasta en los pueblos y aldeas cuyo señorío pertenecia á los conjurados , se hiciese levantar el pueblo á fin que esta gran noticia extendiéndose en todo el reyno como un incendio general , se llevase todos los pueblos sin que los pocos Españoles que habian quedado en Portugal supiesen donde dirigir con preferencia sus armas ; que él mismo haria entrar su regimiento á la ciudad de Yelves , cuyo gobernador le era enteramente adicto ; que no podia prescribirse nada de particular en quanto al modo de apoderarse de Lisboa , pues esto dependeria de las circunstancias que se presentarian el dia del levantamiento ; pero sin embargo era su opinion que debian dirigirse los primeros esfuerzos del lado

del palacio á fin de asegurarse de la persona de la vireyna y de todos los Españoles que podian servir de rehenes para hacer entregar la ciudadela, cuyos fuegos podrian incomodar la ciudad siendo ya dueños de ella.

Dióle dos cartas de crédito para Almeida y Mendoza en las cuales les decia que como el portador estaba instruido y encargado de la egecucion de sus intenciones, solo les escribía para manifestarles su deseo de que no faltasen de fidelidad á sus promesas ni de valor y vigor en la egecucion. Establecidos estos puntos, el duque mandó prontamente á Pinto á Lisboa despues de haberle dado todas las pruebas de confianza que podian asegurarle que siempre ocuparia el mismo lugar cerca de su persona, por muy feliz que llegase á ser la mudanza que esperaba en su fortuna.

En quanto Pinto llegó á Lisboa, entregó inmediatamente las cartas á Almeida y Mendoza. Estos mandaron llamar al instante á Lemos y Corea, que Pinto mucho

tiempo antes habia ganado en favor de su amo (1). Eran dos ricos vecinos que gozaban de mucho crédito entre el pueblo, pues habian obtenido todos los empleos de la ciudad, y podian disponer de un considerable número de artesanos que ellos mismos ocupaban. Estos ya desde muy de antemano se habian esmerado á fomentar y entretener el odio de los artesanos contra los Españoles, esparciendo al efecto rumores sordos de nuevas imposiciones que deberian exigirse á principio del año : ademas habian despedido maliciosamente á varios jornaleros, principalmente á los mas revoltosos, so pretexto de que hallándose arruinado el comercio, ya no podian mantenerles; pero el verdadero motivo era para que la miseria y el hambre les condujesen mas fácilmente á levantarse; y con todo de cuando en cuando les daban algun socorro para tenerles siempre adictos. Tenian ademas inteligencias secretas con algunos demagogos

(1) *Lusitania liberata*, l. III, c. 2.

de cada cuartel, de manera que aseguraban á los conjurados que mientras se les avisase la víspera de la egecucion, se obligaban á hacer levantar la mayor parte del pueblo á la hora que se señalase.

Asegurado Pinto de los artesanos, dirigió sus miras hácia los demas conjurados: exortóles á todos en particular que se tuviesen prontos para la egecucion al primer aviso que recibirian; que se asegurasen de sus amigos bajo pretexto de cualquier querrela particular sin confiarles la ocasion ni el motivo para el cual se necesitaba de su apoyo; pues muchos hombres pueden tener valor y resolucion con la espada en la mano, que no son capaces de guardar á sangre fria el peso de un importante secreto.

Hallándolos á todos firmes, intrépidos, llenos de ardor y de impaciencia de vengarse de los Españoles, consultó el negocio con Almeida, Mendoza, Almada y Mello, los cuales viendo que todo estaba en el estado que podia desearse, fijaron el dia

de la egecucion á un sábado 1º de diciembre (1640). Inmediatamente dieron aviso de ello al duque de Braganza, á fin que por su parte se hiciese proclamar rey en el mismo dia en toda la provincia de Alentejo que casi toda ella le prestaba vasallage; y antes de separarse convinieron reunirse otra vez para tomar las últimas medidas para la egecucion.

El 25 de noviembre se reunieron de noche en el palacio de Braganza, como estaba concertado: viéron que podian contar poco mas ó menos con ciento y cincuenta caballeros los mas de ellos gefes de casas principales, con todos sus criados, y unos doscientos artesanos todos hombres de puño, con los cuales se podia contar, y que por su crédito en la ciudad arrastrarian fácilmente el resto de la poblacion.

Se decidió la muerte de Vasconcellos como una víctima debida al resentimiento de todo el Portugal. Hubo algunos que propusieron tratar de la misma manera al

arzobispo de Braga, haciendo presente que era un hombre temible por su gran talento; que no podia esperarse que este mirase con indiferencia el movimiento que iban á egecutar; que podria reemplazar el secretario poniéndose al frente de los Españoles y de sus hechuras que estaban en la ciudad; que mientras se harian esfuerzos para apoderarse del palacio, podria meterse en la ciudadela ó venir á socorrer la vireyna, á la cual es bien sabido estaba enteramente adicto; que en un negocio tan importante no debian dejarse enemigos detras que pudiesen hacer arrepentir de haber tenido una piedad mal entendida y una compasion inoportuna.

Estas razones hicieron consentir á su muerte á la mayor parte de la asamblea; y este prelado corria el mismo riesgo que Vasconcellos si don Miguel de Almeida no hubiese tomado su defensa (1). Hizo

(1) Soussa de Macedo dice que fue de Almada, p. 554.

presente á los conjurados que la muerte de un hombre de semejante carácter, y revestido de tan grande dignidad, les haria odiosos á todo el pueblo, en medio de que acarrearía contra el duque de Braganza el odio de todo el clero y de la inquisicion, hombres temibles para los mas altos príncipes, que no dejarían de agregar el dicterio de excomulgado al de rebelde y usurpador; que el mismo príncipe sentiría extraordinariamente que se manchase su ascenso al trono con una accion tan cruel. Añadió Almeida que él mismo se ofrecia á vigilar tan de cerca la conducta del arzobispo el dia de la egecucion, que no podria emprender nada en perjuicio del interes público. En fin habló en su favor con tanta vehemencia, que obtuvo de sus amigos la vida de aquel prelado, no pudiéndosela negar á un hombre de un mérito tan distinguido.

Solo faltaba fijar la marcha y el órden del ataque: decidieron que se dividirían en cuatro partidas para atacar el palacio.

por cuatro puntos distintos á un mismo tiempo, á fin de ocupar todas las avenidas, sin que los Españoles pudiesen comunicarse entre sí, ni socorrerse mutuamente; que Don Miguel de Almeida atacaria la guardia alemana que estaba á la entrada del palacio; que el montero mayor Mello, su hermano y Don Esteban de Acuña, al frente de los artesanos, sorprenderian una compañía de Españoles que diariamente montaban la guardia en frente un punto del palacio llamado el Fuerte; que Pello de Menezes, el gentilhomme mayor, Emanuel Saa y Pinto se apoderarian del aposento de Vasconcellos, dándole inmediatamente la muerte, y que Don Antonio de Almada, Mendoza, Don Carlos Noroña y Antonio de Salsaña se asegurarian de la persona de la vireyna y de todos los Españoles que estaban en palacio, para servirles de rehén en caso necesario: que mientras estarían ocupados á apoderarse cada uno de sus respectivos puntos, se destacarian algunos hombres á caballo

con varios habitantes de los principales, para proclamar en toda la ciudad á Don Juan, duque de Braganza, rey de Portugal: estando reunido el pueblo en las calles se servirian de él para precipitarse del lado en que se manifestase todavía alguna resistencia. Se separaron con la resolución de encontrarse el sábado 1º de diciembre, los unos en casa de Don Miguel de Almeida, y los otros en las de Almada y Mendoza, en donde debían armarse los conjurados.

Mientras que en Lisboa los amigos del duque de Braganza trabajaban con tanto ardor para sus intereses, y que él mismo no perdonaba medio para asegurarse de toda su provincia, inquieto el primer ministro de tantos retardos, le despachó un correo que le llevaba la orden expresa de ponerse inmediatamente en camino para presentarse en la corte; y á fin que este príncipe no retardase su viage con el pretexto de falta de dinero, el correo le entregó en su mano, de parte del conde-

duque una carta de pago de 10,000 ducados, pagadera á vista en la tesorería real.

Esto era explicarse en términos claros é inteligibles, y el duque no podia ya diferir su viage sin dar justos motivos de sospecha : no le quedaba ya ninguna razón plausible para dejar de obedecer las órdenes del rey, y por lo mismo debia temer que el menor retardo podria al cabo acarrearle una orden desagradable de Madrid, que hubiera podido desconcertar todos sus planes y arruinar absolutamente la empresa : por ello no alegó ningun pretexto para no obtemperar á una orden tan perentoria, mandó inmediatamente poner en camino la mayor parte de su casa con direccion á Madrid. Delante del mismo correo dió todas las órdenes necesarias á su gobierno, como un hombre que esta en visperas de emprender un gran viage. En el mismo acto despachó un caballero á la vireyna, para darle aviso de su próxima partida : escribió al primer ministro que dentro de ocho dias á mas

tardar se presentaria á la corte; y á fin de tener un testigo que declarase á su favor, ganó el correo mandándole dar una cantidad de dinero, so pretexto de pagarle su viage y manifestarle su agradecimiento por el trabajo que se había tomado trayéndole las órdenes del rey. Al mismo tiempo dió parte á los conjurados de las nuevas órdenes que acababa de recibir de la corte, haciéndoles sentir al mismo tiempo la urgente necesidad de egecutar sus designios en el dia conve-nido, de miedo que los Españoles no les ganasen de mano (1). Pero ellos mismos se encontraban en una posicion muy difícil que no les daba mucho lugar de poder emprender nada con tanta prontitud.

Habia en Lisboa un hombre de distincion que manifestaba continuamente y en todas partes un odio muy violento contra el gobierno de los Españoles; nunca les daba otro titulo que el de tiranos y usurpadores. Declamaba públicamente con-

(1) Caet., l. 1., p. 25

tra sus injusticias, y sobre todo se manifestaba altamente irritado contra el viage de Cataluña sobre el qual hacia mil pronósticos nada lisongeros. Almada, que habia hablado varias veces con él, creyó que no habia en toda Lisboa un Portugués mas entusiasta, y que se alegraria muchísimo de saber que se trabajaba eficazmente para la libertad de su pais: pero júzguese cual seria su pasmo cuando, habiéndole conducido en un parage retirado para descubrir la conjuración, vió que aquel hombre era tan tímido y cobarde en el fondo, quanto se presentaba audaz en sus palabras, pues se rehusó á tomar la menor parte ni querer contraer ningun empeño con los conjurados, so pretexto de la poca solidez que veia en el negocio: orgulloso é intrépido mientras creyó la cosa muy lejana, pero tímido y prudente á la vista del peligro que era necesario correr: « En donde estan, decia á Almada, las fuerzas necesarias para sostener un proyecto tan vasto? ¿Que ejér-

cito teneis para oponer á las tropas españolas que al primer movimiento que manifestareis invadirán todo el pais? ¿Quiénes son los grandes que estan al frente de este negocio? ¿Y tienen ellos mismos los fondos necesarios para sobrellevar los gastos de una guerra civil? Mucho temo, añadió, que en vez de trabajar para vengarnos de los Españoles y libertar la patria, no contribuyais á su ruina, suministrándoles un pretexto que desde mucho tiempo estan buscando para acabar de arruinar el Portugal. »

Almada que estaba muy distante de esperar semejante contestación, y desesperado de haber confiado tan malamente su secreto, no le dió mas respuesta que echando mano á la espada, y excitándole vivamente ciego de cólera. « Es forzoso, le dijo, que me arranques la vida con mi secreto, ó que yo te castigue de haberme sorprendido con tus discursos y palabras impostoras. » Pero el otro, cuya prudencia se dirigia siempre á evitar el peligro

mas inmediato, al ver una espada desnuda consentió á todo lo que quiso Almada. Ofreció entrar en la conjuracion, encontró varias razones para destruir las primeras que habia avanzado, y juró mil y mil veces que guardaria inviolablemente el secreto: en fin nada omitió para persuadir á Almada que si desde luego no habia aprobado las proposiciones que le habia hecho, no era por falta de valor ni de resentimiento contra los Españoles.

Sus promesas y juramentos no tranquilizaron tanto á Almada que no le quedase mucha inquietud sobre este lance; por lo mismo, sin perder á su hombre de vista, avisó inmediatamente á los principales conjurados de lo que le habia pasado. Al instante todos se alarmaban: hicieron varias reflexiones sobre la veleidad é inconstancia de aquel hombre; temian que la vista del peligro que se debia correr ó la esperanza de una cuantiosa recompensa no le hiciesen infiel á pesar de todas sus precauciones; y en esta alternativa resolvieron

diferir la egecucion de sus designios, y precisaron á Pinto á que escribiese á su amo que retardase por su parte el hacer estallar la empresa hasta que hubiese recibido noticias suyas (1): pero Pinto que conocia muy bien cuan importante es en semejantes negocios no diferir un solo dia, escribió secretamente al príncipe que no hiciese el menor caso de aquella carta, pues esto no era mas que un terror pánico de los conjurados, que se habria desvanecido antes que llegase el correo á Villaviciosa. En efecto, viendo por la mañana siguiente que nadie se movía, se avergonzaron de haberse alarmado con tanto ardor, y el que les habia causado esta inquietud les dió nuevas seguridades de la fidelidad que les habia prometido, ya fuese que hubiese concebido pensamientos mas generosos, ó por temor de embarcarse malamente en acusar tantos hombres de lo primera distincion: remitieron la egecucion al dia señalado. Pero apenas habian salido de este emba-

(1) Caet. Passar. l. 1, p. 25; Soussa, l. III, c. 2.

razo que tropezaron en otro que no les causó menos recelos. Pinto había tomado la precaucion de tener siempre varios conjurados diseminados dentro del palacio para descubrir lo que allí pasaba. Estos afectaban pasearse con indiferencia como cortesanos ociosos, cuando la víspera de la egecucion que debía comenzar por la muerte de Vasconcellos, vieron que este ministro se embarcaba en el Tajo: otros hombres distintos de los conjurados ni tan siquiera lo hubieran notado, porque es fácil de concebir que podia ir del otro lado del rio por mil motivos que no tendrían la menor conexion con ellos. Sin embargo al instante se atemorizaron: se persuadieron que aquel hombre astuto y hábil que tenía espías en todas partes había descubierto algo de la conjuracion, y por lo mismo creyeron que había pasado del otro lado del rio para hacer entrar á la ciudad las tropas que estaban diseminadas en las aldeas inmediatas. Al instante muchos de ellos creyeron ver sobre sí la imágen del suplicio con

todos los horrores de la muerte: el miedo les presentaba sus casas rodeadas de ministros de justicia para prenderles; ya algunos de ellos trataban de pasar á Africa ó á Inglaterra, para sustraerse de la crueldad de los Españoles: en fin, pasaron una parte de la noche en esta cruel agitacion, ó por mejor decir entre la vida y la muerte, cuando llegaron los que se habían quedado en el puerto para observar lo que pasaba, diciendo que el secretario había vuelto acompañado de una compañía de músicos, pues solo había salido para ir á una funcion en donde estaba convidado. La alegría pronto desterró la inquietud de los conjurados, los cuales se retiraron bien seguros de que nada había traslucido en palacio, que todo el mundo dormía con la mayor tranquilidad, y que estaban muy distantes ni siquiera de sospechar lo que debía suceder en el siguiente día.

Era muy tarde cuando se separaron, y por lo mismo quedaban muy pocas horas de noche hasta el momento de la egecu-

cion; sin embargo en estos cortos momentos todavía les sucedió un nuevo accidente antes que estallase la conjuración: ¡tan cierto es que semejantes empresas siempre son muy inciertas, y muchas veces arriesgadas, principalmente cuando el temor del suplicio ó la esperanza de una recompensa puede hacer traidores é infieles! Jorge Mello, hermano del montero mayor, se hospedaba ordinariamente en casa de un pariente suyo que vivía en un arrabal apartado de la ciudad: este señor creyó que como ya se tocaba el momento en que iba á estallar la conjuración, su pariente, que además era su amigo desde algún tiempo, tendría justos motivos de queja si le ocultase un negocio de tanta importancia y en el cual el bien común de la patria le interesaba tanto como á él mismo; que fácilmente le haría abrazar el partido de la misma conspiración, y que le llevaría consigo al punto de la reunión de los conjurados. Con esta mira cuando llegó de la junta subió á su cuarto y lla-

mándole en su gabinete le comunicó toda la empresa, exortándole á unirse con tantos hombres honrados, y conducirse como debía un caballero de su mérito y un verdadero Portugués. Sorprendido el otro al oír una noticia tan nueva é inesperada, no dejó de manifestar alguna demostración de júbilo de ver su país próximo á recobrar su libertad: dió gracias á Mello de la confianza con que le honraba, y le aseguró que se reputaría feliz de exponer su vida y partir el peligro con tanta gente honrada, para una empresa tan justa y gloriosa.

Con estas palabras se separaron para descansar algunas horas antes de ponerse en camino para el punto de la reunión. Apenas Mello entró en su cuarto, ya se arrepintió del exceso de su confianza: remordióle la conciencia de haber puesto inconsideradamente la vida y el destino de tantos sujetos distinguidos en manos de un hombre de quien no estaba bastante seguro: parecíale que había notado en sus ojos y en todo su aire una inquietud

secreta y señales de sorpresa y espanto á vista de una empresa tan arriesgada : en fin, temia que el miedo del suplicio ó la esperanza de una recompensa segura no le determinase á revelar su secreto.

Preocupado con estas reflexiones que agitaban su espíritu, se paseaba aceleradamente en su cuarto, cuando habiéndole llamado la atención un ruido confuso de gente que hablaban bastante bajo y como en secreto, abrió la ventana para ver y oír mejor lo que se decía : con el auxilio que prestaba una luz vacilante apercibió su pariente á la puerta de la casa, próximo á montar á caballo. Al instante la cólera y el furor se apoderaron de su alma ; bajó precipitadamente de su cuarto, y corriendo hácia él con la espada en la mano, le preguntó con arrogancia que negocio extraordinario le hacia salir de su casa á deshora de la noche, que designio era el suyo y á donde queria ir. Sorprendido el otro hasta lo sumo, buscaba pretextos para justificar su salida : pero Mello amenazándole de

quitarle la vida le precisó á subir otra vez á su cuarto, y habiéndose hecho traer las llaves de la casa, no le perdió de vista hasta llegada la hora de la egecucion y le determinó á ir con él á juntarse con los demas conjurados.

En fin amaneció el dia fatal (1) cuyo resultado debia decidir si el duque de Braganza merecia el título de rey y de libertador de la patria, ó el nombre de rebelde y enemigo del estado.

Los conjurados se reunieron de madrugada en la casa de Don Miguel de Almeida y en las de los demas señores en donde debian armarse. Todos se presentaron con tanta resolucion y confianza, que parecia iban á una victoria segura ; y lo mas notable es que entre un número tan crecido, compuesto de clérigos, artesanos y caballeros, que la mayor parte estaban animados por intereses opuestos, no hubo ni uno solo que faltase á su palabra y á la fidelidad que habia prometido : cada cual apre-

(1) Sábado, primero de diciembre de 1640.

suraba el momento de la egecucion como si hubiese sido el gefe y autor de la empresa y que la corona debiese ser la recompensa de los peligros á que se exponian. Hasta varias mugeres (1) quisieron ser partícipes de la gloria de aquel dia : la historia conserva la memoria de Doña Felipa de Villeles que con sus propias manos armó á sus dos hijos , y despues de haberles dado sus corazas : » Id hijos míos , les dijo ; id á derribar la tiranía y vengarnos de nuestros enemigos ; id , bien seguros que si el éxito no corresponde á nuestras esperanzas , vuestra madre no sobrevivirá un momento á la desgracia de tantos hombres de bien. »

Luego que se hubieron armado , se fueron todos á palacio cada cual por su camino , y los mas de ellos en sillas de mano para ocultar mejor su crecido número y las armas que llevaban : dividiéronse en cuatro partidas como estaba convenido , esperando con mucha impaciencia que diesen las

(1) Caet. Passar. , t. 1 , p. 26.

ocho que era la hora señalada para la egecucion. Nunca el tiempo les habia parecido tan largo : causábales la mas cruel inquietud el temor de que se apercibiesen de su numerosa reunion y que la hora extraordinaria de presentarse á palacio no diese motivo al secretario para sospechar alguna cosa de su designio. Por ultimo dió el relox la hora tan deseada ; Pinto disparó al instante un pistoletazo , como estaba convenido , y esta fué la señal de obrar.

En un momento y á un tiempo mismo se arrojaron precipitadamente cada cual al punto que se le habia señalado. Don Miguel de Almeida con su partida envistió la guardia alemana que , tomada al descuido y la mayor parte sin armas , pronto quedó vencida casi sin ninguna resistencia.

El montero mayor Mello , su hermano , y Don Esteban de Acuña , envistieron la compañía española que estaba de guardia en frente de un sitio del palacio que se llamaba el Fuerte : seguíales la mayor parte de los artesanos que habian tomado parte en

la empresa, y se arrojaron con el mayor denuedo, espada en mano, en el cuerpo de guardia en el cual los Españoles se habian atrincherado : pero nadie se distinguió mas que un clérigo del pueblo de Agembuza : marchaba al frente de los conjurados con un crucifijo en una mano y la espada en la otra, animando el pueblo con una voz terrible para que acuchillase á sus enemigos, y en medio de sus vivísimas exortaciones él mismo atacaba los Españoles. Todo huia delante de él, pues presentándose armado con un objeto que la religion nos enseña á reverenciar, nadie tenia la osadía de atacarle ni de defenderse; de suerte que despues de muy poca resistencia el oficial español se vió precisado á rendirse con sus soldados, y para salvar su vida gritar como los demas, Viva el duque de Braganza rey de Portugal.

Pinto abriéndose paso hácia palacio, se puso á la cabeza de los que debian atacar la habitacion de Vasconcellos. Caminaba con tanta resolucion y confianza, que en-

contrando un amigo suyo que le preguntó temblando á donde iba con un número tan crecido de gente armada, y que queria hacer : « Nada mas le respondió, sonriéndose, que cambiar de gefe; y libertaros de un tirano para daros un rey legitimo. »

Al ir á entrar al aposento del secretario, encontraron al pie de la escalera el teniente de corregidor Francisco Suarez de Albergaria que acababa de salir del gabinete de Vasconcellos : creyendo aquel magistrado que este tumulto no era mas que una querella particular, quiso interponer su autoridad para hacerles retirar; pero oyendo gritar de todas partes: viva el duque de Braganza, creyó que su honor y la dignidad de su empleo le imponian el deber de gritar viva el rey de España y de Portugal. estas palabras le costaron la vida, pues uno de los conjurados le tiró un pistoletazo y se hizo un mérito de castigarle de una infidelidad que ya empezaba á ser criminal.

Al ruido acudió Antonio Correa, oficial

primero del secretario : como era ministro ordinario de sus crueldades , y que á imitacion de su amo trataba á la nobleza con el mayor desprecio , Don Antonio de Menezes le clavó su puñal en el pecho ; pero este golpe no bastó para hacer sentir á aquel desdichado que su autoridad ya se habia acabado , pues no pudiendo comprender que nadie tuviese la osadía de atacarle , y creyendo que lo habian tomado por otro , se volvió orgullosamente hácia Menezes , y con una mirada de indignacion y venganza : « ¿ Como te atreves á herirme ? » le dijo. Menezes solo le respondió con otras cuatro puñaladas que lo dejaron tendido en el suelo. Sin embargo sus heridas no fueron mortales pues salvó su vida para perderla poco tiempo despues de una manera mas vergonzosa á manos del verdugo. (1)

Libres los conjurados de este subalterno que les habia detenido en la escalera , se apresuraron á penetrar en el apo-

(1) Souza , l. III , c. 2.

sento del secretario. Estaba entonces con Diego Garcez Paleira , capitan de infanteria , quien al ver tanta gente armada y enfurecida , se sospechó que se dirigian contra la vida de Vasconcellos : aunque no debia ninguna obligacion á este ministro , por un rasgo de generosidad , echó mano á la espada y se puso á la puerta para defender la entrada á los conjurados y darle tiempo de escaparse ; pero habiendo recibido una herida en el brazo y no pudiendo ya sostener su espada , abrumado de otra parte por el crecido número , se tiró por una ventana y tuvo la felicidad de no matarse.

En el instante entraron tumultosamente los conjurados en el aposento del secretario : búscanle en todas partes , derriban camas y mesas ; descerrajan los cofres para encontrarle : todos querian tener el honor de asestar el primer golpe. Sin embargo la víctima no parecia y los conjurados estaban desesperados viendo que eludia su venganza , cuando una criada vieja amenazada de muerte , les hizo señas

que estaba escondido en un armario artísticamente fabricado en el grueso de una pared en donde efectivamente le encontraron cubierto de papeles.

El terror que le causó la vista de una muerte que se le presentaba por todos lados le quitó las fuerzas de pronunciar una sola palabra (1). Don Rodrigo de Saa, camarero mayor, le dió el primer pistoletazo; luego atravesado con un sin número de estocadas, los conjurados le arrojaron por la ventana gritando: «Murió el tirano; viva la libertad y Don Juan, rey de Portugal.

El pueblo, que se habia reunido á las puertas de palacio, al verle precipitar prorumpió en mil gritos de alegría y respondió á los conjurados con grandes aclamaciones de júbilo y aprobacion: luego se arrojó con furor sobre el cadaver de aquel desdichado; cada cual creia heriendole vengar la injuria pública y dar los últimos golpes á la tiranía.

Tal fué la muerte de Miguel Vasconce-

(1) Souza, l. III, c. 33, p. 565.

llos, portugues de nacimiento, pero enemigo jurado de su pais y enteramente español por su inclinacion. Estaba dotado de un talento admirable para los negocios, hábil, aplicado á su empleo, incansable para el trabajo, fecundo para inventar nuevos modos de sonsacar dinero del pueblo, y por consiguiente desapiadado, inflexible y duro hasta la crueldad; sin parientes, sin amigos, sin consideraciones, nadie tenia poder en su espíritu; insensible hasta para los placeres é incapaz de conmoverse por los remordimientos de su conciencia; en el ejercicio de su empleo habia acumulado bienes inmensos cuya mayor parte fueron saqueados en el calor de la sedicion. El pueblo se hizo justicia por sí mismo y se pagó con sus propias manos de los agravios que pretendia haber recibido durante su ministerio.

Pinto sin perder tiempo marchó para reunirse á los otros conjurados que debian apoderarse del palacio y de la persona de la vireyna. Encontró que ya todo

estaba concluido y que en todas partes habia habido un buen éxito igual : en efecto los que estaban destinados para atacar el aposento de esta princesa habiendose presentado á la puerta, y el pueblo furioso amenazando de pegarla fuego si desde luego no la mandaba abrir, la vireyna se presentó á la puerta acompañada de sus damas de honor y del arzobispo de Braga, lisonjeándose que su presencia apaciguaria la nobleza y contendria el pueblo.

« Confieso, señores, les dijo avanzando hácia los principales conjurados, que el secretario ha acarreado justamente contra sí el odio del pueblo y vuestra indignacion con la dureza é insolencia de su conducta : su muerte acaba de libertaros de un ministro odioso. Vuestro resentimiento ya debe quedar satisfecho. Tened presente que estos movimientos todavia pueden achacarse al odio público contra el secretario; pero si persistis mas tiempo en este tumulto no podreis disculparos del crimen de rebeldía, y me privareis á

mi misma del placer de poderos disculpar ante el soberano. »

Don Antonio de Menezes la respondió que tantos hombres distinguidos no solo habian tomado las armas para quitar la vida á un hombre vil y despreciable que debia perderla á manos del verdugo; que se habian reunido para restituir al duque de Braganza una corona que legitimamente le pertenecia, que se habia usurpado á su casa, y que todos sacrificarian su vida con placer para colocarle de nuevo en el trono. La princesa quiso responderle é interponer la autoridad del rey; pero Almeida, temiendo que un discurso mas prolongado no entibiase el ardor de los conjurados, la interrumpió secamente diciéndola: « que el Portugal ya no reconocia otro rey que el duque de Braganza; y al mismo tiempo todos los conjurados gritaron á porfia : Viva Don Juan rey de Portugal. »

Viendo la vireyna que ya no guardaban ninguna medida, creyó encontrar mas

obediencia en la masa, del pueblo, y que su presencia infundiría mas respeto á los artesanos, no viéndose apoyados por los conjurados : pero cuando iba á bajar la escalera, Don Carlos de Noroña la detuvo y la suplicó que se retirase á su aposento, asegurándole que estaria servida con el mismo esmero y respeto como si todavia estuviere mandando en el reyno, al paso que seria una imprudencia exponer una princesa tan grande á los insultos del pueblo todavia en movimiento y exaltado por su libertad. Estas palabras fácilmente dieron á conocer á la princesa que estaba presa : colérica de despecho le preguntó orgullosamente : « ¿ Que puede hacerme el pueblo ? » A lo que la respondió Noroña con mucha viveza : « Señora , nada mas que arrojar á vuestra alteza por la ventana. »

El arzobispo de Braga no pudo reprimir su cólera al oír estas últimas palabras, tomó la espada de un soldado que estaba allí inmediato, y ciego de furor, queriendo

arrojarse en medio de los conjurados para vengar el ultraje hecho á la vireyna iba á hacerse matar cuando Don Miguel de Almeida arrojándose á sus brazos le rogó que tuviese presente el peligro á que se exponia, y llevándosele violentamente á un lado, le dijo « que su vida pendia de un hilo, pues bastante trabajo le habia costado salvarla del furor de los conjurados, que le odiaban extraordinariamente, y por lo mismo no debía agriarles mas con una valentona inútil y poco decente en un hombre de su carácter. » Vióse pues precisado á retirarse y aun á disimular toda su cólera con la esperanza de que el tiempo le proporcionaria una ocasion mas favorable para hacer estallar su venganza contra Noroña y su afecto á los intereses de la España.

Los demas conjurados se apoderaron de los Españoles que estaban en palacio ó en la ciudad : prendieron al marques de Puebla, mayordomo mayor de la vireyna, y hermano mayor del marques de Leganés,

Don Diego Cárdenas, maestre de campo general, Don Fernando de Castro, intendente de marina, el marques de Bainetto, italiano, caballero mayor de la vireyna, y algunos oficiales de marina que se hallaban en el puerto. Esto se hizo con tanta tranquilidad como si se les hubiese preso en virtud de una orden del rey de España: nadie dió un paso para socorrerles, y ellos mismos se hallaban poco en estado de defenderse, pues á los mas de ellos se les cogió en la cama.

Seguidamente Antonio de Saldaña capitaneando á sus amigos y una multitud de pueblo que les seguia, subió al supremo consejo de relacion. Allí expuso la felicidad del Portugal, que habia restablecido su rey legitimo; que la tiranía acababa de destruirse y que las leyes ya desde tanto tiempo holladas, iban á tomar de nuevo su antiguo vigor bajo un principe tan sabio y justo: su discurso se recibió con un aplauso general; respondieron á él con las mas vivas aclamaciones á favor

del nuevo príncipe; y Gonzalez de Souza de Macedo, primer presidente de aquel supremo tribunal y padre del historiador que hemos consultado, pronunció desde luego sus fallos en nombre del señor Don Juan, rey de Portugal.

Mientras que Antonio de Saldaña disponia el tribunal de relacion á reconocer por rey al duque de Braganza, Don Gaston Contiño sacaba de las cárceles á todos los que la crueldad de los ministros de España tenia encerrados en ellas: esta buena gente pasando repentinamente desde un oscuro calabozo y del temor continuo de un suplicio, al placer de hallar su libertad en la de su patria, enternecidos de reconocimiento y exaltados con el miedo que tenian de caer de nuevo en sus cadenas, formaron una especie de nueva compañía de conjurados, no menos ardorosos para consolidar el trono del duque de Braganza, que el cuerpo de la nobleza que habia formado el primer proyecto y dado los primeros pasos.

En medio del júbilo que causó á los conjurados el éxito favorable de su empresa, Pinto con los principales no dejaba de tener alguna inquietud. Los españoles estaban todavía en la ciudadela, desde donde podían batir la ciudad y hacer arrepentir al pueblo de una alegría indiscreta: además era una puerta segura al rey de España para entrar en la ciudad y establecer de nuevo su autoridad; así pues, creyendo no haber hecho nada mientras no fuesen dueños de aquella plaza, se dirigieron á la vireyna pidiéndola una orden dirigida al gobernador para que les entregase la fortaleza.

La princesa desechó altamente esta proposición, y reprochándoles su rebeldía les preguntó con indignación si querían hacerla también su cómplice. Irritado Alameda con esta negativa, centelleando cólera y fuego por los ojos, juró que si no firmaba con la mayor prontitud la orden que se la pedía iba desde luego á quitar la vida á todos los Españoles que estaban

presos. Atemorizada la princesa con el acaloramiento de aquel hombre, y temiendo por la vida de tantos sujetos de distincion, creyó que el gobernador sabia muy bien su deber para no dar cumplimiento á una orden que fácilmente concibiria haberse sonsacado con violencia; así pues firmó la orden, pero produjo un efecto enteramente contrario á lo que ella se habia prometido. El gobernador español, Don Luis del Campo, hombre de poca resolución, viendo á la puerta de la ciudadela todos los conjurados en armas, seguidos de un pueblo inmenso, que amenazaban despedazarle con toda su guarnicion si no se rendia al instante, se creyó muy feliz de salir del mal paso á tan poca costa con un título ostensible que ponía á cubierto su cobardía; entregó pues la ciudadela. Seguros ya los conjurados por todas partes, despacharon inmediatamente á Mendoza y el montero mayor hácia el duque de Braganza para llevarle estas felices nuevas y asegurarle de parte de toda la ciu-

dad que ya no faltaba mas que la presencia del rey para la completa felicidad del pueblo.

No se puede decir que los deseos de verle fuesen todos iguales : los grandes del reyno no veían su elevacion sin dejar de sentir una envidia secreta, y los de la nobleza que no habian tomado parte en la conjuracion, observaban un silencio estudiado que patentizaba su incertidumbre : y aun algunos de ellos se adelantaban hasta decir que no era seguro que el príncipe quisiese aprobar una accion tan osada y que produciria infaliblemente terribles consecuencias. Los hechuras de los Españoles, principalmente, estaban extraordinariamente consternados : no se atrevían á presentarse de miedo de llamar contra sí la cólera del pueblo, todavía exaltado con su nueva libertad, y cada qual se estaba encerrado en su casa, esperando que el tiempo le enseñase lo que debia temer ó esperar de las intenciones del duque de Braganza.

Pero sus amigos, que estaban perfectamente instruidos de ellas, marchaban siempre con paso firme. Se reunieron en palacio para dar algunas órdenes interin llegaba el rey : proclamaron unánimemente al arzobispo de Lisboa presidente del consejo y lugarteniente general del reyno; este desde luego se resistió exponiendo que el estado actual de la ciudad y de todo el reyno necesitaba mas bien de un general que de un hombre de su carácter : por último, aparentando ceder á los ruegos de sus amigos, consintió á encargarse de firmar las órdenes, mientras que se le agregase el arzobispo de Braga como colega para la expedicion de los negocios y de las órdenes que deberian darse interin llegase el rey.

Este prelado astuto y hábil esperaba por este medio, so pretexto de partir con el otro la autoridad, hacerle cómplice y por consiguiente eriminal para con los Españoles, si aceptaba la calidad de gobernador, de la cual en la realidad nunca le

hubiera dejado mas que el título; ó bien si no aceptaba, perderle en el ánimo del príncipe y hacerle odioso al mismo pueblo y á todo el Portugal como enemigo declarado de todo el reyno.

El arzobispo de Braga no desconoció el lazo que se le tendia , pero como era enteramente adicto al partido de los Españoles por el grande afecto que profesaba á la vireyna , se negó altamente á tomar la menor parte en el gobierno; de suerte que el arzobispo de Lisboa lo tomó él solo y sobre sí , y se le nombraron por consejeros de estado á Don Miguel de Almeida , Don Pedro Mendoza , y Don Antonio de Almada.

Una de las primeras disposiciones del gobernador fué apoderarse de tres grandes galeones españoles que habia en el puerto de Lisboa : se armaron unas barcas en las cuales se arrojó toda la juventud de la ciudad con el anhelo de distinguirse; pero encontraron aquellos buques sin ninguna resistencia, pues los oficiales y la

mayor parte de los soldados habian sido presos en la ciudad cuando estalló la conjuracion.

La misma noche despachó correos á todas las provincias para invitar á los pueblos á dar gracias á Dios por haber recobrado su libertad, con órden expresa á todos los magistrados de hacer proclamar al duque de Braganza rey de Portugal, y al mismo tiempo prender á todos los Españoles que pudiesen encontrarse. Seguidamente mandó hacer en Lisboa todos los preparativos necesarios para recibir con magnificencia al nuevo soberano que estaban esperando de un momento á otro. El arzobispo hizo entender á la vireyna que era muy conducente se retirase de palacio para hacer lugar al rey y á toda su casa ; la hizo preparar un aposento en la casa real de Jabregas, situada á un extremo de la ciudad. En cuanto supo la princesa las intenciones del arzobispo , salió de palacio; pero atravesó toda la ciudad para ir á su nuevo domicilio con un aire

orgullosa y sin hablar una sola palabra : ya no se veían á su rededor aquel enjambre de cortesanos que comunmente la acompañaban , pues apenas la seguían algunos criados ; y solo el arzobispo de Braga , siempre constante en su afecto , le dió pruebas públicas de ello en un momento en que no dejaban de ser arriesgadas para la seguridad de su vida.

Mientras tanto el duque de Braganza en la incertidumbre de su destino , estaba en una agitacion la mas cruel : quanto la esperanza mas lisongera presenta de agradable y el temor mas cruel de terrible y espantoso se le presentaba sucesivamente á la imaginacion. La distancia de Villaviciosa , que está á treinta leguas de Lisboa , no le permitia saber noticias tan pronto como hubiera deseado : solo sabia que en aquel momento se decidia de su vida ó de su muerte. Por de contado habia resuelto , como ya hemos dicho , hacer levantar en el mismo día todas las poblaciones de su dependencia , pero creyó mas cauto espe-

rar noticias de Lisboa á fin de tomar su partido consecuente á lo que habra pasado en aquella ciudad. Quedaban el reyno de los Algarves y la ciudad y ciudadela de Yelves , en donde podia retirarse si el éxito no era favorable en la capital ; y aun creyó poder todavía disculparse de haber tomado parte en la conjuracion , sobre todo en una época en que fácilmente los Españoles consentirian á que él mismo quisiese declararse inocente.

Habia mandado varios correos por el camino de Lisboa , y aunque esperaba noticias por momentos , ya habia pasado todo el día y una parte de la noche en estas agitaciones , quando al fin Mendoza y Mello , que habian corrido sin ninguna detencion , llegaron á Villaviciosa. Desde luego se arrojaron á los pies del principe , y por esta accion respetuosa y la alegría que brillaba en su cara , le dijeron , todavía mejor que con sus palabras que era rey de Portugal.

Quisieron darle una cuenta exacta del

éxito de la empresa, pero el príncipe, sin darles tiempo de entrar en pormenores, les condujo él mismo al aposento de la duquesa. Los dos caballeros la saludaron con el mismo respeto que si estubiese ya sentada en el trono; le aseguraron el tierno afecto de todos sus vasallos, y para manifestarle que la reconocian por su soberana, la dieron siempre el tratamiento de magestad, que debia serle tanto mas lisonjero cuanto que anteriormente no se habia dado otro título que el de alteza á los reyes de Portugal.

Solo podra juzgarse cual seria el júbilo de aquellos príncipes penetrándose de la cruel inquietud que les atormentaba un momento antes, y por la gran fortuna en que felizmente se encontraban elevados. Desde luego en todo el palacio resonaron gritos de alegría, y en un instante la noticia se extendió en todas las inmediaciones: en el mismo dia se le proclamó rey de Portugal en todos los pueblos de su dependencia; Alfonso de Mello mandó ha-

cer lo mismo en la ciudad de Velves; cada cual corria precipitadamente á prestar sus homenajes al nuevo rey; y quizas estas primeras pruebas de afecto aunque tributadas en la mayor confusion, no conmovieron menos el corazon de aquel príncipe que las que recibió algun tiempo despues un dia de gran ceremonia.

El arzobispo regente despachaba un correo tras otro al duque de Braganza, representándole cuan importante era su presencia en Lisboa. El último correo le encontró el lunes, á mitad, de camino en la llanura de Montemor, en donde para cubrir su marcha, aquel príncipe tímido fingia ir cazando: pero en cuanto abrió el pliego del regente, tomó la posta para ir á Aldea-Galega de donde no se hallaba mas distante que unas diez leguas, y habiendo encontrado allí una barca con dos pescadores, se metió en ella y se hizo conducir á Lisboa, atravesando el Tajo que en aquel parage tiene tres leguas de ancho. De Ablancour, enviado del rey difunto en

Portugal, dice en sus memorias, que aquel príncipe tomó tierra en la plaza de palacio, que es un cuadriongo muy espacioso cerrado por tres lados por el palacio de la Alfárdega y algunas casas particulares, y del otro lado por el Tajo mediante un muro ó parapeto hecho en forma de terraplen : que aquella gran plaza estaba llena de una infinidad de gente de todas clases y condiciones que dos dias habia estaban esperando al rey, no perdiendo de vista Aldea-Galega; pero dice aquel escritor, ni uno solo conjeturó, al ver llegar aquella barca de pescadores, que en ella venia el rey; que nadie le conoció de cuanta gente habia en la plaza; que pasó atravesando aquella multitud lo mismo que un particular cualquiera; y que solo despues de haber subido encima de una especie de tablado sobre el cual habian colocado su trono, solo entonces le saludaron y proclamaron rey en medio de los vivas y aplausos generales de todos los Portugueses.

Por la noche hubo fuegos artificiales en todas las plazas públicas; y en particular los artesanos los habian dispuesto individualmente ante las puertas de sus casas : todos los balcones y ventanas estuvieron iluminados toda la noche con una infinidad de antorchas y bugías; de suerte que toda la ciudad parecia una hoguera : lo que hizo decir á un Español que aquel príncipe era muy querido, pues que un reyno tan bello no le costaba mas que un fuego artificial.

En efecto en toda la extension del reyno siguió inmediatamente un levantamiento general igual al de Lisboa. Tan pronta y general fue esta revolucion, que parecia que á la par de aquella capital, en cada ciudad subalterna existia una conspiracion ya pronta á estallar : diariamente recibia correos el rey noticiándole que las ciudades y provincias enteras habian expelido á los Españoles para ponerse bajo su obediencia : los gobernadores de las plazas no fueron mas firmes que el de la

ciudadela de Lisboa; y séase que no tuviesen bastantes tropas para contener al pueblo ó que les faltase el valor ó municiones, lo cierto es que salieron vergonzosamente, los mas de ellos sin disparar un tiro. Cada cual temia para sí la misma suerte que le habia cabido á Vasconcellos; y nada les parecia tan terrible como el pueblo enfurecido: así pues, se puede decir que huyeron de Portugal con la misma precipitacion que unos criminales prófugos de sus encierros, sin que en todo el reyno quedase ni un solo Español en libertad, y todo esto en menos de quince dias.

Solo Don Fernando de la Cueva, gobernador de la ciudadela de San Juan, á la embocadura del Tajo, pareció querer defenderse contra la revolucion general, y conservar la plaza al rey su amo. Su guarnicion solo se componia de Españoles mandados por oficiales valientes que hicieron una resistencia muy vigorosa á los primeros aproches de los Portugueses, y fue necesario resolverse á sitiarse en forma.

Se mandaron venir cañones de Lisboa, se abrió la trinchera y se adelantó hasta la contraescarpa, á pesar del fuego continuo y las frecuentes salidas de los sitiados.

Pero como el medio de la negociacion siempre es el mas seguro y muchas veces el mas corto, el rey mandó hacer proposiciones tan ventajosas al gobernador, que no tuvo fuerza de resistir á ellas. Le deslumbraron las sumas inmensas que le ofrecieron junto con una encomienda de la órden de Cristo que aquel principe le aseguró: hizo su tratado y entregó la ciudadela, so pretexto de que no tenia tropas suficientes para defenderla, contra la voluntad de los principales oficiales de la guarnicion que se negaron á firmar la capitulacion.

El rey juzgó conveniente no diferir por mas tiempo la ceremonia de su coronacion, á fin de consagrar su dignidad real, y presentar su persona mas augusta al pueblo. Hízose la ceremonia el dia quince de di-

ciembre con toda la magnificencia posible, hallándose presentes el duque de Aveiro, el marques de Villa-Real, el duque de Camino su hijo, el conde de Monsano y todos los demas grandes del reyno. el arzobispo de Lisboa á la cabeza de su clero y acompañado de varios obispos, le recibió á la puerta de la catedral, y todos los estados del reyno le reconocieron solemnemente por rey de Portugal, prestándole juramento de fidelidad.

Pocos dias despues llegó la reyna con un séquito numeroso. Toda la corte salió á su encuentro: los oficiales nombrados para componer su familia ya estaban con ella, y el mismo rey salió de Lisboa para recibirla: este príncipe nada olvidó de toda la magnificencia conveniente á su nueva dignidad y que pudiese hacerla creer que él estaba bien persuadido de que su esposa habia contribuido no poco á hacerle subir al trono. Se notó que en esta mudanza de fortuna la reyna sostuvo tan bien el decoro de su nueva dignidad, y

con tanta gracia y magestad como si hubiese nacido en el trono.

Tal fue el éxito de aquella empresa que puede realmente llamársela un milagro del secreto; ya se considere el crecido número de individuos que estaban en él ó las diversas clases á que estos pertenecian. Pero una consecuencia natural de los sentimientos de odio y aversion que cada cual alimentaba ya desde mucho tiempo contra el gobierno español: sentimientos que las guerras frecuentes que aquellos dos pueblos se han hecho siempre como vecinos, crearon ya desde el principio de esta monarquía, que la concurrencia en el descubrimiento de las Indias y las frecuentes disputas mercantiles habian aumentado en términos que desde que los Portugueses se habian visto sometidos á la dominacion castellana, habian degenerado en un odio el mas violento.

Muy luego llegó esta noticia á la corte de España; cuyo ministro lo sintió sobre manera viendo que le habian ganado de

mano. El rey no necesitaba nuevos empeños, pues harta ocupacion le daban las guerras de Francia y Holanda; y sobre todo la revolucion de Cataluña era un ejemplo muy peligroso y le causaba vivísima inquietud. Toda la corte sabia la noticia, y el rey era el único que la ignoraba, pues nadie se atrevia á comunicársela de miedo de desagradar al ministro, que no hubiera perdonado fácilmente á cualquiera que se hubiese entremetido en semejante incumbencia. Por último este negocio metia ya demasiado ruido para poder tener oculto y temiendo el conde-duque que algun enemigo suyo no se entremetiese á contarle de una manera que le fuese mas perjudicial que contándolo él mismo, se decidió á noticiarlo personalmente al rey: pero como conocia el espíritu de aquel monarca, supo pintárselo de una manera tan lisonjera (1) que el rey no conoció la gran pérdida que acababa de hacer. «Señor, le dijo, presentándose

(1) *De Bello lusit.*, T. 1, p. 49.

con un aire muy risueño y aparentando la mayor satisfaccion, traigo á vuestra magestad una noticia muy placentera: vuestra magestad acaba de ganar un gran ducado y muchísimas haciendas. — ¿Y como es esto, conde? le dijo el rey sorprendido? Que el duque de Braganza ha perdido el juicio, respondió el ministro: se ha dejado seducir por el populacho que le ha proclamado rey de Portugal: se confiscan todos sus bienes: se reunen al real patrimonio: y extinguiendo aquella casa, vuestra magestad reynará perpetuamente y sin la menor inquietud en aquel reyno.»

Aunque el monarca era muy débil, no le alucinó tanto esta magnífica esperanza que dejase de conocer que esto no seria tan fácil: pero como el ministro le tenia tan subyugado que no veia sino con sus ojos se limitó á decirle que era necesario ocuparse seriamente en apagar una rebelion que podia tener consecuencias peligrosas.

En efecto el rey de Portugal no omitia

medio ni diligencia para asegurar su corona. En cuanto llegó á Lisboa, inmediatamente nombró para todas las plazas de la frontera gobernadores fieles, valerosos y experimentados que se pusieron inmediatamente en camino para ir á sus respectivos gobiernos con cuanta gente de guerra pudieron reunir, y trabajaron con el mayor tesón á poner sus plazas en estado de defensa. Al mismo tiempo dió varias comisiones para hacer levas; y luego despues de haber verificado su coronacion (1) convocó los estados del reyno. En ellos hizo examinar sus derechos á la corona para no dejar ningun escrúpulo en el espíritu de los Portugueses; y por un acto solemne (2) se le reconoció verdadero y legitimo rey de Portugal como descendiente, por la princesa su madre, del infante Don Eduardo, hijo del rey Don Manuel, á exclusion del rey de España, oriundo de aquel por línea de hembras que,

(1) El 29 Enero 1641.

(2) Souza, p. 582.

segun las leyes fundamentales del reyno, estan excluidas del trono, si se casan con un príncipe extranjero.

En la asamblea general de los estados declaró que para la manutencion de su casa le bastaban sus bienes patrimoniales, y que por lo mismo reservaba todo el real patrimonio para las urgencias del reyno; y á fin de que el pueblo participase de la suavidad de su gobierno, abolió todas las imposiciones con que los Españoles le habian sobrecargado.

Nombró para todos los puestos del estado y para los empleos mas considerables á los hombres mas hábiles que habia entre los conjurados y que habian manifestado mas entusiasmo para su elevacion: Pinto no fue participe en aquella promocion, pues el príncipe creyó que su autoridad no estaba todavia bastante bien cimentada para introducir un criado suyo de humilde nacimiento á un puesto de importancia: pero con todo, no tuvo este menos valimiento en el espíritu del rey y en todo el

reyno, y puede decirse que sin ser ministro ni secretario de estado en título, egercia siempre las funciones de tal por la confianza ilimitada que el rey tenia en él.

En cuanto hubo ordenado convenientemente todos los negocios interiores del reyno, se dedicó con mucho esmero á unirse intimamente con los enemigos del rey de España, y aun á suscitarle otros nuevos; procuró insinuar al duque de Medina-Sidonia, cuñado suyo y gobernador de Andalucía, la idea de hacerse independiente en su gobierno, y á imitación suya proclamarse soberano: el marques de Ayamonte, noble español, pariente de la reyna de Portugal, se encargó de esta negociacion cuyo resultado veremos sucesivamente.

El nuevo rey de Portugal envió embajadores á todas las cortes de Europa para hacerse reconocer como tal; hizo una alianza ofensiva y defensiva con los Franceses y Catalanes; y de otra parte estaba seguro de la proteccion de la Francia. El

rey de España se manifestó débil, pues nada emprendió de provecho, durante toda la campaña, en las fronteras de Portugal, probablemente porque la sublevacion de la Cataluña tenia ocupadas todas sus fuerzas; y lo poco que emprendió le salió mal pues, sus tropas siempre fueron rechazadas con pérdida. Algun tiempo despues se supo que Goa y todos los países que reconocen la dominacion portuguesa, tanto en la India como en Africa y el Perú, habian seguido la revolucion general del reyno: de suerte que todo parecia prometer al nuevo rey una série no interrumpida de felicidades, y un reynado siempre tranquilo en el interior, y victorioso en el exterior, cuando se hallaba á pique de perder el cetro y la vida por una detestable conspiracion que se habia tramado solamente en Lisboa en medio de la corte de aquel príncipe.

El arzobispo de Braga, como ya lo hemos dicho, era enteramente adicto á la corte de España y un ministro suyo en

Portugal. Desde luego vió que no tenia ninguna esperanza de restablecer su autoridad sino en el restablecimiento del gobierno español; temia aun que el rey, que parecia haber guardado algun miramiento por su carácter pues no lo habia hecho arrestar como á los demas ministros españoles, al cabo no se determinase á ello cuando su autoridad estaria bien arraigada. Pero lo que aun mas podia hacerle emprender cualquier cosa era el grande afecto que profesaba á la vireyna: desesperábase al ver esta princesa arrestada, y sobre todo en un pais en donde debiera reynar, y se habia agriado mas su resentimiento desde que le habian prohibido de visitarla, y á todas las personas distinguidas que tenian permiso de ir á ver, desde que se habia notado que aquella princesa se servia de la libertad que el rey la habia dejado para inspirar deseos revoltosos á todos los Portugueses que la visitaban. Esta conducta le pareció tiránica é insuportable; parecia á cada mo-

mento que aquella princesa le pedia su libertad en recompensa de todas las gracias que en otro tiempo le habia concedido; el recuerdo de su bondad encendia su cólera y le hizo tomar la resolucion de emplear todos los medios para satisfacer su reconocimiento y vengarla de sus enemigos; pero como no era fácil sosprender ó sobornar la guardia que el rey la habia puesto, resolvió ir derecho á la fuente, y con la muerte del mismo rey poner á la princesa en libertad y restituirla en toda su autoridad.

Fortificado en este designio, se dedicó con esmero á encontrar todos los medios que pudiesen hacer salir bien y con prontitud su proyecto, no dudando que no se le dejaria mucho tiempo el empleo de presidente de palacio, y que se veria precisado á retirarse á Braga. Por de contado calculó que era necesario tomar otro rumbo que el que el rey acababa de seguir; que nunca tendria el pueblo de su parte á causa del odio que profesaba á los Españoles; que de otro

lado como la elevacion del rey era obra de la nobleza, no entraria esta en la nueva conspiracion, de la qual no podia seguirse alguna ventaja : no se le escapó que esta empresa solo podia salir bien por parte de los grandes, cuyo mayor número, muy lejos de haber contribuido á la revolucion presente, sufrían con impaciencia la elevacion de la casa de Braganza : asi pues despues de haberse asegurado de la proteccion del ministro de España puso los ojos en el marques de Villareal.

Hizo entender á este príncipe que siendo el nuevo rey un espíritu tímido y desconfiado, siempre buscaria todos los medios de humillar su casa de miedo de dejar á su sucesor enemigos temibles en vasallos demasiado poderosos; que él y el duque de Aveiro, ambos de la sangre real de Portugal, estaban apartados de los empleos, al paso que todos los puestos del estado y las dignidades del reyno servian de recompensa á una multitud de sediciosos; que todos los hombres de bien mi-

raban con dolor el desprecio que se hacia de su persona; que iba á consumirse en una indigna ociosidad en el fondo de una provincia; que tuviese presente que era demasiado grande por su nacimiento y por sus cuantiosos bienes, para ser vasallo de un rey tan pequeño, y que en la persona del rey de España acababa de perder un soberano que podia solo darle empleos dignos de su nacimiento por el crecido número de reynos y gobiernos de que podia disponer.

Viendo que estas palabras hacian impresion en el ánimo de aquel príncipe, le dijo que tenia orden de la corte de España de prometerle el vireynato de Portugal en recompensa de su fidelidad. Sin embargo no era tal la intencion del arzobispo, pues queria únicamente la libertad y el restablecimiento de la princesa de Mantua: pero era preciso interesar el marques de Villareal con motivos muy poderosos; y estas consideraciones que el arzobispo tuvo arte de representarle varias veces y

de distintas maneras, le hicieron consentir á ponerse á la cabeza de este negocio con el duque de Camino su hijo.

Habiéndose asegurado bien de estos dos príncipes, el arzobispo sedujo tambien al gran inquisidor que era su amigo particular. Este hombre era tanto mas importante para las miras del arzobispo, quanto que estaba cierto que empenándole á él haria entrar en la conspiracion á todos los oficiales de la inquisicion, cuerpo, las mas de las veces mas formidable á los hombres de bien que á los malvados, y que tiene mucha preponderancia entre los Portugueses. Tomóle por motivos de conciencia, recordándole el juramento de fidelidad que habian prestado al rey de España, y que no debian violar á favor de un rebelde; quizas tambien por otras miras de interes personal, haciéndole entrever que ni uno ni otro debian tener esperanzas de poder conservar mucho tiempo sus empleos bajo el gobierno de un príncipe que se complacia en verlos todos ocupa-

dos por hombres que le fuesen adictos.

Ocupó muchos meses reuniendo otros varios conjurados: los principales fueron el comisario general de la Cruzada, el conde de Amamar, sobrino del arzobispo, el conde de Ballerai, Don Agustin Emanuel, Antonio Correa el mismo dependiente de Vasconcellos á quien Menezes dió algunas puñaladas quando estalló la primera conjuracion, Lorenzo Pidez Carvable, tesorero de la corona, todos hechuras de los Españoles á quienes debian sus empleos y su fortuna, que solo esperaban conservaró volver á ocupar con el restablecimiento de la dominacion castellana.

Hasta los judios que, como es sabido hay muchos en Lisboa en donde viven conformándose exteriormente á la religion cristiana, tomaron parte á la empresa. El rey acababa de rehusar sumas inmensas que estos le habian ofrecido para hacer cesar las persecuciones de la inquisicion y obtener el permiso de profesar públicamente su religion; con cuyo motivo el

arzobispo sacó diestramente partido del resentimiento que les habia causado la negativa, para hacerles entrar en su empresa; se avocó con los principales que estaban exasperados de haberse declarado indiscretamente, y por lo mismo se veian expuestos á toda la crueldad de la inquisicion.

Aquel hábil prelado tuvo la maña de hacer redundar el miedo que tenian en pro de sus designios; les aseguró que les protejeria con el inquisidor general que, segun era sabido, solo obraba impulsado por el arzobispo: luego les hizo concebir temores de que un príncipe que afectaba tanto catolicismo era capaz de echarles de Portugal, y al mismo tiempo les prometió en nombre del rey de España que si podian contribuir á restablecer su autoridad les concederia la libertad de conciencia y una sinagoga en el reyno.

Tan ciega era la pasion de este arzobispo, que no se avergonzó de solicitar el apoyo de los enemigos de Jesucristo para destronar á su legítimo rey; esta fue quizas

la primera vez que se vió á la inquisicion obrar de acuerdo con la sinagoga.

Despues de varios proyectos todos diferentes, los conjurados se fijaron al cabo en uno que merecia la aprobacion del arzobispo, pues él mismo lo habia concertado con el primer ministro de España: á saber que el cinco de agosto por la noche los judios pegarian fuego á las cuatro esquinas de palacio, y al mismo tiempo á varias casas de la ciudad, á fin de tener el pueblo ocupado cada cual en su respectivo barrio; que los conjurados se precipitarian dentro de palacio so pretexto de dar socorro contra el incendio, y que en medio del desórden y confusion, que necesariamente acarrear esta clase de accidentes, se acercarian al rey y le asesinarian; que el duque de Camino se apoderaria de la reyna y de los príncipes sus hijos para servirse de ellos como se habia hecho con la princesa de Mantua, para hacer entregar la ciudadela; que al mismo tiempo habria gente aprontada con todos los pre-

parativos incendiarios para pegar fuego á la flota; que el arzobispo y el inquisidor general, con todos sus oficiales, recorrieran la ciudad para apacignar el pueblo é impedirle de levantarse por el respeto con que mira la inquisicion; y que el marques de Villareal tomara el gobierno del Estado en el interin que se recibiesen órdenes ulteriores de la corte de España.

Como no tenian la menor seguridad de que el pueblo quisiese declararse á su favor, necesitaban tropas para sostener su empresa, por lo mismo convinieron en que era preciso empeñar al conde-duque á mandar una flota considerable para que estuviese en aquellas costas pronta á entrar en el puerto en el momento que estallaria la conjuracion, y que al primer aviso del buen éxito hiziese inmediatamente avanzar hácia Lisboa las tropas que á este efecto debian estar en la frontera, para acabar de someter lo que todavía hiziese alguna resistencia. Pero á los conju-

rados no les era fácil seguir la correspondencia necesaria con el primer ministro de España para el logro de su empresa; porque desde que el rey, supo que la princesa de Mantua habia escrito á Madrid, habia mandado poner guardias tan exactas en las fronteras, que nadie salia del reyno sin un expreso permiso suyo, y no era fácil el emprender corromper las guardias, de miedo que con una doble traicion, aquellos hombres venales no les descubriesen á ellos mismos, entregando sus cartas ó declarando que les habian querido corromper.

En fin presurosos de comunicar noticias suyas al ministro de España, sin el cual nada podian emprender, y no sabiendo de que medio valerse, echaron los ojos en un rico comerciante de Lisboa que era tesorero de la aduana y que, á causa de su vasto comercio con toda la Europa, tenia permiso particular del rey para escribir á Castilla. Este hombre, llamado Baese, profesaba públicamente la religion cristiana, pero era de los llamados en Portu-

gal *cristianos nuevos*, contra los cuales existe siempre una sospecha de que observan en secreto las leyes de la religion judia : le ofrecieron una crecida cantidad de dinero para empeñarle á tomar parte en la empresa; este poderoso móvil unido á las instancias de los judios que estaban en el secreto de la conjuracion, le hizo aceptar la propuesta, y se encargó de hacer pasar las cartas al conde-duque de Olivares.

Dirigió su paquete al marques de Ayamonte, gobernador de la primera plaza fronteriza de España, creyendo sus cartas en seguridad en quanto estuviesen fuera del territorio portugués.

Este marques, pariente inmediato y amigo de la reyna de Portugal, y que, en aquel entonces, estaba en negociacion con el nuevo rey, sorprendido de ver cartas cerradas con el sello de la inquisicion de Lisboa dirigidas al primer ministro de España, las abrió inmediatamente temiendo que no fuese algun aviso que se le diese de las íntimas relaciones que secretamente te-

nia con el rey y la reyna de Portugal : pero quando vió que era un proyecto y plan de conjuracion próximo á rebentar contra aquel, el cual iba á perder toda la casa real, inmediatamente mandó todo el paquete al rey de Portugal. Es indecible la admiracion que le causó la lectura de aquellas cartas, viendo que príncipes parientes suyos, un arzobispo y varios grandes de su corte, que segun las apariencias habian manifestado mucho placer con su elevacion, conspiraban, no solo contra su corona, sino tambien contra su vida.

Inmediatamente mandó juntar su consejo secreto y algunos dias despues se executó lo que en él se habia resuelto. Consecuente al proyecto interceptado, el dia 5 de agosto á las once de la noche debía estallar la conspiracion. Aquel mismo dia á las diez de la mañana hizo el rey entrar á Lisboa todas las tropas que estaban acuarteladas en los pueblos inmediatos, so pretexto de pasar una revista general en el palacio. Dió él mismo personalmente y en

secreto varios billetes cerrados á los individuos de su corte de quienes estaba mas seguro, con órden expresa á cada uno de no abrir su billete hasta medio dia, y entonces egecutar puntualmente lo que se les prevenia: luego mandó venir á su gabinete al arzobispo y al marques de Villarreal so pretexto de comunicarles un asunto, y á eso de las doce se les arrestó sin el menor ruido, y en el mismo tiempo un capitan de guardias prendió al duque de Camino en la plaza mayor. Los que habian recibido de mano del rey los billetes cerrados, los abrieron y encontraron cada uno una órden de prender uno de los conjurados, conducirle á la cárcel que se le señalaba, y guardarle sin perderle de vista hasta nueva órden. Estas medidas se habian tomado con tanta exactitud y se egecutaron tan puntualmente, que en menos de una hora los cuarenta y siete conjurados quedaron todos presos, sin que ninguno pensase en escaparse. Habiéndose extendido en la ciudad el ruido de esta

conjuracion, todo el pueblo corrió tumultuosamente á palacio, pidiendo á gritos que se les entregasen los traidores. Aunque el rey notó con placer el afecto que el pueblo le profesaba, sin embargo, este concurso tumultuoso de gente que se habia reunido con tanta precipitacion, no dejó de incomodarle: temia que el pueblo se acostumbra á esta especie de movimientos, que siempre tienen algo de sedicioso: asi pues, despues de haberles dado gracias por lo mucho que se interesaban á su vida y haberles asegurado el castigo de los culpados, se valió de los magistrados para hacer retirar á todo el mundo.

Sin embargo, no queriendo dejar apaciguar enteramente el ódio del pueblo que pasa fácilmente del furor y de la cólera mas violenta contra los criminales á los sentimientos de compasion, en cuanto ya los mira como infelices, mandó el rey publicar un bando por el cual hacia saber que los conjurados habian formado el plan de asesinarle á él y á toda la familia real,

y prender fuego á la ciudad; que lo que hubiese escapado del incendio, hubiera sido presa de los sediciosos, y que la política de España, para evitar en lo venidero todo temor de nuevas conspiraciones y para satisfacer plenamente su venganza, habia resuelto poblar la ciudad con una colonia de Castellanos y mandar todos los habitantes á las minas de América; y allí sepultarlos vivos en aquellos abismos en donde perecen tantos infelices.

Luego nombró jueces para juzgar á los conjurados, tomándolos del cuerpo del tribunal supremo, á los cuales agregó dos grandes del reyno á causa del arzobispo de Braga, el marques de Villareal, y el duque de Camino.

El rey habia mandado á los jueces que no hiciesen uso de las cartas que les entregó, sino en el caso de que no hubiese otro medio de convencer á los conjurados de su crimen; y esta precaucion quiso tomarla para evitar en quanto fuese posible que la corte de España descubriese sus re-

laciones con el marques de Ayamonte por cuyo conducto se habia descubierto la conspiracion; pero no fue necesario servirse de ellas para descubrir la verdad, porque Baeza en su interrogatorio se cortó sobre cuantos puntos le preguntaron, y este desdichado apenas se le aplicó al tormento, á los primeros dolores que sintió le faltó el valor, y confesó su crimen, declarando todo el plan de la conspiracion: confesó que habian formado el proyecto de asesinar al rey, que el tribunal de la inquisicion estaba lleno de armas, y que solo esperaban la respuesta del conde duque para ejecutar su proyecto.

Se dió tormento á la mayor parte de los demas conjurados; y sus confesiones fueron conformes á la declaracion del judío: el arzobispo, el inquisidor general, el marques de Villareal y el duque de Camino confesaron su crimen para evitar el dolor del tormento. Los jueces condenaron á los dos últimos á ser decapitados, los demas conjurados ahorcados y des-

cuartizados , reservando los eclesiásticos á decision del soberano.

El rey convocó inmediatamente su consejo y dijo á sus ministros que temia que el suplicio de tanta gente de la primera distincion , aunque criminales , tuviese consecuencias peligrosas : que los gefes de los conjurados perteneciendo á las principales familias del reyno , sus parientes serian otros tantos enemigos , cuyo anhelo de vengar la muerte de aquellos seria un manantial fecundo y desgraciado de nuevas conjuraciones : que la muerte del conde d'Egmont en Flandes y la de los Guisas en Francia , ambas habian producido consecuencias fatales ; al paso que concediendo generosamente gracia á algunos de ellos , y una pena menos rigorosa que la de muerte á los demas , ganaria todos los corazones , y pondria á los reos y á sus parientes en la obligacion de obrar en lo sucesivo con reconocimiento ; que sin embargo aunque su opinion se inclinaba á la clemencia , no habia reunido el consejo

con otro obgeto que el de conocer la opinion general , y seguir la que pareciese mas acertada.

El marques de Terreira opinó el primero que se egecutase inmediatamente la sentencia. Sostuvo enérgicamente que un rey , en ocasiones semejantes , no debe escuchar mas que la justicia ; que la suavidad podria producir fatales consecuencias ; que el perdonar los criminales se atribuiria á la debilidad del principe ó al miedo de sus amigos mas bien que á su bondad ; que la impunidad llama el desprecio sobre el gobierno presente , y daria osadía á los parientes de los criminales para intentar libertarles de la cárcel , y aun quizas llevar la cosa mas lejos ; que se debia dar un egeemplo de severidad al principio del reinado , para intimidar á cuantos fuesen capaces de emprender semejantes atentados : por último que los criminales no solo lo eran para con la persona sagrada de su magestad , sino tambien para con el estado que habian intentado trastornar , y que el

rey debía considerar aun mas la justicia que debía á su pueblo, castigando á los culpados como merecian, que su inclinacion á la clemencia, sobre todo en una ocasion en que la conservacion de su magestad y la seguridad pública debian considerarse como unos intereses inseparables.

Todo el consejo fue del mismo dictámen, y el rey debió conformarse, por cuyo motivo la sentencia se ejecutó en el dia inmediato siguiente. El arzobispo de Lisboa quiso salvar á un amigo suyo : pidió su gracia á la Reyna y la solicitó con toda la confianza de un hombre que creia que nada podia negarse á sus servicios : pero la Reyna, que habia conocido la justicia y la necesidad indispensable del castigo, conociendo al mismo tiempo que una distincion de esta naturaleza agriaria sobre manera á los parientes y amigos de los demas conjurados, y de otra parte, persuadida que puede haber acciones de clemencia muy injustas, supo en este momento sofocar su natural inclinacion á la dulzura y clemen-

cia al deber de la justicia. Solo una palabra dijo al arzobispo, pero con un tono que no admitió replica : « Señor arzobispo, le dijo, la mayor gracia que de mí podeis esperar sobre lo que me pedis, es la de olvidar para siempre que me habeis hablado de semejante materia. »

Queriendo el rey bienquistarse con el pueblo, y sobre todo con la corte de Roma, que por consideraciones á la casa de Austria no queria recibir á su embajador, permutó la pena del arzobispo y del inquisidor general en una prision perpetua. Poco tiempo despues se extendió la noticia de la muerte del arzobispo á consecuencia de una enfermedad ; accidente bastante ordinario con ciertos reos de estado que la politica no permite hacer perecer en un cadalso. Durante mucho tiempo no pudo saberse en Madrid porque medio el rey de Portugal habia descubierto aquella conjuracion, y solo por una nueva conspiracion que al mismo tiempo se tramaba contra el rey de España, conoció este soberano

el conducto por el cual habian llegado á Lisboa los primeros avisos de la empresa del arzobispo de Braga.

El rey de Portugal, como ya lo hemos dicho, siempre mantenía una íntima relación con los enemigos de la monarquía española: franqueaba sus puertos á las escuadras de Francia y Holanda; tenía un residente en Barcelona y entre los sublevados de Cataluña, y se dedicó con el mayor empeño á excitar nuevas conmociones en el mismo centro de la España, que dejaban menos atención á Felipe IV para ocuparse de los negocios de Portugal.

El nuevo rey ya había ingerido algunas raíces de rebeldía en el espíritu del duque de Medina Sidonia, su cuñado, y el marques de Ayamonte, noble castellano y su confidente mútuo, acabó de seducirle: era pariente muy inmediato de la Reyna de Portugal y del duque de Medina: favorecían las relaciones secretas que entretenia con aquella corte la proximidad de sus tierras que estaban situadas en el emboca-

dero del Guadiana, y por consiguiente en la misma frontera de Portugal, y esperaba aumentar su fortuna encontrando su elevación en la de aquellas casas. Era un hombre osado, emprendedor, descontento del ministro y fortificado con aquella indiferencia á la vida que es tan necesaria á los que se arrojan á empresas de tanta consideración.

Escribió secretamente al duque de Medina-Sidonia dándole el parabien por el descubrimiento de la conjuración del arzobispo, que sin esta circunstancia, hubiera costado la vida á su hermana y á toda la familia real: al mismo tiempo le insinuaba cuanto debía desear que el nuevo rey pudiese conservar una corona que en lo venidero debía adornar la frente de sus sobrinos; que el reyno de Portugal, contiguo á Castilla, le aseguraba un asilo en cualquier tiempo aciago y calamitoso, y principalmente durante el ministerio del conde duque cuya política soberbia y absoluta no tenía mas objeto que humi-

llar á los grandes : añadió aun que era problemático si este ministro , aunque pariente suyo , le dejaria mucho tiempo en el gobierno de una provincia tan vecina de Portugal ; que este era un objeto que merecia toda su reflexion , y que , si queria que acabase de comunicarle todas las que habia hecho por su parte , podia enviarle un hombre de confianza á quien pudiese abrir su pecho con toda seguridad.

El duque de Medina-Sidonia , naturalmente vano y soberbio , que no habia visto la elevacion de su cuñado sin una especie de envidia secreta , conoció muy bien que la carta del marques ocultaba algun desig- nio mas elevado. Inmediatamente le despachó un confidente suyo llamado Luis de Castilla para conferenciar con él. El mar- ques, en cuanto vió su carta de crédito, le abrió su pecho sin ningun recelo , y des- pues de haberle manifestado con cuanta facilidad el duque de Braganza se habia apoderado de la corona de Portugal, le dijo que el duque de Medina no encontra-

ria nunca una ocasion tan favorable para asegurar la fortuna de su casa y hacerse independiente de la corona de España.

Se representó que el rey estaba exte- nuado por la guerra que sostenia desde mucho tiempo contra la Francia y la Ho- landa ; que la Cataluña , por si sola , ocu- paba sus principales fuerzas ; que era ne- cesario hacer sublevar la Andalucía, llevar la guerra hasta el centro del reyno ; que el pueblo, siempre ávido de novedad, y de otra parte sobrecargado de contribucio- nes , cambiaria gustosamente de soberano ; que el duque de Medina no era menos querido en su gobierno que el de Braganza en Portugal ; que solo debia esmerarse á grangearse el afecto de los gobernadores particulares que estaban bajo sus órdenes, pero sin confiarles el secreto de sus designios, que colocase hechuras suyas en los em- pleos mas importantes , pues luego le seria muy facil apoderarse de los galeones que se estaban esperando de un momento á otro procedentes de América ; que la plata

que traerian serviria para sostener la guerra, y que para facilitar la egecucion de este proyeto, el rey de Portugal, de acuerdo con él, haria entrar en Cadiz una flota considerable compuesta de sus navíos y de los de sus aliados, cargada de tropas de desembarco que acabarian de someter á cuantos se obstinasen infructuosamente á querer conservar una fidelidad inútil al rey de España.

Luego que el confidente del duque de Medina dió cuenta á su amo del resultado de su viage, este señor se dejó deslumbrar por el lustre de una corona. Como capitán general del oceano y gobernador de toda la provincia, podia disponer de muchas fuerzas de mar y de tierra : poseia ademas en aquel pais haciendas considerables, y todo esto le daba una autoridad casi absoluta : en los primeros movimientos de su ambicion creyó que no le faltaba mas que la voluntad de ser rey para ceñirse una corona y no reconocer ninguna autoridad superior en toda Andalucía.

Inmediatamente volvió á mandar á Luis de Castilla, al marques de Ayamonte para asegurarle que entraba en sus miras, y tomar con él las medidas mas precisas principalmente con respecto á la corte de Portugal. Al mismo tiempo se dedicó á asegurarse de todos los empleados hechuras suyas y á hacerse otras nuevas : dejaba escapar quejas contra el gobierno; compadecia á los soldados que no estaban pagados, y al pueblo que estaba sobrecargado de impuestos.

Instruido el marques de Ayamonte de sus disposiciones, solo pensó en concentrar sus proyectos en un plan fijo y determinado; y como era necesario conferenciar con el rey de Portugal, el marques, que era demasiado conocido en la frontera, no se atrevió á pasar á aquel reyno. Echó la vista, para una negociacion tan delicada, en un fraile intrigante, unido desde mucho tiempo á su suerte y cuyos reverentes hábitos en aquel pais de inquisicion daban menos pábulo á que se le espiasen

sus pasos. Este religioso de la órden de San Francisco, llamado el padre Nicolas de Velasco, pasó á Castro Martín, primera ciudad de Portugal; so pretexto de ir á tratar del rescate de un prisionero castellano.

El rey de Portugal, de acuerdo con el marques de Ayamonte, le hizo prender como un espía y conducir á Lisboa cargado de cadenas, como un reo que los ministros querian interrogar por sí mismos. Se le metió en una cárcel en donde estaba guardado al parecer con mucha severidad que poco á poco fue disminuyendo, y le pusieron en libertad so pretexto que solo habia entrado en el reyno para tratar de la libertad de un oficial español, y aun se le permitió ir á palacio para solicitarla, á fin de poder conferenciar con los ministros sin hacerse sospechoso á los espías secretos de la corte de Madrid.

El rey le vió varias veces y le aseguró que para recompensarle le daria un obispado. Deslumbrado el capuchino con esta esperanza, no salia nunca de palacio; ha-

cia la corte á la reyna y sitiaba continuamente á los ministros; en fin hasta llegó á entrometerse en las intrigas de los cortesanos. Quería que todo el mundo conociese que tenia crédito y favor, y sin revelar expresamente el fondo de su negociacion, descubria el secreto de ella con sus modales fastosos é indiscretos. El cortesano, observador y siempre zeloso del favor naciente, pronto echó de ver que su prision no habia sido mas que un pretexto para introducirle en la corte: hacianse diferentes conjeturas sobre el motivo de su viage, y un Castellano que estaba preso en Lisboa penetró todo el secreto.

Este Castellano, llamado Sancho, era un hombre á quien habia favorecido el duque de Medina Sidonia, que desempeñaba el empleo de tesorero antes de la última revolucion. El nuevo rey le habia hecho prender, bien asi como á todos los Castellanos que en aquella sazón se encontraron en Lisboa, y por lo mismo gemia en un estrecho cautiverio. No bien supo el re-

ciente crédito del capuchino, paisano suyo, y su conducta, sospechó que solo estaba en la corte para manejar en ella alguna intriga, y desde luego fundó en esta sospecha el proyecto de su libertad. Escribió al religioso implorando su proteccion en terminos muy respetuosos y capaces de lisongear su vanidad: quejábanse en su carta de que el rey de Portugal detenía tanto tiempo en una dura cárcel á un criado y protegido del duque de Medina su hermano político, y para dar mas verosimilitud á lo que decía, envió al fraile un crecido número de cartas que habia recibido de aquel señor antes de la revolucion, en las cuales le encargaba varios negocios con aquella confianza y superioridad que le daba su rango y la proteccion con que le habia honrado.

El fraile respondió en pocas palabras á Sancho, que con el mayor placer tomaria mucho empeño en defender los intereses de los dependientes del duque de Medina, que iba á ocuparse vivamente de los me-

dios de procurar su libertad, y que solo le encargaba el secreto. El astuto Castellano para hacerse menos sospechoso aguardó algun tiempo el efecto de las promesas del fraile, y luego le escribió representándole que ya habia siete meses que estaba gimmiendo en un duro cautiverio; que el ministro español, segun las apariencias, ni siquiera se acordaba de él, que ya no se hablaba de su rescate ni de que lo cangeasen, de suerte que no tenia otra esperanza de libertad que el interes que su reverencia se dignase tomar á su triste suerte.

El capuchino que queria hacerse un nuevo mérito de la libertad de Sancho por el duque de Medina, la pidió al rey y la obtuvo: él mismo fue personalmente á sacarle de la cárcel y le ofreció hacerle incluir en un pasaporte que el rey acababa de conceder para algunos criados de la duquesa de Mantua que regresaban á Madrid, pero el astuto Castellano le observó que la villa de Madrid era para él una tierra extranjera; que no podia presentarse

á la corte sin exponerse á entrar de nuevo en una cárcel; que el ministro severo é inexorable no dejaria de pedirle una cuenta rigurosa y exacta de los fondos entrados en su poder, á pesar de que en la revolucion habian saqueado su caja sin haberle dejado ni tan siquiera los registros; y para bienquistarse el capuchino, añadió que solo deseaba servir cerca del duque de Medina su amo, pues este señor era bastante poderoso para facilitarle los medios de restablecer su fortuna sin verse precisado á salir de Andalucía.

El fraile que tenia necesidad de un conducto seguro para dar cuenta al marques de Ayamonte del estado de su negociacion y para recibir nuevas órdenes, hechó los ojos en el Castellano que aparentaba estar inviolablemente unido á los intereses del duque de Medina: le retuvo consigo algun tiempo so pretexto de proporcionarle un pasaporte, aunque en la realidad solo era para observarle y asegurarse de su fidelidad: el trato frecuente que seguian

formó insensiblemente una grande intimidad entre los dos, que el Castellano, mas hábil, hizo servir para sonsacar un secreto que el capuchino soltó por vanidad: este fraile para persuadirle del mucho valimiento que tenia en la corte y de la consideracion con que se le miraba, se propasó á decirle que muy pronto le veria con otros hábitos, que se le habia prometido un obispado, y que no desesperaba de verse revestido de la púrpura romana. Sancho para acabar de arrancarle su secreto, aparentaba no creerle, y su incredulidad aparente, picó el amor propio del fraile: ¿y que diréis le dijo, cuando veréis coronada la frente del duque de Medina? Sancho con sus dudas afectadas le condujo insensiblemente hasta que le hizo una entera confidencia de sus proyectos. El capuchino le dijo al cabo que estaba encargado de una negociacion en la cual entraban los reyes; que el dia menos pensado veria al duque de Medina - Sidonia soberano de Andalucía; que el marques

de Ayamonte conducia este gran negocio; que el rey de Portugal debia á este caballero castellano el descubrimiento de la última conspiracion; que la España iba á cambiar enteramente de aspecto, y que en cuanto á él, podia asegurarle una fortuna considerable si queria solamente encargarse de entregar al duque y al marques las cartas que le confiaria. Encantado Sancho de verse dueño de un secreto tan importante, renovó las seguridades que mil veces le habia dado de su afecto á los intereses del duque de Medina. Tomó las cartas del capuchino, le aseguró que si juzgaba conveniente se tendria por dichoso de poder traer la respuesta, y se puso en camino para Andalucía: pero no habia bien pisado el territorio español, que tomó el camino de Madrid, y en cuanto llegó se presentó inmediatamente á casa del ministro y le mandó entrar recado, diciendo que Sancho, tesorero de Portugal, prófugo de las cárceles del usurpador, deseaba comunicarle un asunto de la mayor importancia.

El conde-duque, naturalmente soberbio y de difícil acceso, le mandó decir que volviese un dia de audiencia ordinaria. Sancho repelido con tanta dureza, exclamó altamente, « que era absolutamente necesario que le hablase desde luego, pues en ello estribaba la salvacion de la monarquía: tomó el cielo por testigo de su fidelidad y de la diligencia con que habia caminado para avisar el ministro. »

Habiendo referido al conde-duque estas palabras vehementes, mandó que le dejasen entrar. Sancho se arrojó á sus pies diciéndole que estaba salvado el estado, pues habia conseguido llegar á su presencia: le dió cuenta de la manera que le habian preso en la última revolucion, y luego pasando á la conjuracion del duque de Medina Sidonia le manifestó todos los proyectos, las relaciones con el rey de Portugal, el designio de apoderarse de los galeones, entregar Cadiz á los enemigos de la corona, y volver contra el rey mismo los ejércitos que manda en Andalucía para su servicio;

y para justificar la verdad de todos sus asertos le entregó varias cartas del capuchino, escritas en cifra al marques de Ayamonte y al duque de Medina, que patentizaban el plan de la conspiracion.

Por de contado el conde duque pareció consternarse al oír una noticia tan extraordinaria: permaneció largo rato sin decir una palabra, pero en cuanto volvió en sí de la admiracion, tomó un aire mas afable del que acostumbraba ordinariamente; colmó de alabanzas á Sancho por su fidelidad para con el rey, y añadió que merecia doble recompensa por haber descubierto un plan tan pernicioso, y por no haber titubeado á dirigirse para descubrirlo al pariente mas inmediato del mismo gefe de la conspiracion. Seguidamente le mandó conducir á un aposento separado, con órden expresa de no dejarle hablar con nadie sin excepcion; y pasó inmediatamente al cuarto del rey para darle cuenta de lo que acababa de descubrir presentándole al mismo tiempo las cartas del capuchino.

Felipe se quedó atónito al oír una traicion tan horrorosa: ya habia mucho tiempo que tenia sospechas y aborrecia el orgullo extraordinario de los Guzmanes, y acordándose al mismo tiempo de la reciente pérdida del Portugal que atribuia á la ambicion de la duquesa de Braganza, no pudo menos de decir á su ministro con un especie de resentimiento, que todas las desgracias de la España procedian de su casa. Este principe no dejaba de tener mucha penetracion y talento, pero era muy inclinado á los placeres y aborrecia los negocios; le disgustaba cualquier cosa que ocupase su atencion, y de muy buena gana hubiera abandonado una parte de sus estados á trueque de que se le hubiese dejado vivir en una completa ociosidad. Así pues, luego que hubo descargado toda su cólera, entregó las cartas del capuchino al conde-duque, sin abrirlas, y le dió órden de hacerlas examinar por tres consejeros de estado, para que le presentasen un informe.

Esto era poner enteramente el negocio en manos del ministro, quien nombró á tres hechuras suyas para examinar este proceso. Se descifraron las cartas del capuchino; tres veces se recibió la declaración de Sancho, pues querian que hablase este á favor del duque de Medina, que el ministro queria salvar: á este efecto le mandó llamar á su gabinete antes que se presentase ante los comisarios, y afectando aquellos modales llenos de confianza con que los grandes saben servirse tan diestramente para alucinar y ganar la confianza de los sujetos que quieren, le dijo: « Como podremos, querido Sancho, justificar al duque de Medina una acusacion que solo se apoya en las cartas de un fraile desconocido, y que probablemente nuestros enemigos habran corrompido para hacer sospechosa la fidelidad del duque que servia tan útilmente al rey en su provincia de Andalucía? »

Sancho, penetrado de la verdad de su declaracion y temiendo quizas que debili-

tandola no se privase él mismo de la recompensa que se habia prometido, sostuvo siempre con mucha firmeza que existia una conspiracion contra el estado, á cuya cabeza estaba el marques de Ayamonte como principal negociador de ella; que él mismo habia visto las cartas que la acreditaban en manos del capuchino, y que infaliblemente se veria insurreccionada la Andalucía si inmediatamente no se tomaban las medidas conducentes para conjurar la tempestad con que amenazaba el gobernador de la provincia.

El ministro, que no queria que este negocio se profundizase, tomó tiempo oportuno para hablar del negocio al rey: dijole que se habian descifrado las cartas del capuchino, el cual, segun las apariencias, habia sido seducido para perder al duque de Medina; que el mismo Sancho acaso habia sido engañado por aquel fraile intrigante, pues no se presentaban cartas del duque ni testigos que declarasen formalmente contra él; y que toda esta acusacion solo

se apoyaba en cartas que acaso podian no ser mas que una calumnia : que, no obstante, como nunca las precauciones estan por demas en un negocio de tanta importancia, le parecia que era necesario retirar con maña al duque el gobierno de la Andalucía en donde no seria fácil hacerle prender, hacer entrar tropas á Cadiz con un nuevo comandante, y asegurarse al mismo tiempo del marques de Ayamonte; y que, si en resultado se veia que eran criminales, podia el rey abandonarles á todo el rigor de las leyes.

Los consejos del ministro eran leyes todavía mas imperiosas para el soberano que para el resto de sus vasallos. Felipe, que no era amigo de derramar sangre, y cuyo carácter era muy blando é indolente, le dijo que le dejaba enteramente dueño de estenegocio. El conde-duque hizo marchar inmediatamente á su sobrino Don Luis de Aro, con orden de decir al duque de Medina que, inocente ó culpado, se presentase inmediatamente á la corte; que

podia estar seguro de su gracia si era criminal; pero que era un hombre perdido si tardaba un solo momento en obedecer las órdenes del rey : otro correo mandó prender al marques de Ayamonte, y al mismo tiempo el duque de Ciudadreal entró á Cadiz á la cabeza de cinco mil hombres.

El duque de Medina se quedó aterrado con esta noticia. Desde luego vió que no le quedaba otro partido que el de obedecer ó escaparse á Portugal : pero la idea de pasar el resto de su vida en un pais extranjero como un proscripto le parecia indigna de un hombre de su rango : no veia en Portugal ningun destino decente para él, y como conocia el poder absoluto que tenia el conde-duque en el espíritu del rey, resolvió abandonarse á la buena fe de aquel ministro. Púsose inmediatamente en camino, haciendo tanta diligencia que esta pronta obediencia predispusó al rey á creerle inocente, ó á perdonarle si era culpable.

El duque se apeó en casa del ministro, y despues de haber recibido de él nuevas seguridades de su gracia, le declaró el plan de la conjuracion, achacando todo el proyecto al marques de Ayamonte. El ministro le introdujo secretamente en el gabinete del rey; el duque se arrojó á sus plantas derramando abundantes lágrimas de arrepentimiento, y en esta humilde postura confesó su crimen y pidió gracia en los términos mas tiernos. El rey, naturalmente bondadoso, se enterneció, mezcló sus lagrimas á las del duque, y le dijo que le concedia la gracia por su arrepentimiento y por las súplicas que le habia hecho el conde-duque de Olivares: luego le despidió; pero como no era prudente exponerse á nueva tentacion en un negocio tan delicado, se le dió orden de permanecer en la corte. Se confiscaron tambien una parte de sus cuantiosos bienes que solo habian servido para inspirarle ideas de independenciam, y el rey mandó un gobernador y guarnicion á San Lucar

de Barrameda, residencia ordinaria de los duques de Medina-Sidonia.

El ministro para persuadir al rey del sincero arrepentimiento de su pariente, propuso á este que mandase un cartel al duque de Braganza, retándole en desafio. Por de contado el duque de Medina se sorprendió al oír semejante propuesta: dijo al ministro que las leyes divinas y humanas prohibian el desafio; pero como vió que el conde-duque se empeñaba tenazmente en su idea, añadió que le repugnaba mucho llegar á tal extremo con su hermano político, á menos que el rey no obtuviese una bula del papa que le pusiese á cubierto de la excomunion mayor con que la iglesia castiga á los duelistas.

El ministro le respondió que en el negocio de que se trataba era muy inoportuno detenerse en escrúpulos tan pueriles: que debia pensar seriamente en merecer su gracia con una accion ruidosa, y que borrarse en el público la sospecha que pudiese haber infundido su inteligencia con los re-

beldes. » Añadió « que si no queria absolutamente batirse, bastaria que no denegase el cartel que él haria publicar en nombre suyo. » El duque conociendo claramente que todo lo que se exigia de él no seria al cabo mas que una comedia con que queria divertirse al pueblo, consintió en el cartel, que el conde-duque escribió él mismo. Distribuyéronse innumerables copias en España, en Portugal, y aun en casi todas las cortes de Europa. Vamos á transcribirlo como un documento singular, mas bien digno de un caballero andante que de un grande de España revestido de tantos títulos y dignidades.

CARTEL.

« Don Gaspar Alonso Pérez de Guzman, duque de Medina-Sidonia, marques-conde y Señor de San Lucar de Barrameda, capitán general del mar océano, costas de Andalucía y de los ejércitos de Portugal, gentilhombre de cámara de su magestad católica (que Dios guarde) et cétera.

« Declaro que como es notorio y nadie ignora la traicion de Juan, ex-duque de Braganza, es conveniente se sepa tambien la intencion detestable con que ha querido tachar de infidelidad la fidelísima casa de Guzman, que por tantos siglos ha permanecido y permanecerá siempre en la obediencia á su legítimo rey y señor, y lo acredita la muchísima sangre que han derramado sus progenitores por tan noble causa. Aquel tirano ha introducido en el espíritu de los príncipes extrangeros y en el de los Portugueses extraviados que siguen su partido, para acreditar su malicia, animar les á su favor y malquistarme, aunque en vano, en el espíritu de mi rey y señor (que Dios guarde) que yo soy de su partido; fundando y estableciendo su conservacion en el rumor que de ello hacia circular procurando infectar la muchedumbre, y prometiéndose que si podia conseguir este punto haciendo sospechosa mi fidelidad para el servicio del rey de España, no encontraria de mi parte una oposicion tan

señalada qual habia encontrado en todos sus designios : y para conseguir su obgeto , se ha valido de un fraile que el ayuntamiento de la villa de Ayamonte habia mandado á Castro-Marin en Portugal para obtener la libertad de un prisionero ; pero , dicho fraile habiendo sido conducido preso á Lisboa , se le indujo á que dijese que yo era de su partido y aun publicó á este efecto algunas cartas que lo confirmaban , y añadía que yo facilitaria libre entrada y favor á todos los ejércitos extrangeros que vendrian á las costas de Andalucía.

« Todo esto con la idea de facilitar el socorro que pedia á dichos príncipes extrangeros. ¡ Ojalá así hubiera sucedido ! Pues todo el mundo hubiera sido testigo de mi buen zelo y de la pérdida de sus navíos ; pues así lo hubieran experimentado si hubiesen hecho alguna empresa semejante , en virtud de las órdenes que yo habia dado.

« He manifestado ya bastantes motivos de disgusto , pero el mayor de todos es que su muger sea de mi sangre , la cual habiéndose

corrompido con esta rebeldía , deseo derramarla y me reconozco obligado á manifestar á mi rey y señor , con este acto , el resentimiento que siento de la satisfaccion que manifiesta tener de mi fidelidad , y darla igualmente al público para aclarar las dudas que hubiese podido concebir de las falsas impresiones que ha recibido.

« Y por tanto desafio y reto al dicho Juan , ex-duque de Braganza , como falsario á la fe debida á su Dios y á su rey , y lo llamo á un combate singular cuerpo á cuerpo , con padrino ó sin él , á su eleccion , bien así como la especie de armas. El sitio será cerca de Valencia de Alcántara , en el parage que sirve de límite á los dos reynos de Portugal y Castilla , en donde le esperaré ochenta dias , que empezaran á contarse desde el primero de octubre y acabarán el 19 de diciembre del presente año ; los veinte últimos dias permaneceré personalmente en la dicha plaza de Valencia , y el dia que me señale le esperaré en la frontera. Cuyo tiempo aunque largo

se lo doy al tirano á fin que lo sepa, bien asi como la mayor parte de los reynos de Europa, y lo vea todo el mundo; de lo que podra asegurarse por los caballeros que le enviaré hasta una legua dentro del Portugal, asi como lo aseguraré tambien á los que él envíe de su parte á una legua dentro de Castilla; y me prometo hacerle oír entonces mas en público la infamia de la accion que ha cometido. Que si falta á su obligacion de caballero no encontrándose al sitio emplazado, para exterminar este fantasma por los únicos medios que me quedarán en la materia, viendo que no habrá tenido valor para presentarse en este combate y presentarme yo qual soy y han sido siempre los míos para el servicio de sus reyes, asi como los suyos por lo contrario han sido traidores; ofrezco desde ahora so el permiso de su magestad católica (que Dios guarde) ceder al que le mate mi villa de San Lúcar de Barrameda, casa solariega de los duques de Medina-Sidonia; y pos-

trado á las plantas de su magestad; le pido no me dé en esta ocasion el mando de sus ejércitos por exigir una prudencia y moderacion que mi cólera no podia darme en esta ocurrencia; permitiéndome únicamente que le sirva en persona con mil caballos míos á fin que apoyándome solo en mi valor, no solo le sirva para la restauracion del reyno de Portugal y castigo de aquel rebelde, sino que en el caso que no comparezca á mi llamamiento, mi persona y la de mis tropas pueden traer al traidor vivo ó muerto á las plantas de su real magestad; y para mayor prueba de quanto es capaz mi buen zelo, ofrezco una de las mejores villas de mis estados al primer gobernador ó capitán portugués que habrá entregado alguna plaza de la corona de Portugal que se reconozca de alguna importancia para el servicio de su magestad católica; quedando siempre corto en quanto yo pueda hacer para el servicio de su magestad, pues que quanto tengo y poseo se lo debo á su magnificencia y á la de sus

gloriosos progenitores. Fecho en Toledo,
á 20 de Setiembre de 1641.

El duque de Medina, cumpliendo á lo que prometia en su cartel, no dejó de presentarse en el sitio señalado completamente armado, acompañado de Don Juan de Garray, maestro de campo general de las tropas españolas. Hicieron en él todos los llamamientos y citaciones acostumbradas sin que nadie se presentase por parte del rey de Portugal: este príncipe era demasiado prudente para representar un papel en esta comedia, y aun cuando el negocio hubiese sido mas serio, no hubiera sido decente á un soberano medirse con un vasallo de su enemigo.

Mientras que el ministro español entretenia al público con este pueril espectáculo, se ocupaba á hacer pesar toda la indignacion del príncipe y el rigor de las leyes sobre el marques de Ayamonte. Este señor habia sido preso y se trataba de hacerle confesar su crimen: se le lisongeaba con la espe-

ranza de su gracia diciéndole que en él dependia el experimentar, como el duque de Medina, la clemencia del mejor rey del mundo; pero que los soberanos, bien asi como Dios cuya imágen son en la tierra, no conceden el perdon de las faltas sino al arrepentimiento sincero y á una confesion ingenua de los que han faltado á su deber.

Seducido el marques con estas promesas, y sobre todo por el ejemplo del duque de Medina, su compañero, firmó cuanto quisieron, y se sirvieron de su propia confesion para substanciar su proceso; á consecuencia de cual fue condenado á muerte. Sus jueces le leyeron la sentencia por la noche, que escuchó con la mayor serenidad y sin quejarse del duque ni del ministro; luego cenó como tenia de costumbre, y pasó toda la noche en un profundo sueño. Por la mañana siguiente tuvieron que despertarles para ir al suplicio cuyo camino anduvo sin pronunciar una sola palabra, y murió con un valor y estoicidad dignos de mejor suerte. Tal fue el fin de una

conspiración que el rey de España solo evitó por una feliz casualidad.

Viendo el rey de Portugal este proyecto fallido, ya no se ocupó mas que de mantenerse en el trono á fuerza abierta y con el socorro de sus aliados. La Francia le asistió poderosamente, pues esta potencia se hacia un mérito de proteger la rama mas antigua de la última raza de sus reyes, á mas de que esta guerra extrangera causaba una diversion útil y ocupaba una gran parte de las fuerzas de España.

Los Portugueses obtuvieron varias ventajas contra los Españoles rechazándoles siempre de sus fronteras; y aun hubieran podido penetrar en Castilla si hubiesen tenido buenos generales y un cuerpo de tropa que pudiera penetrar en Castilla si hubiesen tenido su ejército se componia de milicias, mas útiles para hacer correrías, que para sostener una campaña, en medio de que muchas veces no habia dinero para pagar la tropa. Cuando el rey subió al trono, para ganar mejor el afecto del pueblo ha-

bia abolido los impuestos, y hubiera sido muy peligroso restablecerlos al principio de la nueva dominación: con todo, no dejó de sostener la guerra contra los Españoles cerca de diez y siete años, pero como en aquella época los generales españoles no eran mucho mas hábiles que los portugueses, una y otra nacion se conservaron mas bien por la debilidad del partido contrario que por sus propias fuerzas, y la escasez de dinero en que se halló Felipe IV á la fin de su reynado, equilibró la falta de riquezas del nuevo rey de Portugal. Este príncipe murió en seis de Noviembre del año de 1656.

Los Portugueses elogian su piedad y moderacion á falta de otras virtudes mas brillantes. Los historiadores imparciales le reprochan su poco valor y una extremada desconfianza de sí mismo y de los demas; de difícil acceso para los grandes, familiar y franco solo con sus antiguos criados y sobre todo con el compañero de su confesor. En lo general de su conducta

parece resultar que este príncipe, poco guerrero y enteramente dedicado á sus ejercicios de devocion, mas bien reunió las buenas calidades de un simple particular que las virtudes de un gran rey, y que solo debió su corona á la extremada animosidad de los Portugueses contra los Españoles, y á la habilidad que tuvo la Reyna su muger á hacer servir aquel mismo odio para la elevacion de su casa. El rey su marido en su testamento la nombró regenta del reyno, bien persuadido que una muger que con su valor le habia facilitado el camino del trono, sabria muy bien mantenerse en él durante la menor edad de sus hijos. Tenia tres, dos de los cuales eran varones y una hembra: el primogénito llamado Don Alfonso, apenas tenia trece años cuando le sucedió; jóven de un humor sombrío é imposibilitado de medio cuerpo. Su hermano, el infante Don Pedro, solo tenia ocho años, la infanta Doña Catalina, que era la mayor, habia nacido antes de la revolucion. Presentaron al pueblo al

infante Don Alonso, declarándole rey en las formas ordinarias, y el mismo dia tomó la Reyna la regencia del estado.

Bien hubiera deseado esta princesa señalar el principio de su gobierno con alguna accion ruidosa; pero sus generales eran mas bien soldados que capitanes, pues no habia ninguno en Portugal que fuese capaz de fortificar una plaza ó dirigir un sitio. El consejo no se componia de ministros muy hábiles; los unos eran mas capaces de hacer bellisimos discursos sobre las urgencias del estado, que de discurrirlos medios de remediarlas; otros, sin parar atencion en las pocas fuerzas que habia en el reyno, formaban proyectos muy vastos, y las mas de las veces no salian de aquel supremo consejo sino ideas mal combinadas cuya inmediata consecuencia era un éxito fatal.

De ahí dimanaron las pérdidas considerables que sufrieron los Portugueses delante de Olivenza, y Badajoz viéndose precisados á abandonar el sitio de aquellas

plazas; además no corrían muy bien con los Holandeses á causa del comercio de las Indias, y la Francia abandonó luego despues sus intereses á consecuencia de la paz de los Pirineos; de suerte que se vió la Reyna sin alianza extranjería, sin tropas disciplinadas y sin buenos generales, pero no puede menos de confesarse que todo lo suplió por su valor extraordinario. No la arredró el grave peso de los negocios, pues su vasto talento todo lo abrazaba; y puede decirse que fue necesaria una regencia tan agitada, para hacer resaltar las grandes calidades de aquella princesa. Reasumió en su persona toda la autoridad de los consejos; ella misma leía los pliegos; nada se escapaba á su vigilancia y prevision, y extendió sus miras á todas las cortes de Europa en donde creyó hallar algun auxilio.

Solo con un cuidado tan noble y esmerado, pudo conseguir poner el reyno de Portugal en estado de resistir todas las fuerzas de España; pero como conoció muy bien la mucha necesidad que tenía

de tropas extrangeras para formar las suyas, y sobre todo de un buen general, echó los ojos en Federico, conde de Schomberg, capitán ya célebre por su valor y capacidad. Bien hubiera querido esta princesa confiarle el mando general de todos sus ejércitos, pero se veía precisada á contemporizar el orgullo de los *governadores de armas* que no habrían consentido fácilmente á recibir órdenes de un gefe extranjero: así pues el conde de Soure, su embajador en Francia, convino de orden suya con el conde de Schomberg que desde luego solo pasaria á Portugal en calidad de maestro de campo general del ejército, pero que él solo lo mandaria si el *governador de las armas* muriese ó hiciese dejacion de su empleo.

Púsose el conde en camino para Lisboa con ochenta oficiales entre capitanes y subalternos y mas de cuatrocientos hombres de caballería, todos soldados viejos capaces de formar otros nuevos y mandalles. El conde pasó por Inglaterra en

donde vió al rey Carlos II, recientemente restablecido en sus estados : tenia órdenes secretas de la regenta de Portugal para tantar si este príncipe protestante tendria ó no aversion á casarse con la infanta de Portugal, y el conde cumplió con tanta maña y buen éxito su comision, que hizo desear esta alianza al rey y á Hyde, gran canceller de Inglaterra. Asegurada la Reyna de esta favorable disposicion, mandó al marques de Sande á Londres para continuar la negociacion, pero el rey de España previendo las consecuencias, nada omitió para impedirlo: hizo ofrecer á Carlos hasta tres millones si queria casarse con una princesa protestantá, y su embajador le propuso las de Dinamarca, Sajonia y Orange, añadiéndole que el rey su amo casaria como si fuese hija suya la princesa que eligiese; pero el gran canceller de Inglaterra representó tan enérgicamente al rey el interes que tenia de mantener la casa de Braganza en el trono, y á no sufrir que toda la península estuviese bajo la domi-

nacion de un solo príncipe, que al fin determinó á Carlos II á casarse con la infanta; y se vió á un ministro protestante hacer casar á su rey con una princesa católica, al paso que un príncipe de esta religion que por preferencia tomaba el título de rey católico, ofrecia tesoros para obligarle á que se casase con una princesa protestanta: ¡tan cierto es que la razon de estado es la primera religion de los soberanos, que no consultan mas que sus propios interese!

En favor de esta alianza el rey de Inglaterra proporcionó un tratado para el comercio entre los Estados Generales y Portugal: luego hizo pasar á este reyno un cuerpo considerable de tropas bajo las órdenes del conde de Inchequin; pero habiéndole llamado poco tiempo despues mandó á los Ingleses que obedeciesen al conde de Schomberg, de suerte que este general á poco tiempo de haber llegado á Portugal, estuvo mandando las tropas de tres soberanos, pues aunque los Portugue-

ses tenían su general, no era mas que un título efímero con que se lisongeaba la ambición de algun grande, y en la realidad el conde poseia la confianza de la reyna y toda la autoridad. Sirvióse de ella para establecer una exacta disciplina en el ejército; enseñó á los Portugueses el órden que debian guardar en sus marchas, el arte de acamparse ventajosamente, y en seguida hizo levantar fortificaciones regulares en la mayor parte de las plazas fronteras de aquel reyno, que antes de su llegada estaban todas indefensas.

Teniendo la regenta un general tan hábil, llevó la guerra con vigor; sus ejércitos fueron victoriosos casi en todos los puntos: nunca las tropas habian estado tan bien disciplinadas, de suerte que el pueblo bendecia su gobierno, y el temor y el respecto retenia á los grandes en una perfecta sumision. Las desazones domésticas y algunas intrigas que cambiaron todo el semblante de la corte, alteraron un estado tan feliz.

Mientras que la regenta trabajaba con tan buen éxito en asegurar la corona para su hijo, este príncipe se hacia indigno de ella por la irregularidad de su conducta. Tenia un corazon bajo y un carácter adusto y sombrío: érale insoportable la autoridad de la reyna su madre; desechaba con desprecio los consejos de sus ministros; no podia resistir la compañía de los señores que se habian nombrado para que estuviesen junto á su persona; su mayor placer consistia á entretenerse con negros y mulatos, ó con jóvenes de la clase mas soez del pueblo, hasta el punto de haberse formado una especie de corte de ellos, á pesar de todas las amonestaciones y desvelos de su ayo. Llamábales sus valientes; eran su guardia ordinaria, y correteaba con ellos de noche las calles de Lisboa, insultando brutalmente á cuantos tenían la desgracia de encontrarse al paso.

El desarreglo de su espíritu procedia de un ataque de parálisis que habia tenido á la edad de cuatro años, que le habia dejado

impresiones muy desagradables. Por de pronto se le habian disimulado sus faltas para no añadir á una infancia enfermiza una educacion demasiado severa, esperando que el tiempo al paso que fortificaria el cuerpo, dulcificaria su espíritu; pero esta complacencia muy lejos de producir el resultado que se apetecia, no hizo mas que aumentar su indocilidad. En efecto su salud mejoró con el tiempo y los remedios: los ejercicios mas violentos no le incomodaban; tiraba el florete y manejaba bastante bien un caballo, pero su carácter siempre fue feroz: tenia mas cólera que juicio, y la edad habiendo acarreado naturalmente las pasiones, llegó al extremo de introducir mugeres prostitutas en palacio, y muchas veces él mismo iba á buscarlas en los lupanares, pasando las mas de las noches en estos placeres libres y vergonzosos.

Su madre agoviada de dolor, conoció bien que una conducta tan escandalosa con el tiempo precipitaria al príncipe del

trono, y á mas que este destruiria por su incapacidad cuanto se habia cimentado en tantos años, y que tantos desvelos y afanes le habia costado: por lo mismo varias veces pensó en hacerle encerrar, y poner á su lugar al infante su hermano. Pero el temor de excitar una guerra civil, de que los Españoles no hubieran dejado de sacar partido, fue la única causa que le impidió ejecutar una accion tan valiente: con todo se lisongé de poder enmendar el espíritu del rey, apartando de su lado á un tal Conti, hijo de un comerciante, que lo habia tomado por su favorito y ministro secreto de sus placeres. Fue preso de orden de la reyna, embarcado inmediatamente y conducido al Brasil con prohibicion absoluta de volver á Portugal bajo pena de la vida. Por de contado pareció que el rey habia sentido mucho la ausencia de su favorito, pero luego afectó un aire mas tranquilo y aun pareció dócil. La regenta celebraba el partido que habia tomado, y sus ministros y cortesanos la da-

ban el parabien de una empresa que había tenido tan feliz resultado.

Pero la tranquilidad aparente del rey ocultaba designios profundos de que su madre no le creía capaz; y esta princesa tan hábil para penetrar el corazón de los cortesanos mas astutos, se vió burlada por el disimulo de un tonto.

El rey había confiado su pesadumbre al conde de Castel-Melhor, caballero portu- gues de ilustre nacimiento, hábil corte- sano y muy ambicioso, pero mas capaz de dirigir una intriga de corte que los ne- gocios del estado. El conde se sirvió de esta confianza para tomar el lugar del favo- rito, aparentando compadecerse de su des- gracia y querer contribuir á su regreso: dijo al príncipe que no debía quejarse sino de sí mismo de la desgracia de Conti, pues habiendo ya mucho tiempo que había lle- gado á su mayor edad era rey de derecho, y por lo mismo en cuanto manifestase que queria reynar, se desvanecería inmediata- mente el poder de la regenta; que luego

despues llamaria de nuevo á Conti su fa- vorito triunfante de la reyna misma y de todos sus enemigos.

Lisongeadó el rey por unos consejos tan acordes con sus deseos, le entregó toda su confianza, pero no obstante mantenian esta union oculta siendo un secreto para el público. El conde había exigido esta pre- caucion del rey para no dar sospechas á la regenta; pero esta princesa no dejó de notar su nuevo favor, pues habiéndole un dia encontrado detras del rey, le detuvo con el brazo, y mirándole con aquel semblante magestuoso que hacia temblar á todo el mundo, le dijo: *Conde, estoy muy instruida de que el rey tiene mucha confianza en vm.: si hace alguna cosa contra mi voluntad, vm. me responderá de ello con su cabeza.*

El conde solo respondió á las palabras amenazadoras de la reyna con una pro- funda reverencia, y siguió al rey que le llamaba. Apenas se vió solo con él le dió cuenta de cuanto la reyna acababa de de- cirle, y añadió que estaba á la víspera de

experimentar la misma suerte que Conti, pero que su desgracia le serviria de consuelo si veia á su soberano libre de una regencia tan imperiosa que solo le dejaba el vano título de rey, sin poderni autoridad.

Estas palabras artificiosas exaltaron extraordinariamente la cólera del rey. Querria desde luego presentarse él mismo á la regenta y pedirla los sellos del estado que son los atributos de la autoridad soberana: pero conociendo el conde su debilidad y el imperio que la reyna ejercia en su espíritu, le aconsejó que se retirase á Alcántara sin verla, desde donde podia despachar correos á los magistrados de Lisboa y á los gobernadores de las provincias para hacerles saber que habia tomado sobre sí el gobierno de sus estados. Siguiendo el príncipe este consejo salió al anochecer disfrazado y seguido solamente del conde y de sus amigos y llegó la misma noche á Alcántara. La mañana siguiente escribió á los secretarios de estado para que se presentasen cerca de su persona; mandó lla-

mar tambien la guardia alemana, y al mismo tiempo hizo saber en todo el reyno que siendo ya mayor de edad, habia cesado la regencia de la reyna su madre.

La mayor parte de los cortesanos se presentaron inmediatamente á Alcántara. La corte de la reyna quedó desierta y muy luego se convenció de que una autoridad agena no subsiste sino en cuanto está sostenida por el poder legitimo.

Sin embargo el valor no abandonó á esta gran princesa, y la manera noble y generosa con que se desprendió del poder soberano patentizó que merecia reynar mucho mas tiempo, como y tambien que solo habia prolongado su regencia para el bien del estado. Escribió un billete á su hijo, diciéndole que no debia apoderarse de su propio trono de una manera furtiva y como un usurpador, que volviese á palacio y que por la mañana siguiente, en una asamblea de los grandes y de los principales magistrados de la ciudad, le haria entrega de los sellos y del gobierno

de sus estados. El rey volvió á Lisboa; y su madre cumpliendo su palabra convocó los grandes, títulos y superiores de las órdenes, y en presencia de todos tomando una bolsa que guardaba los sellos del reino le dijo: *Aquí teneis los sellos que se me confiaron con la regencia de vuestros estados en virtud del testamento del difunto rey vuestro padre y mi señor: póngolos en manos de vuestra magestad con la autoridad que les acompaña y ruego á Dios que durante vuestro reynado todo salga tan felizmente como yo lo deseo.* Tomó el rey los sellos y los entregó al secretario de estado; é inmediatamente el infante y todos los grandes le besaron la mano y le reconocieron por su nuevo soberano.

La reyna madre habia declarado que al cabo de seis meses se retiraria á un convento, habiendo tomado ese término para ver que rumbo tomaria el gobierno. El favorito que temia su gran talento y el poder tan natural de una madre en el espíritu de su hijo, indujo á este á que cometiese

con ella varias acciones impolíticas para obligarla á precipitar su retiro. La reyna que naturalmente era noble y altiva, no pudiendo sufrir esta falta de respecto, se metió en un convento: desengañada entónces de las vanas grandezas de la tierra, se ocupó exclusivamente de las que los hombres no pueden quitar: apenas vivió un año en su retiro, y murió en 18 de febrero del año 1660. Princesa de un genio superior que reunió las virtudes de ambos sexos, hizo brillar en el trono todas las grandes y bellas calidades de una soberana; y en su retiro hasta llegó á olvidar que nunca hubiese reynado.

El rey, no contenido ya por la autoridad de aquella sabia princesa, se abandonó enteramente á su carácter feroz: insultaba de noche con sus satélites, y aun muchas veces atacó á las patrullas y á los zeladores de la tranquilidad pública. Nunca salia de noche, que por la mañana siguiente no se publicasen escenas trágicas: temíase su encuentro como el de un animal

feroz escapado de su encierro. El conde de Castel-Melhor disimulaba estos desórdenes que formaban el principal fundamento de su autoridad, pues era tan buen cortesano como mal ministro, es decir orgulloso cuando le soplabla la fortuna, y abatido y humilde en la adversidad: en fin Portugal no se sostenia sino por la debilidad de España.

El rey Don Alfonso, cuyo poder no se extendia mas allá de los límites de su palacio, abandonaba el gobierno de todo el reyno á su favorito, conservando del supremo poder solamente la libertad de cometer impunemente todas las extravagancias que se le antojaban.

Viendo los Españoles el reyno de Portugal gobernado por un príncipe furioso y tonto, se lisongearon poderlo reducir con mucha facilidad: levantaron un ejército considerable y encargaron su direccion y mando á Don Juan de Austria, hijo natural de Felipe IV. El rey de Portugal le opuso el conde de Schombreg, bien que

el conde de Villa-Hor tuviese el título de general, y solo á este nombramiento debió la conservacion de su corona, pues aquel gran capitán tuvo varias victorias contra los Castellanos, y puede decirse que tuvo menos dificultad en vencer á los enemigos que la terquedad del general portugues, pues zeloso de su gloria entorpecia todos los planes que podian aumentarla: pero el general frances poseia la confianza de la corte y sobre todo la de las tropas, que seguian con placer á un comandante que la victoria nunca le abandonaba.

El ministro se atribuia toda la gloria de estas hazañas, aunque á la verdad no tenia mas parte en ella que la de ser el primero que recibia las noticias. Todos los dias aumentaba su valimiento, y el solo disfrutaba de toda la autoridad soberana bajo el nombre del rey: gobernaba á este príncipe como á una máquina cuyos resortes hacia mover á su antojo segun lo exigian sus intereses particulares: serviase de su

carácter violento para perder con acusaciones falsas á cuantos le eran sospechosos; y de esta manera se fue deshaciendo de la mayor parte de los ministros de la regenta, y nombró en su lugar á hombres que le eran enteramente adictos. El consejo y toda la corte cambiaron enteramente de faz, sin que nadie pudiese conservar un empleo, sino en cuanto era útil ó agradable al ministro : hasta tuvo el arte de hacer desterrar nuevamente á Conti, aquel primer favorito del príncipe, que recientemente este habia mandado volver del Brasil. Conti era un rival muy temible por la inclinacion que el rey le conservaba; y por lo mismo en cuanto el ministro supo su desembarco, le mandó una orden prohibiéndole presentarse á la corte, por el mismo correo que el rey habia despachado para manifestarle cuanto celebraba su llegada. Este infeliz soberano, esclavo de su ministro, no se atrevia á verle sino en secreto; y el conde para romper enteramente un comercio que hubiera podido

arruinar su fortuna, hizo acusar á Conti de complicidad en una conspiracion contra el rey, de la cual no tenia pruebas ni testigos y que, á pesar de no presentar ni tan siquiera la menor sombra de verosimilitud, le sirvió de pretexto para perder á su rival.

Desembarazado el ministro de Conti, dirigió sus miras hácia el infante Don Pedro, hermano del rey. Este jóven á medida que iba creciendo, sus inclinaciones parecian nobles, y se atraia la estimacion y voluntad de todos los Portugueses por la regularidad de su conducta y por la comparacion que de ella hacian con la del rey su hermano. El conde puso á un hermano suyo en casa del infante con la mira de que podria apoderarse con premura de su confianza, y por este medio podria gobernar á un tiempo á los dos hermanos. En efecto el jóven príncipe recibió muy bien al hermano del favorito y aun le trató con distincion, pero nunca le dió la menor parte en su confianza, pues el lugar

estaba ya ocupado : la regenta que siempre habia considerado al infante como el único apoyo de la casa real, ya desde su niñez habia puesto á su lado las mejores cabezas del reyno. Sus ayos, directores prudentes y amigos fieles, hicieron entender al infante que no era una cosa imposible que subiese al trono si el rey continuaba en sus desarreglos, y le hizieron entrever que no era una cosa cierta que su hermano pudiese tener sucesion ; pero al mismo tiempo le infundieron desconfianza en el favor y las astucias del conde, tan interesado por su propia grandeza á prolongar cuanto pudiese el reynado de Alfonso. Estas diferentes opiniones insensiblemente fueron creando dos partidos en la corte : el del conde que era el mas numeroso tenia á su favor á los que se apegaban indiferentemente á la fuente de las gracias ; pero los antiguos ministros que preveian que un gobierno tan violento no podia ser duradero, y los primeros grandes del reyno que no podian resolverse á doblar la cerviz á

la autoridad del favorito, frecuentaban la corte del infante como heredero presunto de la corona.

Observando el conde que el partido de la oposicion se sostenia por los rumores que sus enemigos extendian de la impotencia del rey, resolvió cortarlos de raiz casando su soberano. A este efecto, á sus instancias pidió el rey á la Francia á Maria Elisabet Francisca de Saboya, hija de Carlos Amadeo duque de Nemours y de Elisabet de Vendoma, que se le concedió. César de Estrees, su tio segundo, obispo y duque de Laon, y tan conocido en toda Europa con el ilustre nombre de el cardenal de Estrees, la condujo á Portugal acompañado del marques de Rubigni, embajador extraordinario de Francia, y de un crecido número de caballeros y personas de distincion, amigos y dependientes de la casa de Saboya, ó allegados por varios títulos con las de Vendoma y Estrees.

La ceremonia de este casamiento se hizo con la magnificencia acostumbrada en

semejantes funciones : toda la corte admiró la rara hermosura de la nueva reyna , el infante pareció encantado , y solo el rey se manifestaba insensible á sus bellas prendas : y no se tardó mucho tiempo á sospecharse que la calidad de reyna y muger del rey , no era mas que un título ilusorio con que se procuraba encubrir la debilidad del soberano.

El ministro se habia lisongeado poder gobernar aquella princesa con el mismo imperio que habia adquirido con el rey su marido : por de contado la trató con mucho respeto , pero no tardó en apercebirse que esta princesa tenia un espíritu muy elevado para sujetarse á depender de un vasallo. El ministro para vengarse no dejaba escapar ninguna ocasion de hacerle sentir su poder : ocultábale cuidadosamente los negocios del estado , y hacia de manera que los de los particulares en que ella tomaba algun interes nunca dejaba de salir fallidos , de suerte que la recomendacion de la reyna era un título de

exclusion para el ministro. Luego se dejaron de pagar sus pensiones y las de su casa , so pretexto que los empeños del estado y las urgencias de la guerra consumian todos los fondos del erario ; y el rey que su favorito tenia en una especie de sujecion , dejándole su entera libertad contra los que no eran de su beneplacito , hizo descortésias tan violentas al infante y á la reyna , que varias veces se la vió salir del aposento del rey anegada en llanto.

Su hermosura , sus desgracias , las quejas continuas de las damas de palacio y de sus oficiales que estaban sin paga , la grangearon un vivo interes de cuantos no eran esclavos del favor , de suerte que se formó un tercer partido en la corte.

No se hablaba mas que de la esterilidad de la reyna á pesar de que aun no habia un año que estaba casada.

Con mucho esmero se aumentaron las sospechas del público con respeto á una puerta que el rey habia mandado abrir junto á la cama de la reyna , de la cual él

solo tenia la llave (1). La reyna se manifestó poco tranquila de una novedad que exponia su virtud y su gloria : sus partidarios decian publicamente que el ministro queria que el rey tuviese hijos de cualquier manera que fuese, y que se lisongeaba á favor de esta puerta misteriosa cubrir la vergüenza del principe á expensas del honor de la reyna.

Esta princesa descubrió sus escrúpulos de conciencia á su confesor, quien de su orden lo comunicó confidencialmente al confesor del infante. Estos dos religiosos les propusieron el obrar de comun acuerdo en un asunto tan delicado, en el cual tenian ambos un interes tan grande, aunque opuesto en apariencia : sus partidarios convinieron que no era imposible conciliarlos, y á este efecto se renovaron los primeros proyectos de la regenta. Reuniéronse estos dos partidos, de suerte que en lo sucesivo no formaron mas que uno, y aun la reyna tuvo la habilidad de hacer

(1) *Memorias* de Frémont de Ablancourt.

entrar en él al conde de Schomberg que estaba al frente del ejército, y el infante que ya no ponía límites á sus deseos ni á sus esperanzas; se aseguró al mismo tiempo de los primeros magistrados de la ciudad y de cuantos sugetos tenian alguna preponderancia en la masa del pueblo.

El rey por sí mismo no era mas que un vano fantasma del trono nada difícil de derribar; pero se hallaba sostenido por un ministro astuto y ambicioso que sabia hacer valer el nombre respetable de soberano. Tratábase ante todas cosas de arrancar de palacio á un hombre tan hábil que prolongaria cuanto le fuese dable el tener en su mano las riendas del estado: ganaron secretamente á un amigo suyo el cual le dió aviso de que el infante le atribuía todos los desaires que recibia del rey; que este principe habia jurado perderle, y que no estaria en seguridad si se obstinaba en permanecer en la corte.

El ministro naturalmente tímido; publicó el aviso que le habian dado, le tomó

por pretexto para doblar las guardias y hacer tomar las armas á todos los oficiales de palacio, y ademas queria que el rey fuese en persona á su frente á prender al infante en su aposento: pero el rey, furioso de noche, y contra los que no se defendian, desechó un proyecto en el cual preveia resistencia, y se contentó con escribir al infante invitándole á que se presentase á su presencia. Este príncipe se excusó so pretexto de rumores que ultrajaban su honor, que, decia, habia publicado el conde contra él; y al mismo tiempo representó al rey que el ministro siendo dueño absoluto de palacio, no podia entrar en él sin que el despota hubiese salido. El rey y el infante se escribieron varias cartas sobre el mismo asunto que se hicieron públicas; y por ultimo el rey ofreció mandar el conde para pedirle perdon; pero el infante que tenia otras miras mas elevadas que vengarse de un discurso del cual él mismo habia sido el autor secreto, insistió en que el ministro debia salir de palacio. La

corte y la ciudad estaban en unac continua agitacion y todo se preparaba para una guerra civil: el ministro notó con dolor de su corazon que el conde de Schomberg no le era favorable: la mayor parte de los grandes se declararon altamente á favor del infante Don Pedro; y sus amigos y hasta sus mismos parientes le hicieron entender que no querian perderse con él y que no se hallaban en estado de resistir al partido del infante sostenido por el de la reyna. Viéndose el conde abandonado de todos sus partidarios y hechuras, se abandonó á sí mismo y salió de noche de palacio disfrazado. Por el momento se retiró á un monasterio á siete leguas de Lisboa desde donde pasó á Italia y se refugió en la corte de Turin.

El infante se presentó luego á palacio so pretexto de presentar sus respetos al rey: todo se humilló ante su autoridad, y echó cuantas hechuras quedaban del ministro. El rey privado de consejero estaba por decirlo asi, á su discrecion: sin em-

bargo el infante no se atrevia á tocar á la corona por no exponerse á pasar por un usurpador : era necesario que una autoridad legitima le confriese la soberanía , y no habia ninguna que pudiese al menos servir de pretexto á una accion tan atrevida, excepto la junta general de los estados del reyno.

Solo el rey podia convocarla : varias veces se le hizo la propuesta bajo el pretexto ordinario de las urgencias del estado, representándole que solo podia remediar á ellas con el concurso de sus mas fieles vasallos. Este príncipe, aunque ignorante, no era tan estúpido que no sospechase que semejante reunion era una conspiracion contra su autoridad. Prevenido con esta opinion, eludió mucho tiempo responder á varias súplicas que el infante le hizo presentar por diferentes cuerpos del estado : pero al cabo el consejo extendió una deliberacion que hicieron firmar á aquel desgraciado príncipe, el cual en este paso considerado firmó él mismo su pérdida y

su abdicacion. Con este acto quedó convocada la asamblea para el 1 de enero de 1668.

Habiendo conseguido el infante esta empresa que consideraba como el fundamento de su elevacion (1), de acuerdo la reyna con él se presentó á su vez en la escena : desde luego se retiró á un convento. No bien hubo entrado que escribió al rey diciéndole que los remordimientos de su conciencia la habian obligado á ausentarse de palacio, que nadie sabia mejor que él que no era su muger ; y que por toda gracia le pedia su dote y el permiso de volver á su patria para buscar un asilo en el seno de su familia.

En cuanto el rey recibió esta carta, corrió como un furioso al convento para sacar la reyna ; pero el infante, ya mas soberano que él en su capital, y que habia previsto este lance, se encontró á la puerta del convento acompañado de todos sus partidarios : por de contado impidió que

(1) *Memorias de Frémont d'Ablancourt.*

se abriesen las puertas y condujo á palacio á su hermano, el cual se quejaba altamente de la falseda de la carta, citando por testigos de su estado de salud á sus cortejas, y amenazando al infante y á la reyna.

Poco conmovido el infante de semejantes amenazas, ilusorias por falta de consejo y fuerza, resolvió dar el último golpe á su autoridad; y á este efecto se presentó el día siguiente á palacio (1) acompañado de toda la nobleza, de los magistrados y del ayuntamiento, con un numerosísimo séquito de la masa del pueblo que deseaban ver el desenlaze de un negocio tan complicado. Entró en palacio en donde todos los consejeros de estado ya le estaban esperando, y despues de haber tenido una breve conferencia con ellos mandó arrestar al rey en su mismo aposento.

Luego le hicieron firmar su abdicacion; pero el infante no se atrevió á tomar el título de rey, contentándose con el de re-

(1) 23 de noviembre de 1667.

gente, que le confirmaron los estados generales del reyno, y en esta calidad le prestaron juramento de fidelidad. Las primeras miras de este príncipe se dirigieron á procurar hacer la paz con España, valiéndose para ello de la mediacion del rey de Inglaterra, y el de España reconoció por un tratado solemne (1) á la corona de Portugal independiente de la de Castilla.

Para la completa felicidad del regente le faltaba la posesion de su cuñada. Esta princesa cuando entró al convento presentó una instancia al cabildo de la catedral de Lisboa durante la vacancia de la mitra, pidiendo la disolucion de un matrimonio que no habia podido consumarse en cerca de quince meses de cohabitacion. El cabildo declaró nulo el matrimonio (2), *sin mas contestacion que la del promotor fiscal, por negacion y defecto de parte, co-*

(1) 13 de febrero de 1668.

(2) 24 de marzo de 1668.

mo dice la sentencia (1) *teniéndose el impedimento por moralmente asegurado, sin necesidad de otras pruebas ni mayor dilacion.* Y con estas formalidades que la mayor parte de los jueces siempre saben arreglar á satisfaccion de los que gobiernan, se vió el regente en el caso de poderse casar con la reyna. Sin embargo le aconsejaron que para cumplir con la *honestidad pública* pidiese una dispensa á la santa sede. Felizmente por un concurso de casualidades que parecen premeditadas, en aquella misma época llegó de Francia M. Verjus, portador de la dispensa: habíase obtenido un breve apostólico del cardenal de Vendoma legado *á latere* que momentáneamente se le habia concedido esta dignidad para asistir en nombre del papa á la ceremonia del bautismo del príncipe. El obispo de Targa, coadjutor del arzobispo de Lisboa, dió la bendicion nupcial al regente y la reyna, en virtud de este breve que confirmó

(1) Relacion de los disturbios acaecidos en la corte de Portugal. *Paris*, Clousier.

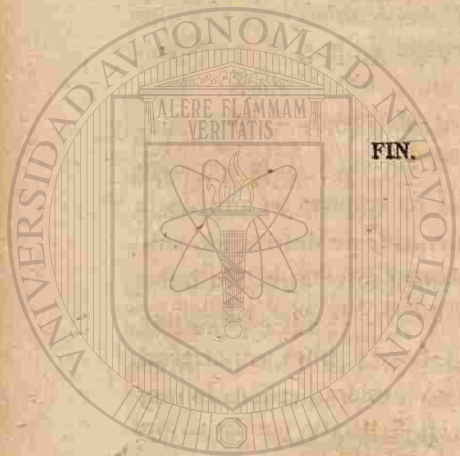
el papa Clemente IX por otro que se juzgó oportuno solicitar para la seguridad de su conciencia y la tranquilidad del reyno.

Al rey Don Alfonso (1) se le relegó á las Islas Terceras que estan bajo la dominacion del Portugal. El pueblo, que siempre se interesa á los infelices, decia altamente, que debian contentarse con haberle quitado la corona y la muger, sin privarle todavía de respirar el aire de la patria: pero un príncipe destronado encuentra muy pocos protectores. No hubo ni siquiera un solo grande que se atreviese á hablar en su favor, pues concieron que el regente no hubiera perdonado una compasion que injuriaba á su gobierno. Don Alfonso permaneció en su destierro hasta 1675 que el regente le mandó volver á Portugal, habiendo sospechado que se habia formado un partido para sacarle de las Islas Terceras y restablecerle en el trono. Murió cerca de Lisboa en 1683,

(1) 10 de diciembre de 1668.

(220)

con cuya muerte tomó el regente el título de rey, que le faltaba, y que era el único bien de que no habia despojado á su infeliz hermano.



TABLA

DE MATERIAS.

—

A.

ABDALLA, rey de Marruecos. P. 16.

ACUÑA, arzobispo de Lisboa. Carácter de este prelado. 48-49. — Su discurso á la nobleza confederada, para excitarla á levantarse, y sacudir el yugo de la dominacion española, 50 y sig. — Los amigos del duque de Braganza le encargan el cuidado del gobierno, despues de la revolucion, 115. — Dispone todos los preparativos en Lisboa, para que el nuevo soberano haga su entrada con magnificencia. 117. — Manda que la vireyna desocupe el palacio. *Ibid.*

AYAMONTE, caballero castellano de quien se vale el rey de Portugal para promover una revolucion en Andalucía. 132. — Manda un pliego á este soberano que incluia el plan de una conspiracion que los Españoles habian formado contra la casa de Braganza. 144. — Carácter de este caballero. 156. — Escribe secretamente al duque de Medina-Sidonia, para inducirle á sublevarse. *Ibid.* — El

(220)

con cuya muerte tomó el regente el título de rey, que le faltaba, y que era el único bien de que no habia despojado á su infeliz hermano.



TABLA

DE MATERIAS.

A.

ABDALLA, rey de Marruecos. P. 16.

ACUÑA, arzobispo de Lisboa. Carácter de este prelado. 48-49. — Su discurso á la nobleza confederada, para excitarla á levantarse, y sacudir el yugo de la dominacion española, 50 y sig. — Los amigos del duque de Braganza le encargan el cuidado del gobierno, despues de la revolucion, 115. — Dispone todos los preparativos en Lisboa, para que el nuevo soberano haga su entrada con magnificencia. 117. — Manda que la vireyna desocupe el palacio. *Ibid.*

AYAMONTE, caballero castellano de quien se vale el rey de Portugal para promover una revolucion en Andalucía. 132. — Manda un pliego á este soberano que incluia el plan de una conspiracion que los Españoles habian formado contra la casa de Braganza. 144. — Carácter de este caballero. 156. — Escribe secretamente al duque de Medina-Sidonia, para inducirle á sublevarse. *Ibid.* — El

conde-duque le manda prender. 173. — Este ministro se vale de un ardid para hacerle confesar su crimen. 183. — Sube al suplicio con una firmeza digna de los mayores héroes. *Ibid.*

ALANOS, Suavos y Vándalos, que dependian del imperio de los Godos, pueblos bárbaros y feroces, se apoderaron de las Españas. 8.

ALARBES, milicia entre los Moros, mas útil para robar que para pelear. 19.

ALBA (el duque de), grand capitan, general de Felipe II, rey de España, se apodera de Portugal. 29.

ALMADA, palacio cerca de Lisboa. 56.

ALMEIDA, uno de los gefes de la revolucion, su carácter. 49. — Habla en nombre de los tres conjurados que iban para conferenciar con el duque de Braganza, y hacerle una enumeracion de las desgracias que la España accarreaba á Portugal. 59. — Ataque de la guardia alemana con el mayor denuedo. 99.

ALMANZOR, califa de los Arabes, se apodera de las Españas, por medio de sus lugartenientes. 9.

ALFONSO IV, rey de Castilla y de Leon, cede una parte de Portugal, y da la mano de su hija á Henrique, conde de Borgoña, para recompensarle de haber destrozado y arrojado á los Moros de su reyno. 10.

ALFONSO de Borgoña, hijo del conde Henrique I,

rey de Portugal, sucede á su padre en la corona y en el valor. 10.

ALFONSO IV, rey de Portugal, á la edad de trece años, sucede al rey don Jaime, su padre. 186. — Carácter de este principe. 193. — Sus desórdenes. *Ibid.* — Su retirada á Alcántara. 198. — Toma el gobierno de sus estados, y por el pernicioso consejo de su ministro se casa con Maria-Elisabet-Francisca de Saboya. 207. — Le prenden en su mismo palacio. 216. — Firma su abdicacion. *Ibid.* — Se le destierra á las Islas Terceras. 219. — Vuelve á Portugal, y muere cerca de Lisboa. *Ibid.*

ANTONIO y Luis de Almada hacen un gran papel en la revolucion, y son enemigos acérrimos de la España. 50.

ANTONIO de Portugal, caballero de Malta, gran prior de Crato, y pretendiente de la corona. 25. — El pueblo le proclama rey. 28. — El duque de Alba le destroza. 29.

ASTURIAS, provincia en la cual se refugiaron los Españoles que no quisieron someterse á la dominacion árabe. 9.

AVEIRO (el duque de) rechaza la caballería árabe en la batalla de Alcazar. 23.

B.

BAEZA, rico mercader judío, entra en la conspiracion que los enemigos de la casa de Bra-

ganza habian tramado contra el rey de Portugal. 143. — Se le aplica al tormento, confiesa su crimen, y descubre toda la conjuracion. 151.

BRAGANZA (don Jaime, duque de) aspira á la corona de Portugal, despues de la muerte del rey Henrique. 25. — No se pone en el caso de sostener sus derechos contra el rey de España por medio de las armas. 28.

BRAGANZA (don Juan, duque de), segundo en el nombre, nieto de don Jaime; su carácter. 33. — El rey de España, á instancias de su zeloso ministro, le ofrece el ducado de Milan para sacarle de Portugal. 38. — Le nombra por comision particular general de las tropas de Portugal, para ocultar mas artificiosamente sus intentos. 40. — Vuelve el duque á Lisboa, y todo el pueblo se alborota á su llegada. 56. — Su respuesta á los diputados de la nobleza confederada. 62. — Todas las clases del estado le proclaman rey. 120. — Intenta revolucionar la Andalucía. 132. — Su muerte y su carácter. 185.

BRAGANZA (Luisa de Guzman duquesa de), Carácter de esta princesa. 62. — Respuesta que dió á su marido sobre la corona de Portugal. 67. — Responde magestuosamente al arzobispo de Lisboa. 155. — Se la nombra regenta. 186. — Manifiesta mucha prudencia en el gobierno. 188. — Casa su hija con el rey de Inglaterra, no obstante que este profesaba

diferente religion. 190. — Padece muchas desazones domésticas á causa de la vida desordenada del rey su hijo. 194. — Su discurso al conde de Castel-Melhor, privado de este principe. 197. — Discurso al rey, al presentarle los sellos del estado. 200. — Se retira á un convento, y muere al cabo de un año. 201.

C.

CATALINA de Austria, regenta de Portugal durante la menor edad del rey don Sebastian. 15.

CATALINA de Médicis, pretendienta á la corona de Portugal. 26.

CATALINA de Portugal, hija de don Juan IV, rey de Inglaterra. 190.

CAMINO (duque de) fomenta una conspiracion contra el rey de Portugal. 138. — Se le pone preso, y muere en un cadalso. 151.

CASTEL-MELHOR, favorito y ministro de Alfonso VI, rey de Portugal. 196. — Aconseja al rey que tome el gobierno de sus estados, *Ibid.* — Induce á este principe á que falte al respecto debido á la Reyna su madre, para que esta abandone la corte. 201. — Este diestro y hábil favorito gobierna al rey y al reyno con una absoluta autoridad. 303. — Coloca su hermano con el infante para que le sirviese de espia. 205. — Se desazona con este principe. 206. — Segrangea el odio de la Reyna. 208.

— Procura poner mal á esta y al príncipe en el ánimo del rey. 209. — Ciego de una pasión brutal de mandar, aconseja al rey que vaya personalmente á prender al infante su hermano. 212. — No sabiendo ya que medio tomar, abandona la corte y el reino. 213.

CARDENAS, maestre de campo general, preso en la revolución. 110.

CHERIFES. Su ley, que llama á la corona á los hermanos del último rey difunto, con preferencia á sus hijos. 17.

CIUDAD REAL (el duque de) entra en Cadiz á la cabeza de cinco mil hombres. 173.

CONTI, hijo de un comerciante de Lisboa, la reyna le mandó prender y conducir al Brasil. 195. — El rey le manda volver, pero el conde de Castel-Melhor le hace desterrar de nuevo. 204.

CORREA, primer secretario de Vasconcellos, recibe algunas puñaladas el día de la revolución. 102. — No muere de sus heridas, y despues conspira contra el rey de Portugal. 139. — Muere en un cadalso con sus cómplices. 151.

CORONA (la) de Portugal se reconoce independiente de la de España con un tratado solemne. 217.

CONTIÑO, uno de los principales gefes de la nobleza confederada, da libertad á los presos. 111.

D.

DEL CAMPO, gobernador de la ciudadela de Lisboa, la entrega á la nobleza confederada. 113.

DIEGO GARGES PALEIRA defiende, con su espada, la entrada del aposento de Vasconcellos. 103.

E.

ESPAÑA. Poder de esta monarquía bajo el reinado de Carlos V y de Felipe II. 59.

ESPAÑOLES (los) desapruaban la conducta del conde-duque de Olivares con el duque de Braganza. 43.

ESTRÉES (Cesar de), tío de la reyna de Portugal, obispo y duque de Laon, y cardenal de Estrées. 207.

ESTADOS GENERALES de Portugal, reconocen á Felipe II, rey de España. 29. — Otros estados hacen despues la misma declaracion en favor del duque de Braganza. 130.

ESTADOS convocados por el rey Alfonso IV, prestan juramento de fidelidad al regente. 216.

EVORA. El pueblo se amotina contra los Españoles. 37.

F.

FELIPE II, rey de España, pretende la corona de Portugal, cuando murió el cardenal don Henrique. 25.

FELIPE IV, rey de España.—Su carácter. 169.—
Sus palabras al conde de Olivares sobre la
casa de Guzman. *Ibid.*—Ofrece tres millones
al rey de Inglaterra, para que se case con una
princesa protestanta. 190.

FERNAND de la Cueva rinde al rey de Portugal
la ciudadela de San Juan. 124.

FERREIRA (el marques de), pariente del rey de
Portugal, opina que se condene á muerte á
todos los que han conspirado contra la casa
de Braganza. 159.

G.

GARRAY, maestre de campo general de las tropas
españolas, sirve de padrino al duque de
Medina Sidonia. 182.

GOA y todos los países sugetos á la corona de
Portugal en Indias y Africa reconocen el
nuevo rey. 133.

GOBERNADORES de armas ó generales de ejército,
cada uno en su provincia. 189.

H.

HAMET, príncipe árabe, hermano del rey de
Marruecos, manda la caballería en la batalla
de Alcacer. 21.

HENRIQUE, conde de Borgoña, oriundo de Ro-
berto, rey de Francia, echa los Moros de una
parte de Portugal. 10.

HENRIQUE, cardenal-obispo de Evora, y despues
rey de Portugal, no quiere nombrar sucesor. 28.

HYDE, chanciller de Inglaterra, decide á Car-
los II á casarse con la infanta de Portugal. 190.

I.

INCHEQUIN, general del ejército ingles en Por-
tugal. 191.

INQUISIDOR general de Portugal conspira con-
tra el rey. 138. — Preso y condenado á una
cárcel perpetua. 155.

J.

JUAN, príncipe de Portugal, hijo del rey don
Juan III, muere antes que el rey su padre.

JUAN DE AUSTRIA, hijo natural de Felipe IV,
rey de España, manda el ejército contra
Portugal. 14.

JUDÍOS conspiran contra el rey de Portugal y
la casa de Braganza. 139.

JULIAN (el conde), noble español, introduce los
Moros á España. 9.

L.

LEMONS Y COREA, vecinos muy acreditados entre
el pueblo de Lisboa, se encargan de hacerle
levantar contra los Españoles. 79.

LUIS DE CAMARA, jesuita, ayo del rey don Sebas-
tian. 15.

M.

MARGARITA de Saboya, duquesa de Mantua, vireyna de Portugal. 32. — Se queja de la conducta de Vasconcellos. 74. — Quiere apaciguar á la nobleza confederada. 106.

MATOS (don Sebastian de Noroña), arzobispo de Braga, su valentia fuera de sazón. 108. — Su violenta pasión de conspirar contra la casa de Braganza. 133. — Preso. 147. — Muere en su prision. 155.

MELLO, montero mayor, uno de los gefes de los confederados. 84. — Desarma la guardia de palacio. 99.

MENDOZA, otro gefe de la nobleza. 50. — Va á visitarse con el duque de Braganza, y habla con él que estaba cazando. 72. — Le da parte del feliz éxito de la revolucion. 119.

MENEZES (don Alejo), ayo del rey Don Sebastian. 15.

MENEZES (don Antonio de). Su respuesta á la vireyna. 107.

MEDINA-SIDONIA (el duque de), cuñado del rey de Portugal. Siguiendo el ejemplo de este, y á sus instancias trata de lebandarse con la soberanía de Andalucía, 32. — Hace conducir este negocio por el marques de Ayamonte. 156. — Se descubren sus designios. — Llamale á la corte el conde de Olivares. 172. — El rey le concede su gracia. 174. — Desafia al rey de Por-

tugal 175. Cartel que el conde-duque de Olivares manda publicar á este efecto. 176.

MOHAMMED, rey de Marruecos, despojado de sus estados, busca un asilo en la corte de Portugal. 7. — se ahoga al pasar el rio de Mucazen. 25.

MULEI MOLUC, rey de Marruecos, estando próximo á la muerte, manda la batalla de Alcazer y acaba sus dias gloriosamente. 23.

N.

NOROÑA, uno de los gefes de la nobleza: su respuesta seca á la vireyna; el arzobispo de Braga quiere matarle. 108.

O.

OLIVARES (el conde-duque de), de la casa de Guzman, primer ministro de Felipe IV, rey de España su política para con los Portugueses. 30. — Procura atraer á España al duque de Braganza, y á este efecto le ofrece varios destinos que no quiere admitir. 38. — Sus palabras sagaces para ocultar al rey de España la revolucion de Portugal. 129. — Válese de su ascendiente en el espíritu del rey para obtener la gracia de su pariente el duque de Medina. 172.

OSORIO (don Lope), comandante de una escuadra española, tiene orden secreta de llevarse de Portugal al duque de Braganza. 40.

P.

PARMA (el duque de) aspira á la corona de Portugal. 25.

PEDRO, infante de Portugal, hermano del rey Alfonso, se une de intereses con la reyna su cuñada. 210. — Hace prender al rey. 216. — Cásase con su cuñada. 218. — Por la muerte de su hermano los estados generales le proclaman rey de Portugal. 219.

PELAGO funda los reynos de Asturias y Leon. 9.
PINTO, mayordomo del duque de Braganza, su conducta con los Portugueses que queria interesar á favor de su amo. 45. — Sus palabras enérgicas á un amigo en el momento de la revolucion. 101.

R.

RELACION, tribunal supremo de Portugal. 110.

RODRIGO, último rey godo en España. 9.

RUIGNY, (marques de), embajador extraordinario de Francia en Portugal, acompaña á la princesa de Nemours, casada con el rey de Portugal. 207.

S.

SAA, camarero mayor, mata al ministro de estado Vasconcellos, de un pistoletazo. 104.

SALDAÑA, uno de los principales gefes de la revolucion. 84.

SANCHO, tesorero del rey de España en Portugal, preso el dia de la revolucion, descubre los designios del duque de Medina-Sidonia. 169.

SANDE (el marques de), embajador de Portugal en Inglaterra, ajusta el casamiento de la infanta con el rey. 190.

SABOYA (Filiberto Emanuel, duque de), otro pretendiente de la corona de Portugal. 25.

SCHOMBERG (Federico, conde de), pasa á Portugal. 189. — Gana muchas y señaladas victorias contra los Españoles, y con su valor, asegura la corona á la casa de Braganza. 203.

SOUBE (conde de), embajador de Portugal en Francia, hace un negocio con el conde de Schomberg. 189.

SUAREZ DE ALBERGARIA, corregidor de Lisboa, pierde la vida en la revolucion. 101.

T.

TEODOSIO, duque de Braganza. 34.

TUBAL. Los Portugueses se suponen descendientes de Tubal. 8.

V.

VASCONCELLOS, ministro absoluto del rey de España en Portugal. 32. — La dureza y crueldad de su gobierno da motivo á que la nobleza tome la resolucion de sacrificarle al

odio público. 81. — Muere en la revolucion
104. — Carácter singular de este ministro. 105.

VILLAREAL (el marques de) conjura contra la
casa de Braganza. 173. — Preso. 148. — Muere
en un cadalso. 154.

VELASCO (Nicolas de), fraile capuchino, espa-
ñol, agente en Portugal contra su rey. 162.
— Descubre su secreto á otro español llamado
Sancho, mas fino y astuto que el fraile. 167.

VILLENES (Felipa de). Sus palabras memora-
bles á sus hijos en el momento que iba á
estallar la revolucion. 98.

VILLAVICIOSA, residencia ordinaria de los du-
ques de Braganza. 36.



FIN DE LA TABLA.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

SECRETARÍA PÚBLICA DEL ESTADO

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



